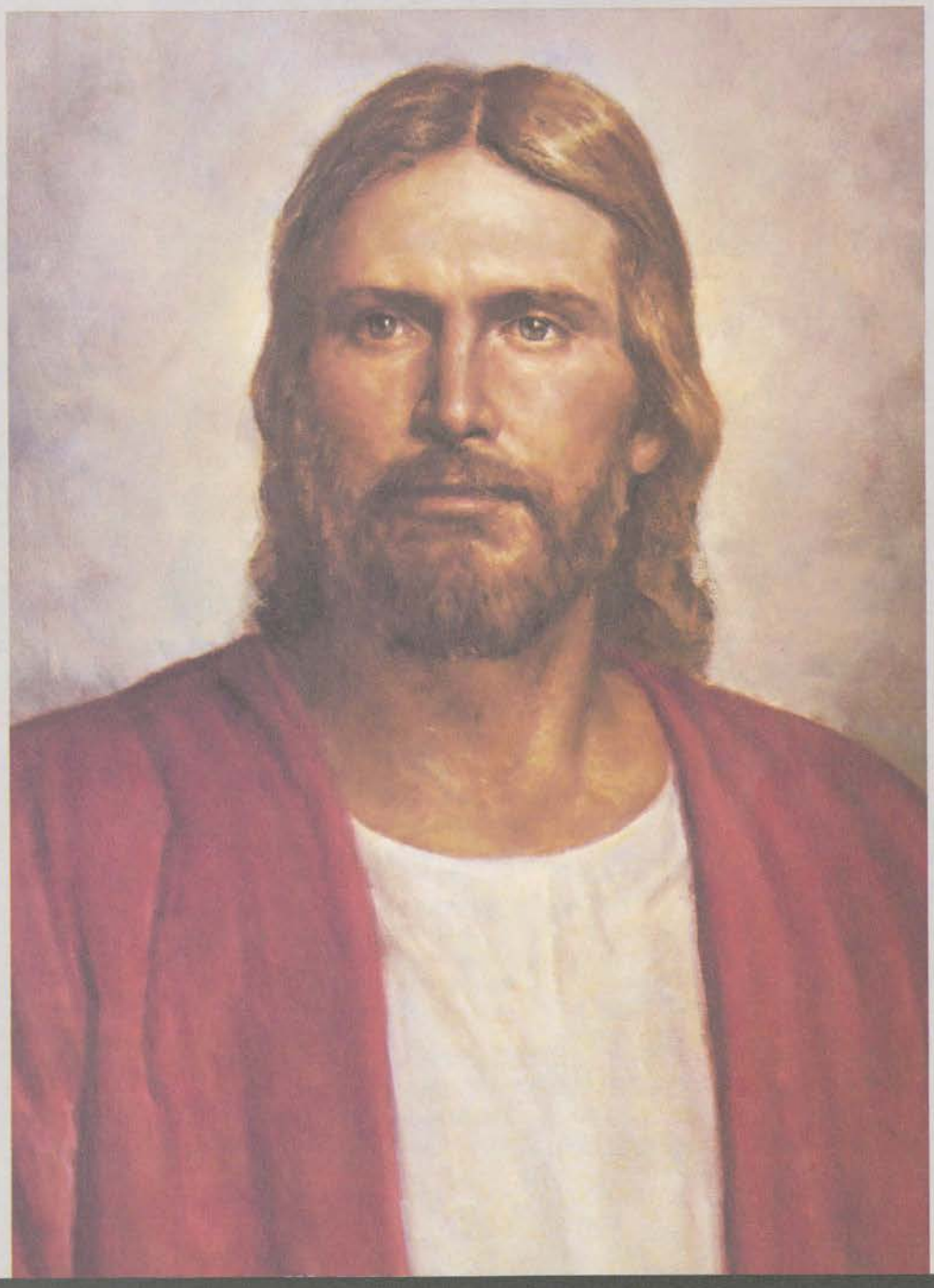
Liahona

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

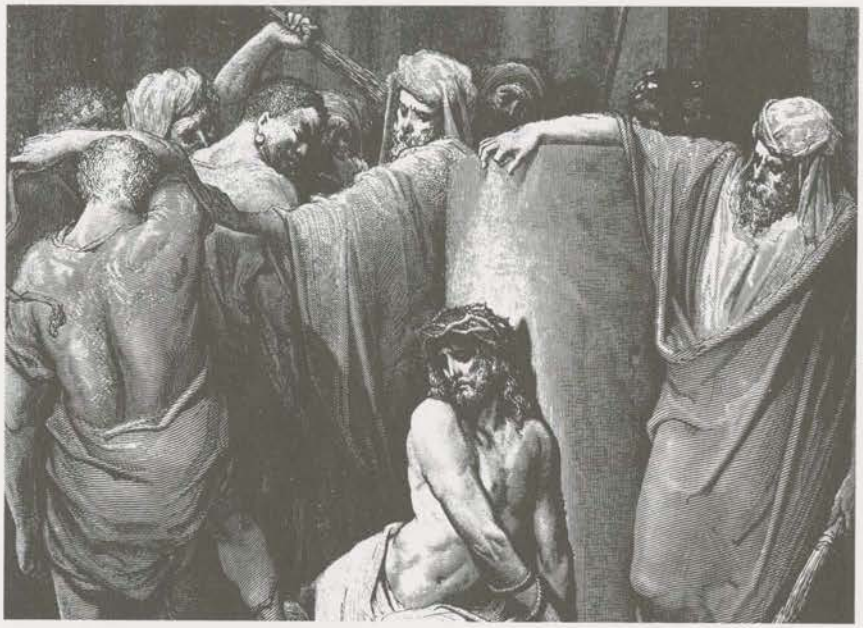
Abril de 1985
Año 31
Número 2



Liahona

Abril de 1985
Año 31
Número 2

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días,
en el idioma español, que contiene artículos extraídos de las revistas *Ensign, New Era* y *Friend*



Artículos de interés general

1 Mensaje de la Primera Presidencia: Jesús de Nazaret
presidente Spencer W. Kimball
6 Un análisis científico del Libro de Mormón: Segunda parte
John L. Sorenson
13 La enseñanza por medio del Espíritu *élder Loren C. Dunn*
16 No se abre en domingo *Quinten y LaRae Warr*
19 El mejor regalo de cumpleaños *Floy Daun Mackay*
21 Pongamos en orden nuestros propios hogares
presidente Marion G. Romney
26 De acuerdo con sus deseos *élder Dean L. Larsen*
29 Preguntas y respuestas: El arrepentimiento *Jerry Taylor*
30 Preguntas y respuestas: Limitaciones en Satanás
Lawrence R. Peterson, hijo
31 Los artículos de fe en la noche de hogar *Elizabeth Martinsen*
32 Todo miembro un misionero *Lindsay R. Curtis*
33 En el lugar y el momento apropiados *Kirsten Christensen*
35 Como aparecen en la actualidad

Sección para los niños

1 Entre amigos: élder James E. Faust, *Janet Peterson*
3 Abraham y Sara *Relatos de las Escrituras*
5 Para tu diversión
6 Las zapatillas de ballet *Paula DePaolo*

La Primera Presidencia:
Spencer W. Kimball
Marion G. Romney
Gordon B. Hinckley

Quórum de los Doce:
Ezra Taft Benson, Howard W. Hunter,
Thomas S. Monson, Boyd K. Packer,
Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie,
L. Tom Perry, David B. Haight,
James E. Faust, Neal A. Maxwell,
Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks

Asesores: Carlos E. Asay, Rex D. Pinegar,
George P. Lee, James M. Paramore

Editor de Revistas de la Iglesia:
Carlos E. Asay

Director de Revistas de la Iglesia:
Ronald L. Knighton

Revistas Internacionales:
Editor gerente: Larry Hiller
Editor ayudante: David Mitchell
Sección para los niños: Lois Richardson
Preparación artística: C. Kimball Bott

Liahona

Responsable de las pâginas locales:
Daphnis M. Loppe
Caspe 115, 1°, 3ª, esc. dcha
E-08013 Barcelona 13
Teléfono 93-231-9609 o bien 93-245-53-16
Victoria Clemente
C/Monte Catalobos 36, Urb Olivar de Mirabal
Boadilla del Monte (Madrid)
Teléfono 91-633-0514

Derechos reservados © 1985 by the Corporation
of the President of The Church of Jesus Christ of
Latter-day Saints, 50 East North Temple Street,
Salt Lake City, Utah, 84150, EEUU

En la tapa:
"El Señor Jesucristo", pintura al óleo,
obra de Del Parson

Para subscribirse:
Solicite su subscripción al representante
de la Liahona en la rama donde resida,
o a la Oficina Regional de Madrid:
La Iglesia de Jesucristo de los Santos
de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°,
San Fernando de Henares (Madrid), España.
El precio de la subscripción es de
720 pesetas anuales o 90 pesetas cada ejemplar.

Printed by Production Center Frankfurt
Federal Republic of Germany

PB MA 0562 SP

Mensaje de la Primera Presidencia

Jesús de Nazaret

por el presidente Spencer W. Kimball

Este artículo fue tomado de uno que apareció en la revista Liahona de diciembre de 1981. El presidente Kimball ha dado autorización para que se publique en esta forma abreviada y editada para que se pueda utilizar en la enseñanza familiar.

¡Cuán agradecidos nos sentimos por nuestro Señor Jesucristo! Su nacimiento, su vida y su muerte fueron los más grandiosos de todos. El murió por nuestros pecados para abrir el camino para nuestra resurrección, para enseñarnos el camino de la perfección en esta vida y para mostrarnos la senda a la exaltación. Con un propósito, murió voluntariamente. Su nacimiento fue humilde, su vida perfecta, su ejemplo convincente; su muerte abrió muchas puertas que ofrecieron a la humanidad todos los dones y bendiciones que puedan concebirse.

Sí, todas las almas tienen su libre albedrío, y pueden obtener todas las bendiciones por las cuales Jesucristo vivió y murió. No obstante, el plan y muerte del Señor son en vano si no sacamos provecho de ellos: "Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten." (D. y C. 19:16.)

El Salvador vino a la tierra a "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39). Su nacimiento, muerte y resurrección lograron lo primero, pero debemos unir nuestro esfuerzo al de El para poder lograr lo segundo: la vida eterna.

Con las siguientes palabras, resumió para los nefitas su eterno plan para lograr la exaltación: "¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Ne.27:27).

Después de haber guiado a la multitud judía hacia una colina, explicó detalladamente los requisitos para alcanzar la exaltación. Su famosísimo Sermón del Monte parece haberlo incluido todo, y como culminación dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos" (Mat. 5:48).

Tal vez podría haber muerto mucho antes y haber cumplido con el primer requisito: el de obtener para los hombres la resurrección y la inmortalidad. Sin embargo, parecería que tenía que vivir una vida llena de dificultades para poder establecer firmemente la senda de la perfección.

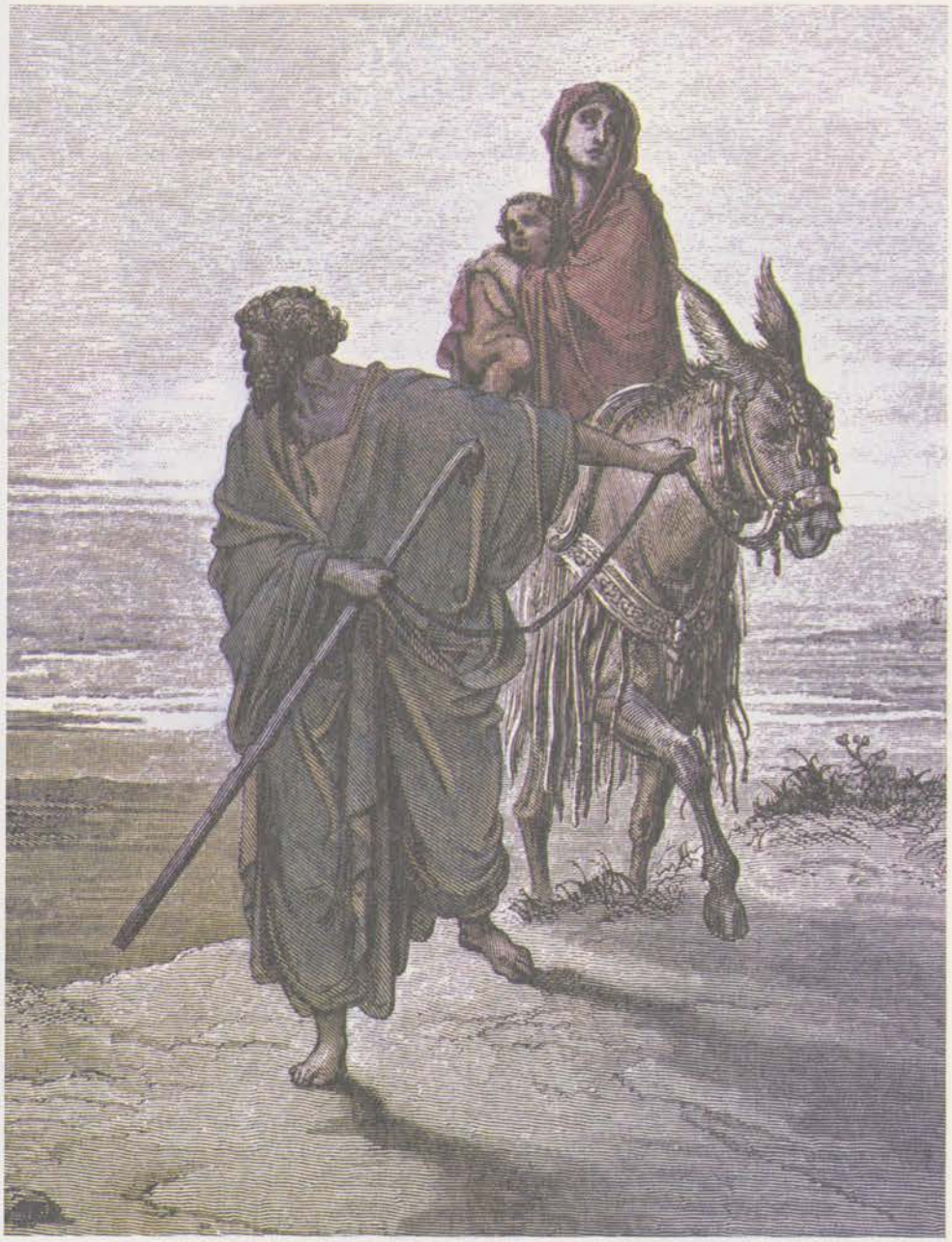
Por más de tres décadas vivió una vida llena de peligros. Desde la matanza horrenda de los niños de Belén hasta que Pilato lo entregó a la muchedumbre sedienta de sangre, Jesús se encontró en peligro constante. Se ofreció una recompensa por su captura y se pagó el precio final de treinta monedas de plata. Parecería que no sólo sus enemigos le hicieron la vida difícil, sino que también sus amigos lo abandonaron; y Satanás y sus seguidores lo perseguían incesantemente. No obstante, aun después de haber muerto joven, no podía dejar la tierra hasta que consideró que la capacitación que habían recibido sus discípulos era suficiente. Permaneció en la tierra cuarenta días preparando a sus Apóstoles como líderes y a sus otros discípulos como santos.

Al reflexionar en su vida, vemos el cumplimiento de muchas profecías. Como se predijo, fue "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. 53:3). ¿Cómo hubiera podido guiar eficazmente a su pueblo y mostrarnos la manera de cumplir con sus mandamientos si no hubiera experimentado tanto el dolor como el gozo? ¿Cómo se hubiera podido saber si es posible alcanzar la perfección individual o cómo se nos hubiera podido persuadir a lograrla si alguien no hubiera probado que sí era posible? Por lo tanto, vivió entre pruebas toda su vida.

Al comienzo de su ministerio nos dio el mandamiento de que fuéramos perfectos. Quizás El ya sabía cómo reaccionaría ante las pruebas que tendría que pasar. ¿Podría El mismo alcanzar el ideal exaltado de perfección? ¿Podría resistir la constante presión?

Día tras día su vida confirmó su poder, habilidad y fortaleza. Desde el día en que nació se enfrentó a las dificultades. Nació en un establo sin las comodidades mínimas que podían ofrecer las casas israelitas de la época. Llegó como una visita inesperada; ni siquiera en la posada había lugar para El.

Cuando todavía era un niñito de meses, fue llevado apresuradamente a otro país para salvarle la vida. Fue un viaje peligroso plagado de temores, que sin duda debe de haber sido difícil para el pequeño, ya que lo más probable es que fuera un niño de pecho. El



viaje de regreso de Egipto a Nazaret fue todavía más arduo y largo, esta vez para evitar nuevamente el encuentro con otro gobernante cruel.

Las dificultades nunca lo dejaron en paz. Tal vez Lucifer lo haya oído decir cuando todavía era un jovencito de doce años: "¿No sabíais que en los negocios de mi padre me es necesario estar?" (Luc. 2:49.) Después llegó el momento en que Satanás trató de atraparlo. El encuentro en el mundo anterior había sido en un nivel de igualdad, en cambio ahora Jesús era joven y Satanás conservaba su experiencia. Con astucia y desafíos buscó destruirlo. Jesús había hablado de la relación que tenía con su Padre, y Satanás trató de ponerla a prueba; sabiendo que estaba hambriento, después de un largo ayuno, y que necesitaba alimento le dijo con ponzoña: "Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan" (Mat. 4:3). ¡El pan le hubiera sabido tan delicioso en ese momento!

Luego, en el pináculo del templo, sembró otro pensamiento malo: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán" (Mat. 4:6). Es muy posible que nuestro Señor ya tuviera una buena idea de su poder ilimitado, pero no era correcto utilizarlo para su propio beneficio y para satisfacer el perverso desafío de Satanás.

Y por último, en la alta cima de la alta montaña, desde donde se podía divisar la riqueza de las naciones, el poder de los reyes y emperadores, la gloria de la opulencia y la satisfacción de todos los impulsos, los deseos y las pasiones, Satanás le propuso: "Todo esto te daré, si postrado me adorares" (Mat. 4:9).

Con valentía rechazó todas las propuestas, y a la última refutó: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (Mat. 4:10).

¡Qué vida tan solitaria debió haber vivido! Ya no hubo nada privado en su existencia. En casi todos los casos, al efectuar sus milagros, pedía a la persona a la que había sanado: "Mira, no digas a nadie nada" (Mar. 1:44). Pero el recipiente de su poder y bondad iba y lo divulgaba, "de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos" (Mar. 1:45).

Toda palabra que salía de su boca era refutada, y se veía obligado a defender cada uno de los principios que enseñaba. "¿Por qué tus discípulos no ayunan?" "¿Por qué no se lavan las manos al comer el pan?" "¿Por qué profanas el día sabático sanando enfermos?" ¡Y pensar que hasta trataron de matarlo porque sanaba enfermos en el día de reposo!

Ya era bastante el que sus enemigos trataran de tenderle trampas, pero incluso sus amigos "vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí" (Mar. 3:21).

¿A quién podría recurrir en busca de comprensión? ¿Sería ésta la causa de que con frecuencia subiera a las colinas procurando soledad y también consuelo de su Padre? Solo, completamente solo, no tenía a nadie en quien confiar, ningún lugar adonde ir. Como El mismo lo dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza" (Luc. 9:58). De manera que sube a las colinas, pero lo siguen; se hace a la mar, y al regresar encuentra a la multitud esperándolo. Se acuesta a descansar en la embarcación, y lo despiertan súbitamente con un reproche: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?" (Mar. 4:38.)

Cuando llegó a la zona de los gadarenos, éstos, temiendo sus milagros, le pidieron que se marchase (véase Luc. 8:37). De manera que se embarcó y volvió a cruzar el Mar de Galilea.

Cuando los alimentó, lo siguieron pero por razones equivocadas: "Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis" (Jn. 6:26).

Cuando les habló de doctrina más profunda y esperó más de ellos, "muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él" (Jn. 6:66).

Y cuando ya se cernía sobre El la sombra de la muerte, tuvo que decir a los Doce que había escogido: "¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?" (Jn. 6:70.) A partir de ese momento, anduvo a diario con quien sabía que lo traicionaría.

¡Cuánta soledad! ¡Cuánto desasosiego! ¡Escapar y esperar, sabiendo que la muerte estaba cercana! "No quería andar en Judea porque los judíos procuraban matarle." (Jn. 7:1.)

Trató de pasar de incógnito, "pero no pudo esconderse" (Mar. 7:24).

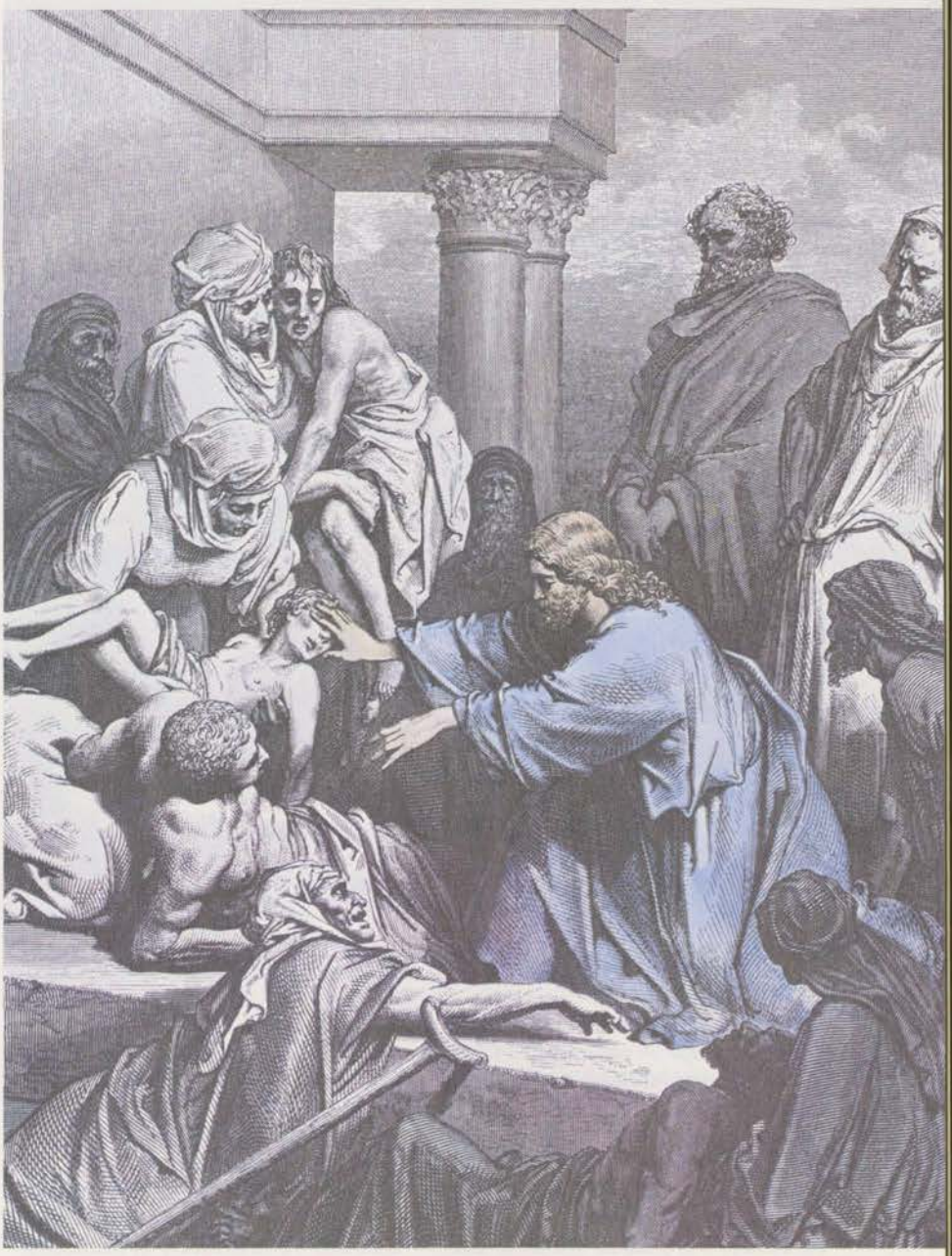
Una de sus grandes decepciones fue el regreso a su tierra, donde lo recibieron sin honra y sólo con rechazo y desprecio: "¿No es éste el carpintero, hijo de María?" (Mar. 6:3.) Para ellos era un hombre común.

"Y no pudo hacer allí ningún milagro . . . [por] la incredulidad de ellos" (Mar. 6:5–6), y también debido a la envidia y al sarcasmo. ¡Qué recibimiento! ¡Pobre Nazaret! Desdichados los nazarenos que rechazaron al hijo de su tierra, ¡a su propio Redentor! Lo hubieran arrojado del precipicio si no hubiera sido porque se marchó súbitamente. Lo hubieran apedreado en Jerusalén, si no hubiera sido porque "se escondió y salió del templo" (Jn. 8:59).

Y una vez más, después de haberles enseñado su doctrina, "procuraron . . . prenderle, pero él se escapó de sus manos" (Jn. 10:39).

Siempre tuvo que enfrentarse a la violencia y hasta se ofreció una recompensa por su captura. Se instó a la gente que revelara su paradero para poder matarlo. El espectro de la muerte estaba siempre presente; lo acompañaba, se sentaba a su lado, lo seguía dondequiera que fuera.

¡Qué difícil tuvo que haberle sido el

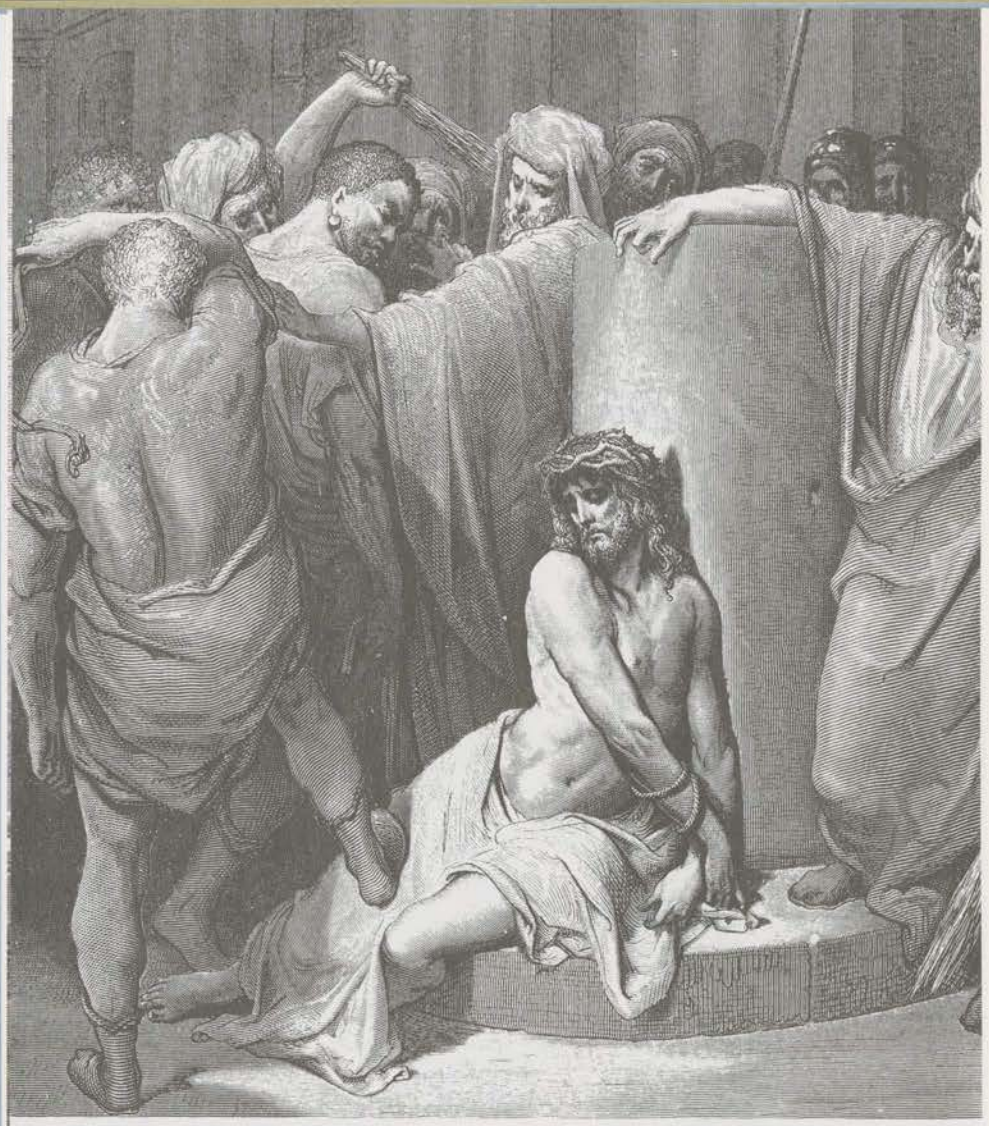


contenerse de maldecir a sus enemigos, a El, que tenía el poder de secar una higuera con sólo decirlo! En cambio, oró por ellos. El responder violentamente y el buscar venganza son reacciones muy humanas, pero el aceptar humillaciones como El lo hizo es una característica divina. Permitió que el traidor lo besara; y cuando lo capturaron, no dejó que Pedro, su leal apóstol, lo defendiera, aunque este buen hombre estaba dispuesto a morir por El.

Aunque ante su mandato hubieran acudido doce legiones de ángeles a ayudarlo, se entregó, pidiendo a sus valientes apóstoles que no lo defendieran. Aceptó el maltrato y las ofensas sin sentir deseo de vengarse. ¿Acaso no había dicho "amad a vuestros enemigos"? (Mat. 5:44.)

Con serena y divina dignidad, el Salvador soportó la burla y el escarnio. No salió de sus labios ni una sola palabra de condena. Lo abofetearon y golpearon y, sin embargo, permaneció resuelto e intrépido.

Siguió literalmente su propio consejo de poner la otra mejilla cuando lo golpearon. No obstante, no se acobardó, no negó sus enseñanzas, no se contradijo. Cuando mintieron los calum-



niadores que habían sido comprados, no los condenó. A pesar de que tergiversaron sus palabras, permaneció tranquilo y seguro de sí. ¿Acaso no había enseñado a orar "por los que os ultrajan y os persiguen"? (Mat. 5:44.)

El, que había sido Creador del mundo y de todo lo que allí existe, que había hecho la plata de la cual se acuñaron las monedas con las que se compró su vida, que tenía señorío sobre quienes podían defenderlo a ambos lados del velo, lo soportó todo y sufrió en silencio.

¡Qué dignidad y control insuperables! Aun cuando El, el perfecto, el Cordero sin mancha, el Príncipe de Vida, el Justo, fue puesto en un lado de la balanza contra el asesino, el sedicioso, el insurrecto Barrabás, y éste ganó así su libertad al costo de la Crucifixión, Jesucristo no dijo una palabra de condenación al magistrado que pronunció tan injusto fallo.

Tampoco dijo nada a la gente que gritaba: "Suéltanos a Barrabás" (Luc. 23:18). Incluso cuando clamaron por su sangre con las palabras "¡Crucifícale, crucifícale!" (Luc. 23:21), no mostró rencor ni hizo acusaciones sino que se mantuvo sereno. Eso es dignidad, poder, control y restricción divinos. ¡Barrabás a cambio de Cristo! El injusto por el justo; el Santísimo crucificado y el malhechor libre. No obstante, ni venganza, ni insultos, ni maldiciones provinieron de aquel a quien condenaron. No los partió un rayo, aunque hubiera podido suceder; no lo salvó un terremoto, aunque El tenía el poder para provocar uno muy grande; los ángeles no se apresuraron a protegerlo con sus armas, aunque estaban listos; no pidió escapar, aunque pudo haber sido trasladado. Tanto cuerpo como alma agonizaron. El había enseñado "bendecid a los que os maldicen" (Mat. 5:44).

Aun tuvo que pasar por más pruebas. Aunque declarado inocente, hombres inicuos azotaron al Santísimo y Puro Hijo de Dios. Una palabra de sus labios hubiera hecho rodar por el suelo, incapacitados, a todos sus enemigos. Todos hubieran muerto, quedado reducidos a polvo y cenizas; sin embargo, sufrió serenamente.

Aun cuando fue entregado a los soldados para ser crucificado, oró por los que lo ultrajaban y perseguían. Cómo debe de haber sufrido cuando lo dejaron casi desnudo a los ojos del mundo y luego lo cubrieron con un manto escarlata.

Luego, la corona de espinas. La sangre que le corrió de las heridas parecía ser lo que el pueblo quería. ¿Acaso no habían dicho: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos"? (Mat. 27:25.) Después de esto, nada pudo detenerlos. Ansiaban satisfacer su sed de sangre y sólo la crucifixión lo lograría. Primero, satisfarían su sadismo y le escupirían al sagrado rostro de nuestro Salvador.

Su humillación debe de haber sido tremenda cuando de pie, caña en mano, manto escarlata por los hombros y corona de espinas en la cabeza, aguantó a los que se burlaban, reían, lo hostigaban y desafiaban. Quitando la caña de su mano, le golpeaban la cabeza, y El se mantuvo imperturbable, el ejemplo perfecto de la mansedumbre. Aun así lo rodeaban, y con insultante mofa lo adoraban, fingiendo orar a El y haciéndole reverencias en medio de risotadas burlonas. ¿Acaso estaban descargando toda su maldad, su resentimiento contra la humanidad, su rencor contra conocidos y enemigos sobre este hombre tan puro y digno? ¿Cuándo se saciarían? ¡A qué envilecimiento puede llegar el hombre! Y pensar que fue creado a la imagen de Dios y destinado a ser un poco menor que los ángeles! ¿Qué irían a hacer cuando la víctima de su desahogo no pudiera sufrir más y esto evitara la satisfacción de sus instintos corruptos?

Herido y ensangrentado, lo hacen acarrear la cruz, el instrumento de su propia muerte. Con sus propios hombros libres de carga lo vieron, víctima impotente, jadear, forcejear y arrastrar la cruz. Pero, ¿se encontraba realmente impotente? ¿No tenía acaso a las doce legiones de ángeles todavía bajo su mando? ¿No aguardaban ellos agonizantes, con la espada desenvainada, conteniéndose de ir a rescatarlo?

Sigue su camino solo. Le clavan las manos y los pies, atravesando los clavos la carne sensible y estremecida. La

agonía aumentó. Echan la cruz en el foso y el golpe desgarra más aún la carne. ¡Qué tremendo sufrimiento! Entonces, le atraviesan las muñecas con otros clavos a fin de asegurarse de que el cuerpo no se resbale de la cruz y le salve así la vida.

Las burlas aumentan al desfilar la muchedumbre frente a la cruz, blasfemando y sometiéndole al escarnio de sus miradas lascivas. "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar" (Mar. 15:31). Ellos habían visto sus milagros o habían oído de ellos: que el viento y las olas se habían calmado ante su mandato, que había curado a los leprosos, que había hecho caminar a unos y ver a otros, que había devuelto la vida a muchos, incluso a Lázaro, que revivió a los pocos días de morir, cuando su cuerpo ya se había empezado a descomponer.

Y ahora siguen ridiculizándolo: "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mat. 27:42). ¡Qué tentación tan grande tienen que haber sido estas palabras para el Señor! El podía haberse librado de la cruz y haberse presentado ante ellos sin una sola marca. ¡Tiene que haber sido un gran desafío!; pero El ya había tomado una decisión y, en su angustia, había sudado gotas de sangre al enfrentarse a su misión: seguir adelante soportando toda clase de humillaciones hasta encontrar la muerte, a fin de darles la vida a aquellos mismos hombres y a sus descendientes, a condición de que lo siguieran.

Al llegar al término de su vida mortal, se contuvo, venciendo la tentación de demostrarles su poder. De la misma manera que había sido tentado en el desierto para que satisficiera su hambre transformando las piedras en pan, y en la cúspide del templo, para que demostrara a su adversario lo que podía hacer, de nuevo fue tentado. Lucifer, que lo había tentado en el desierto, en la montaña y en la cúspide del templo, indudablemente había incitado eficazmente a sus perseguidores, pues ellos usaron las mismas tácticas, las mismas palabras: "Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo" (Luc. 23:37). Y luego, el ladrón a quien habían crucificado junto a El, le dijo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" (Luc. 23:39). No era menos criminal la conducta de algunas de las personas que se hallaban a su alrededor: los arrogantes sacerdotes con sus largos mantos bordados, los dirigentes del pueblo —ordinarios, bajos, viles— todos ellos contribuían con su burla y escarnio.

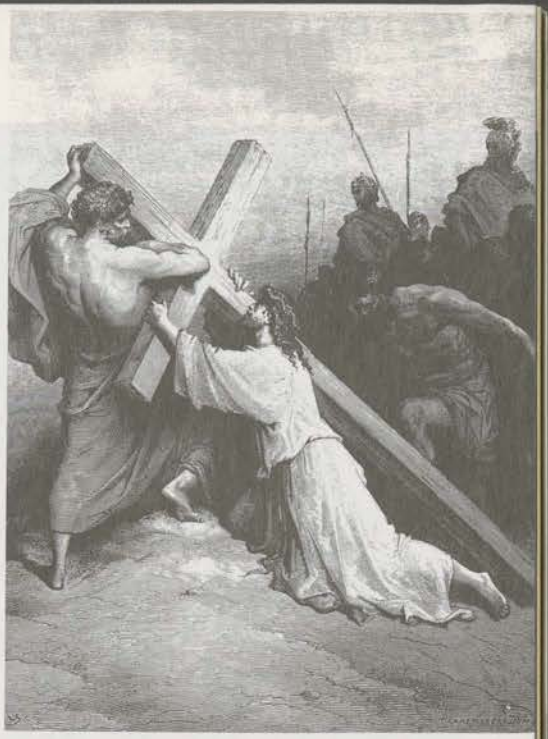
Llegó la hora final y, aunque rodeado de gente, estaba solo; solo con los ángeles que esperaban para consolarlo; solo, sin su Padre que sufría por El sabiendo bien que el Hijo debía recorrer en la soledad el sangriento y tortuoso sendero. Solitario, exhausto, afiebrado y agonizante ya, exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27:46.) Solo había estado también en el jardín, rogando a su Padre que le diera la fortaleza para beber de la amarga copa y no desmayar.

El, que había dicho: "Amad a vuestros enemigos", demostró en esos momentos cómo poner en práctica esas palabras. Mientras agonizaba en la cruz con sufrimientos que ningún ser humano ha conocido ni conocerá jamás, pidió por aquellos que lo habían crucificado: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23:34). ¿No fue éste un acto supremo de amor? ¡Divino amor que perdonaba a los que lo mataban, a los que clamaban por su sangre! El había dicho: "Orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mat. 5:44), y eso es exactamente lo que hizo en su última hora.

Su vida fue el perfecto ejemplo de sus propias enseñanzas. "Sed, pues, vosotros perfectos", nos dijo (Mat. 5:48). Y con su vida, muerte y resurrección, Jesús mostró el camino para lograrlo.

Es apropiado que en esta época del año oremos con sinceridad para expresar el amor y el agradecimiento que sentimos a nuestro Padre Celestial: Damos gracias, Padre, porque tenemos la certeza de que vives; porque sabemos que el niño nacido en Belén es en verdad tu Hijo; que tu plan de salvación puede ponerse en práctica y nos lleva a la exaltación. Te conocemos, Señor. Te amamos, y te seguimos. Otra vez prometemos dedicar nuestra vida a tu causa.

En esta hermosa época del año, exhortamos a la gente de todas partes a que unan sus oraciones a las nuestras de gozo, amor y gratitud por la vida y enseñanzas de nuestro Señor y Salvador, nuestro Redentor, Jesucristo, el Hijo de Dios. ■



Ideas para los maestros orientadores

Quizás deseen recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:

1. Jesucristo hizo posible la resurrección para toda la humanidad, nos enseñó cómo podemos perfeccionar nuestra vida y nos mostró el camino hacia la exaltación.

2. Por medio de su nacimiento, muerte y resurrección obtendremos la inmortalidad, pero es necesario que unamos nuestro esfuerzo a su sacrificio para obtener la vida eterna.

3. Para poder mostrarnos la manera de cumplir con sus mandamientos, tuvo que experimentar tanto el gozo como el dolor, y por eso vivió una vida llena de dificultades.

4. ¿Cómo podríamos saber si es posible obtener la perfección, o convencernos de que podemos alcanzarla, si alguien no hubiera demostrado que es posible? Jesucristo nos ha demostrado que puede lograrse.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Hable de lo que siente por Jesucristo y anime a la familia a que haga lo mismo.

2. En este artículo se encuentran numerosos pasajes de las Escrituras que la familia podría leer en voz alta y analizar.

3. ¿Sería más eficaz la visita si hablan con el jefe de familia antes de hacerla? ¿Podrían llevar un mensaje al jefe de familia acerca de la misión del Salvador de parte del líder de quórum o del obispo?

Un análisis científico del Libro de Mormón

Segunda parte

Los cambios en nuestra comprensión de la América antigua y de sus Escrituras

por John L. Sorenson

Este es el segundo de una serie de tres artículos que señalan la manera en que los adelantos en la investigación y la ciencia en el pasado medio siglo han producido datos que parecen apoyar y de hecho pueden ayudar a aclarar el Libro de Mormón. Durante este mismo período, el estudio cuidadoso de este libro por parte de los Santos de los Ultimos Días lo ha colocado en un nuevo plano como un documento de la América antigua.

En este artículo analizaremos otro aspecto primordial de la vida en la América antigua, el cual ilustra esta tendencia.

Escritura

El Dr. Sylvanus G. Morley, en su tiempo el más eminente de los investigadores de la cultura maya, expresó una síntesis de la opinión que prevalecía entre los pocos expertos que había en 1935, acerca del desarrollo de la escritura en el Nuevo Mundo:

"La escritura maya representa una de las etapas más primitivas del desarrollo de los sistemas gráficos que aún existen en la actualidad. . . Bien puede ser que represente la etapa más primitiva de un sistema gráfico formal de que tengamos conocimiento.

"Las inscripciones mayas primordialmente se relacionan con. . . la cronología, la astronomía —o quizás sería más acertado decir la astrología— y los temas religiosos. En ningún sentido encontramos registros de glorificación personal y auto-adulación como las que existen en las inscripciones egipcias, asirias y babilónicas. No relatan ninguna historia de conquistas reales, ni de logros reales; no adulan, exaltan, glorifican ni agrandan; de hecho, son tan esencialmente impersonales . . . que es probable que jamás se hayan inscrito en los monumentos mayas los nombres de hombres y mujeres específicos."[1] Estas palabras ciertamente no reflejan el contenido del Libro de Mormón.

No obstante, para la década de 1970 se había realizado un gran cambio en la opinión de los científicos. Michael Coe hace ahora referencia despectivamente a este "concepto tan raro" que había sido común en el tiempo de Morley de que las inscripciones mayas representaban poco más que "tonterías cronológicas". El cambio comenzó en 1958 con las obras de Heinrich Berlin, quien demostró, como lo indica Coe, que "los relieves mayas y los textos que los acompañan . . . son registros históricos que no se relacionan con las ciencias ocultas ni religiosas, sino con la política caótica diaria de los estados primitivos con dirigentes belicosos, que tenían la determinación de incluir a los demás estados mayas dentro de

La tapa de un magnífico sarcófago encontrado en la tumba de Pacal, rey de Palenque, en las colinas del norte de Chiapas, México, en la frontera suroeste de la antigua cultura maya. Tallado en bajorrelieve, este bloque de piedra caliza que mide más de 3.6 metros de largo por 2 metros de ancho muestra al gobernante fallecido, quien desciende al otro mundo y después vuelve a nacer como dios.

su esfera de influencia".[2] El nuevo punto de vista hace que la civilización maya "suene muy similar a otras civilizaciones del mundo, con sus relatos de conquistas, de la humillación de sus prisioneros, de sus bodas y descendencia reales."[3] También hace que suene más similar a la civilización de los nefitas y lamanitas.

Durante una temporada, los científicos también dudaban de la descripción que ofrecen las Escrituras con respecto a otro punto. Moroni afirmó que "los caracteres que entre nosotros se llaman egipcio reformado . . . los hemos transmitido y alterado conforme a nuestra manera de hablar" (Morm. 9:32). Como consecuencia, esos caracteres debían de tener un elemento fonético, ya que hasta cierto punto representaban sonidos. No obstante, los expertos principales como Morley, Thompson y Barthel insistían que los jeroglíficos mayas solamente contaban con algunos rasgos fonéticos triviales.[4] El científico soviético Yuri Knorosov tomó la iniciativa y corrigió ese error.[5] En la actualidad se reconoce que "el sistema maya tenía un fuerte componente fonético-silábico", muy similar a la descripción que hizo Moroni del sistema nefita.[6]

Sigue siendo verdad que la escritura mesoamericana incluye muchos signos ideográficos (que representan conceptos o palabras completos sin ninguna referencia a los sonidos). Un solo signo puede tener diferentes significados, aclarados solamente por el contexto y la experiencia del lector. "El entendimiento de éstos es lo que requiere más tiempo y mayor paciencia."[7] De nuevo escuchamos el eco de las palabras de Moroni, pues él se lamentó de que los escribas nefitas no fueran "fuertes para escribir". No podían "escribir sino poco, a causa de la torpeza de [sus] manos." Encontraron que "[tropezaban] al colocar [sus] palabras". (Véase Et. 12:22–25.) Mormón también se lamentó por el sistema de escritura de su pueblo, diciendo que "hay muchas cosas que, de acuerdo con nuestro idioma, no podemos escribir".[8] (3 Ne. 5:18.) J.E.S. Thompson hace la misma observación acerca de la escritura maya: "Tanto las consideraciones de espacio como las asociaciones rituales hacían difícil la precisión en la escritura; . . . el lector tenía que tener un buen conocimiento de la mitología y el folklore para poder comprender los textos",[9] y aún así, la lectura podía resultar ambigua.

En este artículo se señala la escritura jeroglífica de los mayas por dos motivos: es la más conocida, y data del período que comprende la porción final del relato del Libro de Mormón. Los habitantes de la península de Yucatán entre los años 300 a 900 d. de J.C., aproximadamente, quienes hablaban el idioma maya, tallaron inscripciones en cientos de monumentos de piedra caliza, y sus descendientes vivieron la cultura antigua lo suficiente para poder comunicar a los españoles información valiosa acerca del sistema que usaban los mayas para pensar y escribir. El único sistema que sobrevivió en detalle comparable a éste fue el azteca, pero era una escritura posterior y mucho más sencilla.[10] En total se conocen cuando menos catorce sistemas de escritura jeroglífica en Mesoamérica.[11]

En solamente tres de estos casos —el maya de las tierras bajas, el azteca y el mixteca— se ha logrado un progreso considerable en descifrarlos. Algunos sistemas de escritura están representados por un solo texto.[12] Tal como en el caso de la "transcripción de Anthon" que nos dejó José Smith, es probable que no nos sea posible progresar en descifrar esos textos hasta que contemos con mayor cantidad de textos parecidos.

No obstante, estamos en terreno seguro cuando decimos que en base a lo que se ha encontrado hasta la fecha, muchas culturas mesoamericanas tenían conocimientos de lectura y escritura (aunque otras no los tenían) desde cuando menos 1000 años a. de J.C.[13] No tenemos motivos para creer que en otro lugar del hemisferio occidental existiera la escritura antes del descubrimiento europeo.[14] Se han encontrado inscripciones fragmentarias en algunas partes de América del Norte y del Sur, pero no se sabe a ciencia cierta si representan o no la escritura antigua y genuina. Por tanto, es interesante saber que el Libro de Mormón habla de un pueblo instruido que habitó durante miles de años la región contigua a "la estrecha lengua de tierra", la misma área que cubre la porción ístmica de Centroamérica, el cual es el único lugar conocido del Nuevo Mundo que tiene una tradición similar de alfabetización.

Otro punto importante del que generalmente no tenían conocimiento los primeros científicos es la similaridad que existe entre la estructura de los jeroglíficos mayas y los egipcios. Linda M. Van Blerkom, de la Universidad de Colorado, aclaró esto recientemente cuando elaboró una lista de los seis principales tipos de signos que son comunes entre las dos estructuras. Contradijo la deducción de Morley con estas palabras: "Aquellos que afirman que los jeroglíficos mayas se encuentran en un nivel evolutivo inferior al de los . . . sistemas de las civilizaciones del Viejo Mundo están equivocados." De hecho, "los jeroglíficos mayas se usaron en las mismas seis formas que los de los egipcios".[15]

Otra similitud entre la escritura egipcia y maya es que ambas trataban profundamente el aspecto sagrado de la vida; de hecho, quizás hasta se hayan derivado de él. Hodge piensa que "el poder mágico del habla y de la representación gráfica" ayuda a explicar el origen y la longevidad de la escritura jeroglífica entre los egipcios, a la cual daban el nombre de "las palabras del dios".[16] Thompson menciona "la íntima relación que existía entre la escritura jeroglífica de los mayas y su religión, pues no cabe duda de que muchas de las formas de los jeroglíficos, y quizás sus nombres, tienen connotaciones religiosas".[17]

Morley y sus compañeros percibieron correctamente la relación que existía entre la religión y la escritura, pero erraron al suponer que esta era la única conexión. El sistema de escritura fue el medio por el cual comunicaban lo sagrado a través de todos los aspectos de la vida civilizada: el comercio, el gobierno, la "historia", el calendario, la astronomía, y cosas como las guerras, el sacrificio, la muerte, la salud, el destino y la genealogía. Todos estos aspectos tenían alusiones religiosas, y todos tenían que ver con la escritura.

Michael Coe, por ejemplo, afirma que las escenas que aparecen en las espectaculares vasijas funerarias de las tumbas mayas provenían de "un largo himno que posiblemente se entonaba cuando la persona había muerto o estaba para morir . . . El tema primordial es el de la muerte y resurrección de los señores del reino maya". De hecho, "es muy posible que haya habido un verdadero Libro de los Muertos para los mayas clásicos, similar al Libro de los Muertos de los antiguos egipcios".[18] Dice también que, de hecho, "en los tiempos clásicos es posible que haya habido miles de tales libros." El *Popol Vuh*, libro sagrado de los maya quiché de las tierras altas de Guatemala, fue una versión posterior de uno de éstos, probablemente una

Estos tres jeroglíficos que se encuentran en la orilla de la tapa del sarcófago documentan la fecha de nacimiento del rey (603 años d. de J.C.). El largo reinado de

Pacal duró 68 años, desde 615 hasta 683 años d. de J.C. Al lograr descifrar jeroglíficos como éstos, se demostró claramente que era erróneo el viejo

concepto de que las inscripciones mayas eran solamente un sistema ideográfico sin ningún foneticismo.

Este sello cilíndrico del período olmeca, el cual se descubrió cerca de la ciudad de México en 1948, quizás represente la escritura más antigua, y sin embargo más avanzada, de Mesoamérica. Algunos de sus símbolos, que representan también algunos caracteres de la Transcripción de Anthon, también son conocidos en algunos escritos del Viejo Mundo.

transliteración de un original jeroglífico.[19] La mayoría de los mayas tenían conocimiento del patrón mítico que representa este libro y los conceptos de la muerte, resurrección, creación y destino que comunicaban tales libros. No obstante, la versión maya solamente fue la mejor preservada. Otras culturas mesoamericanas tenían creencias y prácticas paralelas a éstas. "En Mesoamérica había un pensamiento singular y unificado . . . al que podríamos llamar una religión mesoamericana",[20] afirma Coe.

Los sacerdotes eran los que principalmente tenían acceso pleno a esa religión. Eran los únicos que tenían la oportunidad de dominar el idioma complejo que era necesario para penetrar el esquema religioso, y "la escritura maya parece haberse elaborado basándose en un tipo de idioma sacerdotal". Era necesario recibir una instrucción sumamente laboriosa con respecto a "la riqueza de las metáforas, las técnicas que se utilizaban para parafrasear, y los nombres en clave" (con significado implícito y oculto).[21] El tener conocimiento de este sistema "era nada menos que un requisito para tener derecho a heredar uno de los puestos de liderazgo", ya que los sacerdotes eran los gobernantes o viceversa.[22]

Una de las razones por las que era tan difícil dominar los sistemas de escritura jeroglífica era el complejo estilo literario. Lógicamente, hace cincuenta años nadie sabía mucho acerca del estilo de los textos mayas. Pero en 1950, J. Eric Thompson dijo:

"Hay paralelos muy similares entre las transcripciones mayas del período colonial, y estoy convencido de que también los hay entre los textos jeroglíficos en sí, y los versículos de los Salmos y la poesía de Job."

Dijo que ambos textos "tienen un arreglo antifonal [cantado alternado], en el cual la segunda línea de un versículo contesta o repite una variante de la primera". (Encontramos algunos ejemplos en Lamentaciones 3:3 y Jeremías 51:38.) Este mismo patrón ocurre en los documentos del idioma yucateco del siglo dieciséis y en los libros de *Chumayel* y de *Tizimin* del Chilam Balam; un rezo de un indio maya lacandón que se grabó en 1907 muestra esta misma forma. Sir Eric dice lo siguiente con respecto a este lenguaje: "Nótese el ritmo de las líneas, el uso libre del pie yámbico, y la característica antifonal de cada línea." Este "verso libre de alta calidad . . . que juega con el sonido de las palabras" no usa la rima sino algo más similar al retruécano (juego de palabras).[23]

Munro Edmonson, de la Universidad de Tulane, es aún más específico: "El *Popol Vuh* está escrito en poesía, y es imposible comprenderlo correctamente si se estudia como prosa. Está compuesto en su totalidad de coplas . . . paralelas." Esta forma, al igual que la naturaleza de las raíces de palabras en los idiomas mayas, contribuye a la dificultad que existe en deducir de los textos un significado que no sea ambiguo. Por tanto, "es posible proponer legítimamente una docena de significados diferentes, o más, para una sola raíz monosilábica".[24] Edmonson también comenta sobre el uso de un paralelismo sálmico, en el cual dos líneas sucesivas que deben compartir palabras claves estaban sumamente ligadas en significado y en ocasiones contenían retruécanos, o juegos de palabras, que no era posible traducir a los idiomas indoeuropeos.

Todo esto nos recuerda las formas, la semántica y el estilo textual del idioma hebreo. Sería aventurado decir que lo que percibimos en un idioma se deriva directamente del otro, pero el idioma maya habría congeniado muy bien con los conceptos y formas estilísticos que habrían utilizado las personas de habla hebrea en un contexto maya.

Estos aspectos relacionados con el estilo nos hacen pensar naturalmente en el quiasmo, la impresionante forma literaria que se encuentra extensamente en el Libro de Mormón y en los textos antiguos del Mediterráneo y del Oriente Cercano.[25] El quiasmo es una especie de paralelismo invertido. En Proverbios 15:1 encontramos un ejemplo de paralelismo directo: "La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor." En el quiasmo se invierte la relación directa que existe entre los conceptos de las dos líneas, de manera tal que la segunda línea sigue un orden invertido: "Porque *mis* pensamientos no son *vuestros* pensamientos, ni *vuestros* ca-

minos *mis* caminos, dijo Jehová" (Isa. 55:8). Se han llegado a identificar quiasmos sumamente complejos, incluyendo algunos del Libro de Mormón que abarcan textos de miles de palabras, y las cuales solamente se pueden identificar después de realizar un análisis sumamente detallado.[26] Hace diez años le pregunté al señor Thompson si se podían encontrar ejemplos del quiasmo en la literatura maya, pero confesó que nunca había contemplado la posibilidad. Cuando le describí la forma, expresó su interés y sugirió que ciertos pasajes cortos de los textos del Chilam Balam posiblemente fueran ejemplos de esta forma literaria. Hay otros textos y arte mesoamericano que posiblemente sean ejemplos del quiasmo, y valdría la pena estudiarlos más detenidamente junto con los libros yucatecos.[27]

El juego de palabras o retruécano del idioma maya (y otros idiomas mesoamericanos) encuentra un paralelo en los idiomas semíticos y el egipcio. Carleton Hodge observó que "la estructura de un idioma semítico hace posible que se desarrolle un juego de palabras en una forma singular y sutil". Los idiomas indoeuropeos, y muchos otros, no tienen esta característica. El piensa que los jeroglíficos egipcios posiblemente se hayan desarrollado en parte como resultado de esta tendencia.[28]

Todo esto concuerda asombrosamente con lo que indica el Libro de Mormón. El rey Benjamín "hizo que [sus hijos] fueran instruidos en todo el idioma de sus padres, a fin de que así pudieran llegar a ser hombres de inteligencia" (Mos. 1:2; es por demás decir que los sacerdotes eran los que habrían impartido el conocimiento.) El interés del rey era que sus hijos dominaran el idioma esotérico con el cual podrían leer sus registros ancestrales, los cuales contenían "los misterios de Dios" (Mos. 1:3).

Al tiempo de la Conquista, en Yucatán solamente los sacerdotes, los hijos de los sacerdotes, algunos de "los señores principales", y "los hijos menores de los señores" tenían conocimiento de la escritura jeroglífica.[29] El rey Benjamín estaba cumpliendo con su deber como padre real al asegurarse de que sus hijos recibieran este conocimiento. Nótese también que Zeniff estaba tan orgulloso de poseer este conocimiento que insertó una afirmación al respecto al principio de su registro, en Mosíah 9:1, que era un lugar bastante ilógico para hacer tal observación. Ese idioma, que tan difícilmente se llegaba a dominar, consistía tanto en los "caracteres que entre nosotros [los nefitas] se llaman egipcio reformado" como en el medio semántico para interpretarlos, o sea, "la ciencia de los judíos" (Morm. 9:32; 1 Ne. 1:2). Por motivo del tiempo que se requería para llegar a dominar ese complejo sistema, los ricos, quienes tenían tiempo para hacerlo, podían aumentar "sus oportunidades para instruirse", mientras que otros "eran ignorantes a causa de su indigencia" (3 Ne. 6:12).

Otro aspecto en el que concuerda la escritura mesoamericana con la del Libro de Mormón es la posibilidad de adaptar los caracteres para utilizarlos con más de un idioma. Aunque había un elemento fonético, como se señaló anteriormente, los pueblos culturalmente relacionados podían adaptar el sistema aprendiéndose de memoria los determinativos fonéticos o substituyendo nuevos. Obviamente, aun el idioma egipcio sufrió modificaciones a lo largo de miles de años, con el fin de reflejar el cambio constante en la pronunciación y el vocabulario, y los signos que se utilizaban en los tiempos de Mormón y Moroni no se hubieran conocido como egipcio "reformado" si no hubieran sido diferentes en ciertos aspectos del egipcio que se conocía en los días de Nefi.

Después de haber sufrido muchos cambios, no es de asombrarse que, como dijo Moroni, "ningún otro pueblo conoce nuestra lengua" (Morm. 9:34). El sistema jeroglífico habría cambiado en otra dirección cuando "se [enseñó] el idioma de Nefi entre todos los pueblos de los lamanitas" en los días de Alma. Al aprender los caracteres o jeroglíficos, los lamanitas podían comunicarse a través de las diferencias locales en el habla, lo cual les permitía "negociar unos con otros" (Mos. 24:4, 7), y así, a través de la *lengua franca* escrita, los comerciantes podían realizar sus negocios en cualquier lugar. Parece no haber ninguna otra razón que pueda explicar por qué se estimuló el comercio y la prosperidad cuando el pueblo aprendió el "idioma de Nefi". La escritura jeroglífica maya sirvió este propósito, ya que era posible leerla en cualquier lugar en donde se hablara uno de los veinte o más idiomas de la familia maya, y quizás más allá.

A menudo se menciona la abundancia de registros que existía en los tiempos del Libro de Mormón (por ejemplo, Hel. 3:15, 3 Ne. 5:9). La mayoría de éstos, lógicamente, se habrían escrito en el material más económico y conveniente: el papel. Lo más seguro es que hayan sido de papel las escrituras que se quemaron cuando los creyentes en Ammoníah fueron echados al fuego (véase Alma 14:8). La mayoría de los registros que se llevaban en Mesoamérica se escribían en papel de corteza de árbol, doblado en forma de biombo para formar un libro.[30] De la zona maya solamente han sobrevivido tres de estos códices de cierta fecha precolombina.[31] En las "páginas" se escribían los jeroglíficos en columnas verticales. Las inscripciones mayas contaban con columnas dobles, y cada símbolo se leía junto con el contiguo y se procedía por parejas de arriba a abajo. Antes del tiempo de Cristo, aproximadamente, solamente se utilizaban columnas sencillas.

Nótese que la "transcripción de Anthon", que se dio a conocer al público en 1980 como una copia que hizo José Smith de los caracteres de las planchas del Libro de Mormón, tiene columnas sencillas, lo cual concuerda con la etapa anterior y precristiana del "idioma de Nefi", en el cual se escribió el Libro de Mormón.[32] No es de sorprenderse que el profesor Charles Anthon, a quien Martin Harris mostró la copia hecha por José Smith en 1828, basándose en la poca información de que disponía en ese tiempo, comparó lo que vio con "el calendario mexicano".[33]

Se podría escribir mucho más acerca de otros aspectos del uso de los registros, de ciertos caracteres, de los escribas, etc., pero los datos que se han proporcionado en este artículo demuestran que en décadas recientes se ha revolucionado en muchas formas nuestro conocimiento de la escritura mesoamericana. Usando esta información, nos es posible percibir un nuevo significado en ciertas afirmaciones del Libro de Mormón concernientes a la escritura y los libros. Debemos esperar que haya muchos más cambios, los cuales permitirán que vaya en aumento la concordancia entre la información contenida en las Escrituras y la que deduzcan los científicos.

(Continuará.)

Notas

1. Sylvanus G. Morley, *The Ancient Maya*, 2a. edición (Stanford: Stanford University Press, 1947), págs. 260–261. La cita se escribió en 1935; véase la pág. 259.

2. Michael D. Coe, "Ancient Maya Writing and Calligraphy", *Visible Language* 5 (1971), pág. 259.

3. Ibid., pág. 298.

4. J. Eric Thompson, "Maya Hieroglyphic Writing", en Gordon R. Willey, compilador, *Handbook of Middle American Indians*, tomo 3 (Austin: University of Texas Press, 1965), págs. 652–653; Thomas S. Barthel, "Writing Systems", en Thomas A Sebeok, compilador, *Native Languages of the Americas*, tomo 2 (New York: Plenum Press, 1977), pág. 37.

5. Coe, 1971, pág. 301; David H. Kelley, *Deciphering the Maya Script* (Austin: University of Texas Press, 1976).

6. Coe, "Ancient Maya Writing and Calligraphy", pág. 301; Coe, *The Maya Scribe and His World* (New York: The Grolier Club, 1973), pág. 11.

7. Coe, 1971, pág. 301.

8. Se hace aparente que Mormón no quiso decir literalmente que su sistema de escritura no permitía que se trataran todos los temas, ya que de hecho se tratan muchos temas en el Libro de Mormón. Sin duda Eter 12:25 puede aclarar lo que quiso decir; en este pasaje Moroni dice que tropiezan "al colocar [sus] palabras". Esa era la "imperfección" que sufrían en su escritura. (Véase Morm. 9:31.) La dificultad radicaba en las ambigüedades que imponía el usar un sistema jeroglífico en vez de un sistema alfabético. (Compárese con Morm. 9:33.)

9. Thompson, pág. 646.

10. Barthel, pág. 35; George C. Vaillant, *The Aztecs of Mexico* (Harmondsworth, England: Pelican Books, 1950), págs. 201–204; Frances F. Berdan, *The Aztecs of Central Mexico: An Imperial Society* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1982), págs. 150–151.

11. Coe, "Early Steps in the Evolution of Maya Writing", en H. B. Nicholson, compilador, *Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica* (Los Angeles: UCLA Latin American Center and Ethnic Arts Council of Los Angeles, 1976), pág. 110 y subsiguientes. Coe incluye trece, pero omite los signos olmecas, que quizás sean jeroglíficos, y el singular sello de Tlatilco, el cual tiene un sistema totalmente diferente de cualquier otro. Este sello y la "Transcripción de Anthon" tienen similaridades interesantes, las cuales se analizan en el artículo de Carl Hugh Jones, "The 'Anthon Transcript' and Two Mesoamerican Cylinder Seals", *Newsletter and Proceedings, Society for Early Historic Archaeology* 122 (septiembre de 1970), págs. 1–8, basado en David H. Kelley, "A Cylinder Seal from Tlatilco", *American Antiquity* 31 (1966), págs. 744–746.

12. El sello de Tlatilco, mencionado en la Nota 11, y la Estela 10 de Kaminaljuyu; véase Coe, 1976, pág. 115.

13. Joyce Marcus, "The Origins of Mesoamerican Writing", *Annual Review of Anthropology* 5 (1976), pág. 44; aunque este artículo cita el año 859 a. de J.C., basado en lo que se ha descubierto a la fecha se sabe que posiblemente haya errado en su cálculo aproximadamente un siglo. En cualquier caso, los jeroglíficos que aparecen en este monumento (Monumento 3, San José Mogote, Oaxaca) están tan estilizados que es difícil pensar que no hubieran tenido un desarrollo histórico de varios siglos.

14. Barthel, op. cit.

15. Linda Miller Van Blerkom, "A Comparison of Maya and Egyptian Hieroglyphics", *Katunob* 11 (agosto de 1979), págs. 1–8.

16. Carleton T. Hodge, "Ritual in Writing: An Inquiry into the Origin of Egyptian Script", en M. Dale Kinkade et al., compiladores, *Linguistics and Anthropology: In Honor of C. F. Voegelin* (Lisse, Bélgica: The Peter de Ridder Press, 1975), págs. 333–334, 344.

17. J. Eric S. Thompson, *Maya Hieroglyphic Writing: An Introduction* (Norman: University of Oklahoma Press, 1960), pág. 9.

18. Coe, 1971, págs. 305–306; 1973, pág. 18 y subsiguientes.

19. Coe, 1971, pág. 305. Compárese con Alfred M. Tozzer, compilador, "Landa's Relación de las Cosas de Yucatán: A Translation", *Harvard University, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Papers*, tomo 18, 1941, pág. 169.

20. Coe, 1973, pág. 8; David H. Kelley, "Astronomical Identities of Mesoamerican Gods", *Archaeoastronomy* (Suplemento del *Journal of the History of Astronomy* 11 (1980), págs. S1–S54.

21. Barthel, pág. 45.

22. Ibid. Compárese con Thompson, 1970, pág. 7; Tozzer, pág. 28.

23. Thompson, 1960, págs. 61–62.

24. Munro S. Edmonson, "The Book of Counsel: The Popol Vuh of the Quiche Maya of Guatemala", *Tulane University, Middle American Research Institute, Publication* 35 (1971), págs. xi-xii.

25. John W. Welch, editor, *Chiasmus in Antiquity: Structures, Analyses, Exegesis* (Hildesheim, Alemania Occidental: Gerstenberg Verlag, 1981); John W. Welch, "Chiasmus in the Book of Mormon", en Noel B. Reynolds, editor, *Book of Mormon Authorship: New Light on Ancient Origins*, (Provo: Brigham Young University, Religious Studies Center, 1982), págs. 33–52. Véase también "Un libro que merece respeto", *Liahona*, mayo de 1984, pág. 13.

26. Welch, 1982, págs. 49–50.

27. Por ejemplo, Margaret McClear, *Popol Vuh: Structure and Meaning* (MadridNew York: Plaza Mayor, 1972), págs. 55, 67–90; Marvin Cohodas, "The Iconography of the Panels of the Sun, Cross, and Foliated Cross at Palenque: Part I", en Sociedad Mexicana de Antropología, *XIIIa Mesa Redonda, Xalapa, 1973* (México, 1975), págs. 75–101.

28. Hodge, pág. 344.

29. Tozzer, pág. 29.

30. Ibid., pág. 28.

31. Thompson, 1960, págs. 23–26.

32. Danel W. Bachman, "Sealed in a Book: Preliminary Observations on the Newly Found 'Anthon Transcript' ", *Brigham Young University Studies* 20 (1980), págs. 321–345; disponible por separado como Reimpresión BAC–80, Foundation for Ancient Research and Mormon Studies, P. O. Box 7113 University Station, Provo, Utah 84602.

33. B. H. Roberts, *New Witnesses for God*, tomo 2, 2a. parte, "The Book of Mormon" (Salt Lake City: Deseret Book, 1926), págs. 95–100. Véase el análisis del tema en mi artículo "The Book of Mormon as a Mesoamerican Codex", *Newsletter and Proceedings, Society for Early Historic Archaeology* 139 (1976), pág. 2.

La enseñanza por medio del Espíritu

por el élder Loren C. Dunn
del Primer Quórum de los Setenta

Esta semana un joven piloto rural de la comunidad de Yellowknife en los Territorios Noroestes de Canadá se prepara reverentemente para enseñar a su quórum del sacerdocio el domingo. Un empleado de oficina en Darwin, Australia, se ha puesto de acuerdo con su compañero para hacer sus visitas como maestros orientadores. Dos misioneros en Tokio, Japón, están a punto de enseñar una lección a un investigador, y una ama de casa en Stuttgart, Alemania, prepara con entusiasmo su siguiente clase de la Primaria.

Miles de personas, desde un confín de la tierra hasta el otro, virtualmente un ejército de hombres y mujeres, los maestros de la Iglesia, se encuentran efectuando un trabajo de gran importancia. Cada uno ha aceptado un llamamiento de enseñar el evangelio: a miembros y no miembros, a niños y jóvenes, a hombres y mujeres en cada estaca y distrito, cada barrio y rama en toda la Iglesia.

No podemos elogiar suficientemente a estos fieles maestros por el beneficio que proporcionan. No simplemente transmiten información; su llamamiento es mucho más grande que eso. Ellos enseñan el evangelio por el poder del Espíritu. Fortalecen a quienes les escuchan, inspirándolos a hacer buenas obras. El Señor nos ha mostrado la situación ideal para la enseñanza:

"Al estar reunidos os instruiréis y os edificaréis unos a otros, para que sepáis cómo conduciros." (D. y C. 43:8.) Instruir es una cosa, mas instruir y edificar es algo más. Edificar sería instruir por el poder del Espíritu. Cuando una persona edifica o enseña por el Espíritu, instila en los que lo escuchan el deseo de superarse, de actuar a la par con lo que se les ha enseñado.

Enseñar el evangelio por el Espíritu es, pues, la primera responsabilidad de cada maestro de la Iglesia. El mundo, al enseñar de acuerdo con los preceptos de los hombres, simplemente intercambia información interesante o hechos adicionales. Pero cuando uno enseña por el Espíritu, la experiencia es diferente: es una comunicación a las almas de aquellos que lo escuchan. Tanto el orador como el escuchante terminan edificados e iluminados. Hay un sentimiento interior de gozo y de querer vivir mejor.

El maestro de la Iglesia puede prepararse en diferentes formas. Entre ellas están el inscribirse en el curso básico del programa de desarrollo del maestro y seguir las instrucciones y ayudas que se encuentran en cada uno de los manuales de la Iglesia. Sin embargo, la preparación más importante del maestro es espiritual y debe efectuarse individualmente. Se nos ha dicho: "Y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis." (D. y C. 42:14.) Esto se puede aplicar de dos maneras. Primero, a fin de aceptar el llamamiento de enseñar el evangelio, debemos bautizarnos y recibir el don del Espíritu Santo, el cual es la fuente de la verdad. Segundo, debemos vivir, actuar y orar de tal manera que el don del Espíritu pueda ser una fuerza viva en nuestras vidas, la cual, a su vez, nos edificará y fortalecerá a nosotros así como a aquellos a quienes hemos sido llamados a enseñar. Y para confirmar esto, el Señor, contestando la pregunta "¿A qué se os ordenó?", replicó: "A predicar mi evangelio por el Espíritu, sí, el Consolador que fue enviado para enseñar la verdad." (D. y C. 50:13–14.)

Este parece ser el mandato de las Escrituras para todos los que enseñan en la Iglesia. Su importancia se ve realzada unos versículos después cuando el Señor dice: "El que es ordenado por mí y enviado a predicar la palabra de verdad por el Consolador, . . . ¿La predica por el Espíritu de verdad o de alguna otra manera?

"Y si es de alguna otra manera, no es de Dios." (D. y C. 50:17–18.)

Existe una preparación espiritual que cada maestro de la Iglesia debe efectuar a fin de asegurar su éxito como maestro del evangelio. Esta preparación no siempre va ligada con la educación o la experiencia o la extensión de su conocimiento. Si uno se prepara, el Espíritu iluminará lo que enseña y el resultado será el aumento de fe. El maestro podrá llevar su mensaje al corazón del escuchante y todos serán edificados y se [regocijarán] juntamente". (D. y C. 50:22.) Y aquellos que han sido inspirados de esta manera producirán obras rectas.

Para tales maestros, ser fieles es tan importante como conocer el principio de la fe; disfrutar de las bendiciones que resultan por honrar el sacerdocio es tan importante como enseñar los principios del sacerdocio. La persona que vive lo que enseña es la que recibe el Espíritu.

Enseñar por el Espíritu no es simplemente relatar historias inspiradoras o narrar experiencias conmovedoras. Es mucho más que esto. De hecho, algunos tal vez confundan el encanto emocional con la obra sutil del Espíritu Santo y, sin embargo, no siempre son la misma cosa. La confirmación callada y apacible que llega al corazón del alumno de un maestro fiel no necesariamente tiene que ser emotiva de acuerdo con lo que el mundo llamaría una experiencia conmovedora. Sin embargo, edificará o fortalecerá espiritualmente al maestro y al alumno. Ambos se regocijarán a medida que aprenden y repasan las verdades espirituales. "He aquí, hablaré a tu mente y a tu corazón", y "sentirás que está bien". (D. y C. 8:2; 9:8.)

Un maestro que enseña por el poder del Espíritu Santo posee ciertas características. Algunas de éstas menciono

a continuación. Observad cómo se relacionan entre sí.

1. *Gracia*. El Salvador inició su ministerio con estas palabras de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos." (Luc. 4:18.)

"A los que se encontraban en la sinagoga, el Salvador les dijo entonces: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

"Y todos . . . estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca." (Luc. 4:21–22.)

Hay gracia en aquellos que enseñan el evangelio por el Espíritu. Parece ser que la influye la humildad individual, la fe personal y el amor profundo y constante hacia los demás.

Hace algunos años, cuando vivíamos en Nueva Zelanda, tuvimos la fortuna, cuando los deberes no nos llamaban a otros lugares, de asistir a la clase de Doctrina del Evangelio en el Barrio 8 de Mount Roskill. En aquel entonces la maestra era Joan Armstrong, conversa a la Iglesia. Sus lecciones reflejaban una devota preparación. Nos enseñaba los principios del evangelio utilizando el manual como guía.

Sin embargo, las enseñanzas de la hermana Armstrong estaban impregnadas de sus propia fe individual. El espíritu de su enseñanza reflejaba las experiencias de su vida y la manera en que el Señor la había inspirado y dirigido. La hermana Armstrong no daba la apariencia de ser una maestra dinámica, como tampoco absoluta; pero siempre estaba preparada y todo su conocimiento la cubría de una gracia nacida del Espíritu. Ese mismo Espíritu gobernaba la clase. Había participación sin antipatía; había discusión pero escasa controversia. No se explayaba en misterios o especulaciones, y no tenía que hacerlo, porque estaba preparada. Los hermanos salían de la clase sintiéndose fortalecidos y edificados.

En la Iglesia contamos con miles de maestros tal como la hermana Armstrong. Se dejan llevar por los susurros del Espíritu, y éste crea en ellos una

gracia que nace del Espíritu y conmueve a aquellos a quienes enseñan. Esto sucede aun cuando ejercen sus propias personalidades para enfocar la lección en forma diferente. Este es el común denominador que mantiene unidos a aquellos que poseen un gran conocimiento del evangelio y aquellos que son llamados a enseñar y que apenas inician su estudio ferviente del evangelio.

2. *Testimonio*. "Porque yo os perdonaré vuestros pecados con este mandamiento: que os conservéis firmes en vuestras mentes en solemnidad y el espíritu de oración, en dar testimonio a todo el mundo de las cosas que os son comunicadas." (D. y C. 84:61.)

Las clases de capacitación del maestro pueden y harán una obra maravillosa en ayudar a los maestros a desarrollarse. Los manuales han sido preparados para auxiliar a los maestros a presentar el evangelio de las escrituras y de los profetas y para mostrar cómo aplicar las lecciones en la vida diaria. Pero ninguno de éstos puede crear un maestro del evangelio a menos que éste agregue a su enseñanza el ingrediente más importante, el cual es su propio testimonio. Toda la habilidad combinada de la Iglesia no puede producir un manual lo suficientemente eficaz que reemplace a un maestro que no ha desarrollado su propio testimonio o que no lo emplea en su enseñanza. Cuán agradecidos nos sentimos por los miles de maestros en la Iglesia que enseñan el evangelio por el poder de su propio testimonio.

3. *Las Escrituras*. "Se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de sana inteligencia, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para poder conocer la palabra de Dios." (Alma 17:2.)

El Señor ha proporcionado las Escrituras a la Iglesia como guía. Cuando decimos Escrituras, no sólo nos referimos a los cuatro libros canónicos sino también a los escritos inspirados de apóstoles y profetas modernos y otros dirigentes de la Iglesia según son "inspirados por el Espíritu Santo". (D. y C. 68:4.)

Hace unos años tuve el privilegio de asistir a una charla fogonera para investigadores en el centro de la Estaca Parramatta en Sydney, Australia. El

Enseñar el evangelio por el Espíritu es la primera responsabilidad de cada maestro de la Iglesia

orador principal fue un miembro del Quórum de los Doce. La congregación consistía de muchos investigadores que por mucho tiempo habían escuchado los principios del evangelio, pero que no contaban con el testimonio necesario para hacer algo al respecto. El miembro de los Doce fue bendecido especialmente esa noche al relatar la historia de la restauración del evangelio en forma poderosa. Paso a paso, desplegó las Escrituras a todos los presentes. El Espíritu dio testimonio de que lo que estaba enseñando era verdadero. Al finalizar la reunión, siete de estos antiguos investigadores fijaron la fecha de su bautismo.

Los miembros de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce ejemplifican ante toda la Iglesia la importancia de utilizar las Escrituras para enseñar el evangelio y edificar a aquellos que buscan la verdad.

Joseph F. Smith dijo: "Aquello que caracteriza por sobre todas las cosas la inspiración y divinidad de las Escrituras es el espíritu en el cual están escritas y la riqueza espiritual que transmiten a aquellos que las leen fiel y concienzudamente. . . Estas tienen como propósito aumentar las dotes espirituales del hombre y revelar e intensificar el vínculo entre él y su Dios." (*Juvenile Instructor*, abril de 1912, pág. 104.)

4. *Oración*. "Y se os dará el Espíritu por la oración de fe." (D. y C. 42:14.)

El paso más importante en la preparación espiritual es la oración. La oración es el medio de buscar ayuda y entendimiento. Es el reconocimiento de que "el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender". (Mos. 4:9.)

En actitud de humildad repasad el material que vais a enseñar. Cuando sintáis que sabéis qué dirección tomar con respecto a vuestra lección, consultad al Señor en oración. Con esta actitud de humildad, dejad que el Espíritu os guíe. El nos dice: "Si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo." (Mor. 10:4.) Si experimentáis un sentimiento de paz y seguridad, seguid adelante. Si hay confusión y duda, cambiad vuestro enfoque y presentadlo nuevamente al Señor en oración. Pedidle con humildad que os otorgue su Espíritu en todo lo que hagáis, especialmente cuando estéis frente a aquellos a quienes habéis sido llamados a enseñar.

El presidente Spencer W. Kimball nos dice: "El sólo se pondrá frente a [la puerta] y tocará, mas si no escuchamos, no cenará con nosotros ni contestará nuestras oraciones. Debemos aprender a escuchar, a retener, interpretar y entender. El Señor permanecerá llamando a nuestra puerta, nunca se retirará, mas nunca se impondrá a sí mismo. Si nuestra cercanía a él empieza a disminuir, somos nosotros, y no El, los causantes de ello. Y si alguna vez fallamos en obtener una respuesta a nuestras oraciones, debemos examinar nuestras vidas para encontrar la razón. O hemos olvidado hacer lo que debíamos o es que hemos hecho algo que no debíamos. Lo más seguro es que hemos ensordecido nuestros oídos o deteriorado nuestra vista." (Spencer W. Kimball, *La fe precede al milagro*, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1973, pág. 211.)

Y de esta manera vemos que el gran principio rector para todos los maestros en la Iglesia es enseñar el evangelio por medio del espíritu. De hecho, José Smith dijo que "todos deben enseñar el evangelio por el poder y la influencia del Espíritu Santo; y ningún hombre puede predicar el evangelio sin el Espíritu Santo". (*History of the Church*, 2:477.)

Los maestros en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días ejercen tanta influencia como cualquier grupo de personas en la Iglesia. Que el Señor les bendiga con gozo y éxito en sus llamamientos y que el Espíritu siempre los guíe al enseñar el evangelio. ■

No se abre en domingo

por Quinten y LaRae Warr
relatado a Ruth Heiner

El domingo es el día del Señor y seremos bendecidos por guardarlo

"¡Si vieran mis libros de contabilidad tal vez no estarían tan seguros de que quieren mantener abierto su negocio el domingo!"

Cuándo éramos recién casados, mi esposa y yo trabajamos unos cuantos años en Idaho Falls en restaurantes que abrían los domingos. Durante ese tiempo nos dimos cuenta de que en domingo el negocio a veces perdía dinero. Por lo general alguna máquina se descomponía y no podíamos atender bien a los clientes. Además, los que reparaban las máquinas cobraban el doble por ser domingo, y era difícil conseguir buenos empleados ese día. Nos prometimos que si alguna vez podíamos poner un negocio propio, no cometeríamos el mismo error.

La oportunidad llegó por fin un día y pudimos comprar un pequeño restaurante. El préstamo que sacamos para comprarlo era bastante grande. La compañía prestamista y los dueños de establecimientos similares de los alrededores nos aseguraron que si no abríamos el restaurante los domingos, que era el día de más ventas, no tendríamos la más mínima posibilidad de pagar el préstamo. Como ya habíamos hecho un pago inicial y queríamos que nos fuera bien en el negocio, pensamos que no teníamos más remedio que seguir sus consejos.

Como lo habían predicho, el domingo era el día que más se vendía. Después de haber tomado la decisión de abrir los domingos no podíamos echarnos atrás, porque pensábamos que íbamos a perder demasiado. En el fondo, teníamos miedo de que si no atendíamos al público los domingos, perderíamos la clientela y no podríamos ganar la suma de dinero necesaria para que el negocio fuera del todo nuestro.

Nos faltaba muy poco para llegar a la meta, cuando tuve un ataque al corazón. Como era muy difícil conseguir buenos empleados que trabajaran los domingos, decidimos cerrar ese día durante los meses de invierno.

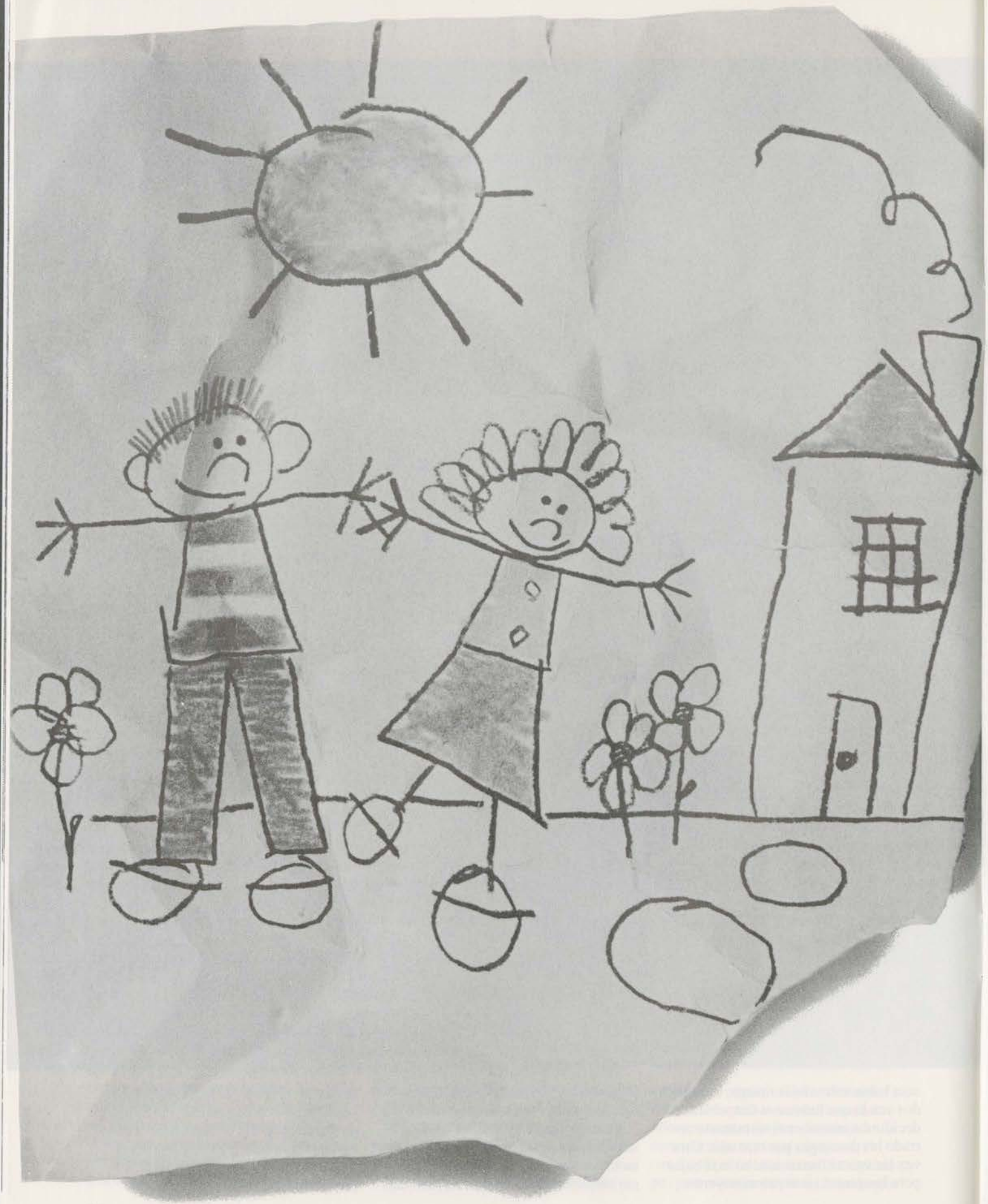
El doctor se alegró de nuestra decisión porque yo podría tener el descanso que tanto necesitaba. Pero, con el paso del tiempo, empecé a preocuparme de la gran disminución en las ventas que mostraban los libros de contabilidad. Un día le dije a mi esposa que tendríamos que volver a abrir los domingos. Ella se quedó mirándome por un momento y luego dijo: "Primero mírate al espejo y dime si te parece que puedes soportar siete días de trabajo todas las semanas."

"Me parece que no es necesario que mire," contesté con desgana. "Mejor nos olvidamos del asunto."

Más tarde, cuando nos sentamos a evaluar los negocios del año anterior, nuestras sospechas se confirmaron: nuestras ventas habían disminuido considerablemente en comparación con las de años anteriores. Sin embargo, para nuestra sorpresa, la ganancia

neta había sido casi la misma. Animados con lo que habíamos descubierto, decidimos mantener el restaurante cerrado los domingos por otro año. Otra vez las ventas fueron mucho más bajas pero las ganancias no disminuyeron. ¡Nuestro negocio salió a flote manteniéndose cerrado los domingos!

Cuando pienso en que me costó la salud, y en todo el trabajo que hice tantos domingos para no ganar *nada*, me sorprende que me haya llevado tanto tiempo aprender la lección de que la obediencia al mandamiento del Señor de santificar el día de reposo lleva en sí muchos beneficios. El domingo es el día del Señor y seremos bendecidos por guardarlo. ■



El mejor regalo de cumpleaños

por Floy Daun Mackay

Cumplir dieciocho años es un acontecimiento muy importante en la vida de los jóvenes. Por lo tanto, cuando Eric cumplió dieciocho años estando en la Universidad Brigham Young, decidimos enviarle algo especial. Cada uno de los miembros de la familia haría algo para enviárselo. Su hermana menor, Jennifer, le haría unas galletitas, su padre le mandaría dinero, su hermano mayor, Brad (estudiante también de la Universidad), le acompañaría el día de su cumpleaños, su hermano menor, Jeff, dibujaría las ilustraciones y yo escribiría el poema para una tarjeta de cumpleaños sin igual.

Me sentía muy entusiasmada al respecto; había decidido escribir una estrofa sobre cada año de su vida.

Puse manos a la obra, y escribí sonriente las primeras estrofas. Luego pensé en Eric cuando tenía seis años.

"¡Eric tiene novia! ¡Eric tiene novia!" recordé que Brad había entrado gritando embromando a su hermano cuando llegaban de la escuela.

Eric no dijo nada, y me fue imposible descubrir nada en la expresión de su carita angelical; ni sonrió, ni frunció el ceño. Sin hacerle caso me preguntó:

—Mamá, ¿podemos desayunar más temprano mañana? Tengo que salir más temprano para la escuela.

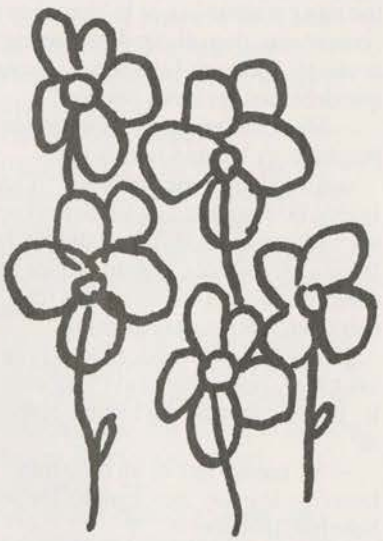
—Sí —le contesté sorprendida por su seriedad—, claro, no hay problema; ¿me quieres contar por qué?

—No —me dijo, sonriendo y moviendo la cabeza, y se fue a jugar.

—¡Qué te dije! —replicó Brad.

No soy una madre entremetida, bueno, sólo un poquito, pero de todas maneras quería saber el motivo por el cual Eric salía para la escuela quince minutos más temprano y volvía quince minutos más tarde todos los días, de esto ya hacía una semana. Pero él no dejaba entrever absolutamente nada.

El martes tenía que ir a la biblioteca a devolver unos libros, por lo que decidí ir sobre la salida de la escuela de los niños, y pasar a recogerlos de regreso.



Se me hizo un poco tarde, por lo que tuve que llegar casi hasta la casa cuando vi a Eric caminando por la calle con una niña. De espalda sólo pude apreciar que tenía pelo rubio y largo y llevaba un bonito vestido. Pero había algo diferente. Vi que caminaba con dificultad, levantando apenas la pierna izquierda del suelo, y al pasarlos pude notar que el brazo izquierdo lo tenía atrofiado. Al verme, Eric me sonrió y me saludó con la mano. Le sonreí devolviéndole el saludo, y pude ver que la niña era muy bonita, tenía una sonrisa encantadora y unos hermosos ojos azules.

A la hora de la cena decidí que era tiempo de hablar del asunto. Quería que Eric supiera que no había ningún problema en que tuviera muchas amistades durante su primer año escolar, incluyendo a una niña.

—Hoy te vi con tu amiguita, Eric. Es muy bonita.

—Es muy buena —comentó.

—¿Esa era entonces la razón por la que ibas a la escuela más temprano que de costumbre? —le preguntó su padre.

—Bueno, cuéntanos algo sobre ella: ¿Cómo se llama? ¿Cómo es?

—Se llama Jena, y es . . . es . . . es . . . es como una niña.

Todos nos reímos.

—Es muy bonita —comenté—, es rubia, tiene los ojos azules y una sonrisa muy dulce.

—¿Qué tiene en la pierna? —preguntó Brad inocentemente.

—¡No tiene nada! —dijo Eric, levantando la voz con enojo.

—Brad no te preguntó con mala intención, Eric. Ella tiene problemas con su pierna y su brazo debido a una parálisis cerebral. De todas maneras, eso no cambia que ella sea bonita y buena.

Yo había enseñado a niños con impedimentos físicos y sabía que todos tenemos ciertas limitaciones en algún aspecto.

A principios de diciembre de ese mismo año recibí una singular llamada telefónica.

—Por favor, ¿podría hablar con la madre de Eric?

—Ella habla —le respondí.

—Soy la señora Hamilton; la madre de Jena.

—¡Ah, sí! Mucho gusto.

—La llamé porque no sé si usted está al tanto de todo lo que Eric está haciendo por nuestra familia. Aunque en realidad es por Jena, nos afecta a todos nosotros.

—No, no tengo ni idea —le respondí asombrada.

—¿Usted conoce a Jena?

—La vi una vez cuando volvía de la escuela. Es una niña muy bonita.

—Entonces sabe que tiene problemas con su pierna y su brazo, de que tiene parálisis cerebral.

—Sí, me di cuenta.

—El año pasado cuando nos mudamos aquí y fui a inscribirla a la escuela, me dijeron que no podían aceptarla. Su incapacidad es sólo física, y aun cuando ella no tiene ningún problema para aprender, insistieron en que los demás niños se burlarían de ella y la molestarían tanto que nos arrepentiríamos de no haber seguido su consejo de inscribirla en una escuela especial. Pero yo insistí tanto que al fin decidieron aceptarla. Dudaron mucho, pero yo me mantuve firme en mi decisión.

—La comprendo perfectamente.

—Cuando comenzaron las clases, pasó exactamente lo que ellos habían predicho. Algunos de los niños le decían cosas y la ridiculizaban. Nadie quería jugar con ella. Después de una semana y media de llegar a casa bañada en lágrimas, ocurrió un milagro: Eric.

—¿Eric?

—Sí, Eric pensó que era hora de poner punto final a la situación, y le preguntó a Jena si quería jugar con él a la hora del recreo y caminar juntos a casa después de la escuela. Los niños se rieron de Eric y le gritaron cosas a él también, pero no les hizo caso.

¿Eric hizo eso?, me pregunté asombrada.

—Desde ese día, a pesar de las permanentes burlas, Eric la ha acompañado a la escuela de ida y de regreso, ha jugado con ella en los recreos y, a la tercera semana, cuando algunos de los niños comenzaron a tirarle piedras a Jena, los desafió a pelear con él a puño limpio si no dejaban de molestarla.

Eso sí que lo creo, pensé. Aun cuando Eric era un poco más bajo que el resto de los niños de su edad, nunca tuvo miedo de pelear, si era necesario hacerlo.

A la tercera semana, cuando algunos de los niños comenzaron a tirarle piedras a Jena, los desafió a pelear con él a puño limpio si no dejaban de molestarla

—Pienso que les habló con tanta convicción que dejaron de molestarla, y ahora todo marcha perfectamente bien con Jena. Varios niños juegan con ella, y nadie parece reparar más en su problema.

—¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro!

—Eso no es todo; ayer detuve a Eric, y me sentía tan agradecida por su comportamiento que le dije: "Eres un niño muy bueno, Eric. ¿Cómo has logrado ser tan bueno?" En realidad no fue una pregunta la que le hice, sino un comentario, pero él rápidamente me contestó: "Nuestra Iglesia nos enseña que debemos ser niños buenos."

—Me sentí tan sorprendida que le pregunté: "¿Y a qué Iglesia vas?"

—Sin dilación me contestó: "A La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días; le dicen también la Iglesia Mormona. ¿Quiere que los misioneros vayan a visitarla?" Es realmente un niño extraordinario.

¿Quiere que los misioneros vayan a visitarla?, hubiera querido preguntarle, pero no lo hice. En cambio respondí:

—Sí, pienso que es un niño muy bueno, y le estoy muy agradecida por haberme llamado.

Después de lo sucedido, Jena no necesitó tanto de Eric. Seguían siendo amigos, pero él volvió a jugar con los varones y a llamar "bobas" a todas las niñas. Al año, la familia de Jena volvió a mudarse, y poco después nosotros también lo hicimos.

Después de pensarlo más detenidamente, decidí que sería mejor no escribir nada sobre la experiencia que tuvo Eric cuando tenía seis años. Era demasiado especial.

Me sentí emocionada cuando puse en el correo la enorme tarjeta de cumpleaños, pensando en la cara de Eric cuando les leyera su vida a sus amigos.

El viernes, casi a medianoche, el teléfono sonó.

—Mamá, soy yo, Eric.

—Eric, ¡feliz cumpleaños! ¿Recibiste la tarjeta de cumpleaños?, ¿y el dinero? ¿Te gustaron mucho? ¡No tenías por qué llamar a esta hora para agradecernos los regalos.

—Escúchame, mamá. Hace un rato Brad y yo nos encontrábamos sentados conversando en nuestro dormitorio cuando sonó el teléfono. Era una chica.

—¿Hablo con Eric Miller? —me preguntó—. Quizás no te acuerdas de mí, hace ya tanto tiempo; soy Jena Hamilton.

—¡Jena! ¡No lo puedo creer! Claro que me acuerdo de ti. ¿Qué estás haciendo en Utah? ¿Paseando?

—No; como tú, estudio en la Universidad Brigham Young.

—¡No me digas! ¿Cómo te decidiste a venir a estudiar aquí?

—Hace tres años mamá y yo estábamos lavando los platos, cuando dos jóvenes llamaron a la puerta. Nos dijeron que eran representantes de Jesucristo y que tenían un mensaje para nosotras. Mamá les dio las gracias, pero les dijo que no estábamos interesadas. Pero luego, por alguna razón, les preguntó: "¿De qué Iglesia son?" y cuando nos dijeron, "Pertenecemos a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, conocida también como la Iglesia Mormona", nos miramos, y las dos al mismo tiempo dijimos, "la Iglesia de Eric". No estábamos verdaderamente interesadas, pero no quisimos ser desatentas con alguien de la Iglesia de Eric. Bueno ya te puedes imaginar el final. Nos bautizamos después de la cuarta charla.

—Jena, ¡es fantástico! Y a propósito, estamos celebrando mi cumpleaños. ¿Dónde vives? ¿Podemos ir a visitarte?

Cuando Eric terminó de contarme la conversación, las lágrimas rodaban por mis mejillas. Como se quedó callado por un largo rato, le pregunté:

—¿Y bueno, ¿que pasó? ¿La fuiste a ver? ¿Cómo la encontraste?

—¡Está preciosa! —me contestó entusiasmado.

—¿Y la pierna? ¿La tiene mejor?

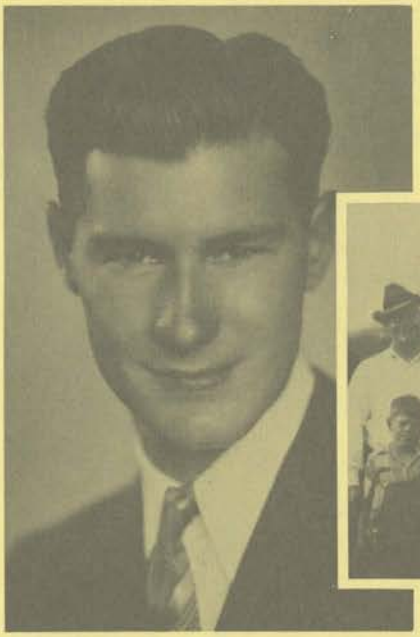
—¿La pierna? ¿Qué tenía en la pierna? ■

Entre amigos

Un entrevista personal
con el élder James E. Faust del Quórum de los Doce,
realizada por Janet Peterson

—Nadie tuvo jamás uno mejor, —dijo el élder James E. Faust, refiriéndose cálida y amorosamente al recuerdo de su padre, George A. Faust—. Mi padre era una persona disciplinaria y mi madre una mujer muy cariñosa que nos instruyó acerca de las enseñanzas del Libro de Mormón, su libro favorito, y los demás libros canónicos.

Los Faust tuvieron cinco varones, y James era el segundo.



—Si alguna vez mi madre se sintió desilusionada por no tener hijas, —dijo el élder Faust— nunca lo demostró.

El élder Faust nació en Delta, Utah; más tarde la familia se mudó a la zona Cottonwood, de Salt Lake, la cual, en esa época, era una comunidad rural y muy diferente de los vecindarios y bulliciosos centros comerciales que se encuentran allí en la actualidad. Refiriéndose al sistema de vida que llevaban cuando era niño, el élder Faust comentó:

—Todos los años criábamos un cordero y teníamos caballos y perros. A mi padre le encantaba la vida al aire libre y era muy buen pescador. A nosotros también nos gustaba ese estilo de vida.

Cuando eran jovencitos, el élder Faust y su hermano solían ir a pasar el verano a la casa de campo de sus abuelos donde aprendían a lidiar con el ganado.

—Estoy agradecido por la influencia que mis abuelos tuvieron en mi vida. Recuerdo que mi abuela tenía porte de reina. Cuando mi padre se ponía severo y estricto con nosotros, mis abuelos le recordaban que éramos tan sólo unos niños.

—Cuando éramos pequeños, nuestra diversión se centraba en la Iglesia y sus distintas actividades. Con frecuencia íbamos a ver las películas que el barrio pasaba en el centro de reuniones.

—Recuerdo que en invierno subíamos la colina Butler en un trineo tirado por un caballo y luego nos deslizábamos colina abajo.

Newell B. Stevenson, un amigo de toda la vida del élder Faust, recuerda que esa colina era también donde solían esquiar.

—Solíamos ir a esquiar allí, —nos cuenta—. Eso era en los tiempos en que no se conocían las botas para esquiar ni toda esa clase de equipo sofisticado. Nosotros mismos construíamos una rampa y, con una poca de suerte, llegábamos hasta la base de la colina. Por supuesto que, una vez allí, teníamos que subirla a pie. En una oportunidad, Jim (élder Faust) perdió un esquí, cayó y se quebró la clavícula.

—En verano nos íbamos a nadar a un lago cercano que se formaba con las aguas del deshielo. Si hubiéramos podido pasar ahí todo el tiempo lo habríamos hecho. En una o dos ocasiones fuimos al lago a principios de la primavera y nos retamos el uno al otro para entrar en el agua. En esa época estaba tan fría que salíamos inmediatamente.

Al élder Faust también le interesaron otro tipo de deportes, especialmente el fútbol americano y carreras de atletismo. Su padre era su más leal espectador. Al recordar esos días, el hermano Stevenson dijo:

—No creo haber ido a ningún programa de atletismo en que interviniera uno de los hijos de los Faust, en que su padre no hubiera estado allí para brindarles su apoyo.

—Aun cuando era niño, pero particularmente en nuestros primeros años de adolescencia, Jim era el líder espiritual de nuestro grupo. Participábamos juntos en todo, y tengo que reconocer que gracias a él no nos metíamos en problemas. No era altanero, ni dominante ni falsamente devoto, sino que siempre hacía lo correcto.

—Es maravilloso ser padre y abuelo— declaró el élder Faust—. El y su esposa, Ruth, han sido bendecidos con cinco hijos —tres varones y dos mujeres— y dieciséis nietos.

Haciendo hincapié en la importancia de la influencia de los padres y los abuelos, el élder Faust aconseja:

—Niños y niñas, tened confianza en la guía y el consejo de vuestros padres y abuelos, quienes os quieren más que nadie en el mundo, y siempre se interesarán en vosotros. A veces objetaba al consejo y la guía que recibía de mis padres y abuelos, pero nunca dudé de su amor hacia mí, y con el tiempo, me di cuenta de que ellos sabían más que yo acerca de lo que era bueno o malo, debido a mi limitada experiencia y comprensión de las cosas de la vida. ■

Abraham y Sara

Alrededor de dos mil años antes del nacimiento de Jesucristo, vivía en la ciudad de Ur un joven llamado Abraham. Ur era una ciudad muy inicua, cuyos habitantes ya no creían en Dios. Se complacían en hacer cosas malas y en adorar ídolos hechos de madera y piedra. A pesar de que los ídolos no podían ver, ni pensar, ni oír, ni sentir, la gente oraba ante ellos y esperaba que sus oraciones fueran contestadas. Incluso ofrecían sacrificios de animales y de personas a esos pedazos de madera tallada.

Abraham despreciaba toda esta corrupción, porque era un hombre bueno y justo, que amaba al Señor y le oraba con frecuencia. Anhelaba poseer el sacerdocio de Dios y servir a su Padre Celestial, porque sabía que sirviendo a Dios, y no a ídolos, sería más feliz. Por lo tanto, cuando llegó el momento oportuno, Abraham se dirigió al sumo sacerdote, Melquisedec, para ser ordenado al sacerdocio.

El Señor amaba a Abraham debido a su obediencia y fidelidad, por lo que le confió un sagrado instrumento llamado Urim y Tumim. Este instrumento ayudó a Abraham a comprender los propósitos de Dios y a enseñar el evangelio a la gente. Abraham también recibió los registros o anales del pueblo del Señor, que fueron pasando de un profeta a otro desde el tiempo de Adán. Como Abraham quería mucho a su familia y a sus amigos, trató de enseñarles la verdad, pero ellos rechazaron el evangelio, lo que le entristeció mucho. El les dijo que a menos que se arrepintieran, habría una gran escasez y hambre, pero ellos no prestaron atención a sus advertencias.

Abraham continuó llamando a la gente al arrepentimiento, pero ellos se enojaron con él y conspiraron para quitarle la vida. Incluso el padre de Abraham, Taré, se unió a este plan tan cruel. Capturaron a Abraham y lo arrastraron hasta un gran altar que se utilizaba para ofrecer sacrificios. Una gran multitud de personas, que había estado adorando a los enormes ídolos de piedra, observaron cómo tomaban a Abraham por la fuerza y lo ataban al altar.

Abraham tenía miedo; sabía que los sacerdotes intentaban matarlo para ofrecer un sacrificio a sus ídolos paganos a los que él odiaba tanto. Peleó y se esforzó para liberarse, pero no pudo lograrlo. En terrible angustia, clamó a su Padre Celestial para que de alguna manera fuera liberado de su terrible destino.

Cuando el sacerdote estaba de pie, listo para clavarle un cuchillo en el cuerpo, Abraham fue lleno del Espíritu Santo y tuvo una visión de Dios. Un ángel se paró a su lado y soltó las ligaduras que lo ataban al altar, y Abraham quedó libre.

Entonces la ira del Señor cayó sobre el pueblo. Los ídolos y el altar del cual Abraham había sido liberado quedaron completamente destruidos, y el inicuo sacerdote fue herido y murió. Por medio del poder de Dios, Abraham fue protegido y su vida preservada.

Tal como Abraham lo había profetizado, el Señor hizo que hubiera hambre en la tierra y el pueblo sufrió amargamente. Abraham tenía esperanzas de que ese sufrimiento ayudara a la gente a arrepentirse por adorar ídolos. Taré se vio muy atormentado por causa del hambre y comenzó a pensar en lo que su hijo había tratado de enseñarle; se dio cuenta entonces de lo malo e inicuo que había sido y se arrepintió.

El hambre aumentó y Harán, hermano de Abraham, murió. Harán tenía cuatro hijos grandes llamados Isca, Sara, Milca y Lot. Sara era una mujer muy hermosa que amaba al Señor y guardaba Sus mandamientos. Abraham amaba a Sara y sabía que era una mujer especial, de modo que la eligió por esposa.

Isaac

Abraham y Sara habían estado casados por alrededor de treinta años, pero nunca habían podido tener hijos. Sara iba envejeciendo y Abraham estaba preocupado. El Señor le había dicho que las naciones de toda la tierra serían bendecidas por sus descendientes, pero sin hijos, él no podía tener descendientes. Abraham oró acerca de sus preocupaciones, y el Señor le prometió que algún día tendría un hijo. Pero Abraham no sabía cómo se cumpliría esta promesa. Sabía que Sara, a su edad, podría tener un hijo solamente por medio de un milagro; pero a pesar de esto, Abraham tenía fe.

Pasaron muchos años; Abraham tenía casi cien años de edad y Sara noventa, cuando el Señor dio a Abraham la feliz noticia de que pronto Sara daría a luz un hijo varón, cuyo nombre sería Isaac. Abraham se sintió tan feliz que inclinó la cabeza y humildemente agradeció al Señor.

Cuando nació el bebé, Sara se regocijó mucho. Después de cuarenta años de espera, finalmente tenía un bebé, y ella sabía que el nacimiento de ese hijo era una gran bendición del Señor.

Abraham y Sara querían mucho a Isaac y se preocupaban por él. Cuando el niño creció, le enseñaron acerca de nuestro Padre Celestial, así como también a orar. Era un niño bueno, y Abraham y Sara estaban muy orgullosos de él.

Un día, cuando Isaac era ya un jovencito, Abraham recibió una revelación en la cual el Señor le decía:

"Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac a quien amas, y vete a tierra de Moríah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré."

Abraham se sintió tremendamente triste y se hizo muchas preguntas. ¿Cómo podría él ofrecer a su querido hijo en sacrificio? Abraham detestaba la idea de ofrecer sacrificios humanos; y ¿cómo podía él tener descendientes para bendecir las naciones de la tierra si Isaac moría? ¿Por qué le mandaría el Señor hacer una cosa tan atroz, especialmente después de haber esperado tanto tiempo para tener un hijo? Pero como Abraham era un hombre de gran fe, se preparó para obedecer el mandamiento del Señor.

Abraham e Isaac se levantaron muy temprano por la mañana, ensillaron un burro y llevaron a dos sirvientes con ellos. Cargaron leña para el holocausto, y emprendieron la marcha hacia la tierra de Moríah. Viajaron durante tres días, y Abraham sufría terriblemente porque amaba mucho a Isaac. ¿Por qué había recibido ese mandamiento?

Finalmente, pudo vislumbrar a la distancia la tierra de Moríah, y Abraham dio la siguiente instrucción a los sirvientes: "Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos".

Abraham colocó la leña del holocausto sobre la espalda de su hijo Isaac, y él tomó un cuchillo y fuego para encender el holocausto.

Mientras caminaban juntos hacia Moríah para ofrecer el sacrificio, Isaac se dio cuenta de que se habían olvidado de algo y preguntó: "He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?"

Con gran tristeza, Abraham contestó: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío".

Cuando llegaron al lugar, Abraham construyó un altar sobre el que puso la leña. Entonces, sintiéndose sumamente desesperado, ató a Isaac con firmes ligaduras y lo puso en el altar. Isaac se dio cuenta de lo que aquello significaba, pero igual confió en su padre. El sabía que Abraham haría únicamente lo que estaba bien, y estaba dispuesto a sacrificar su vida si ese era el mandamiento que el Señor había dado a su padre.

Abraham sentía que el dolor le destrozaba el corazón, pero con el cuchillo en la mano levantó el brazo para matar a su adorado hijo.

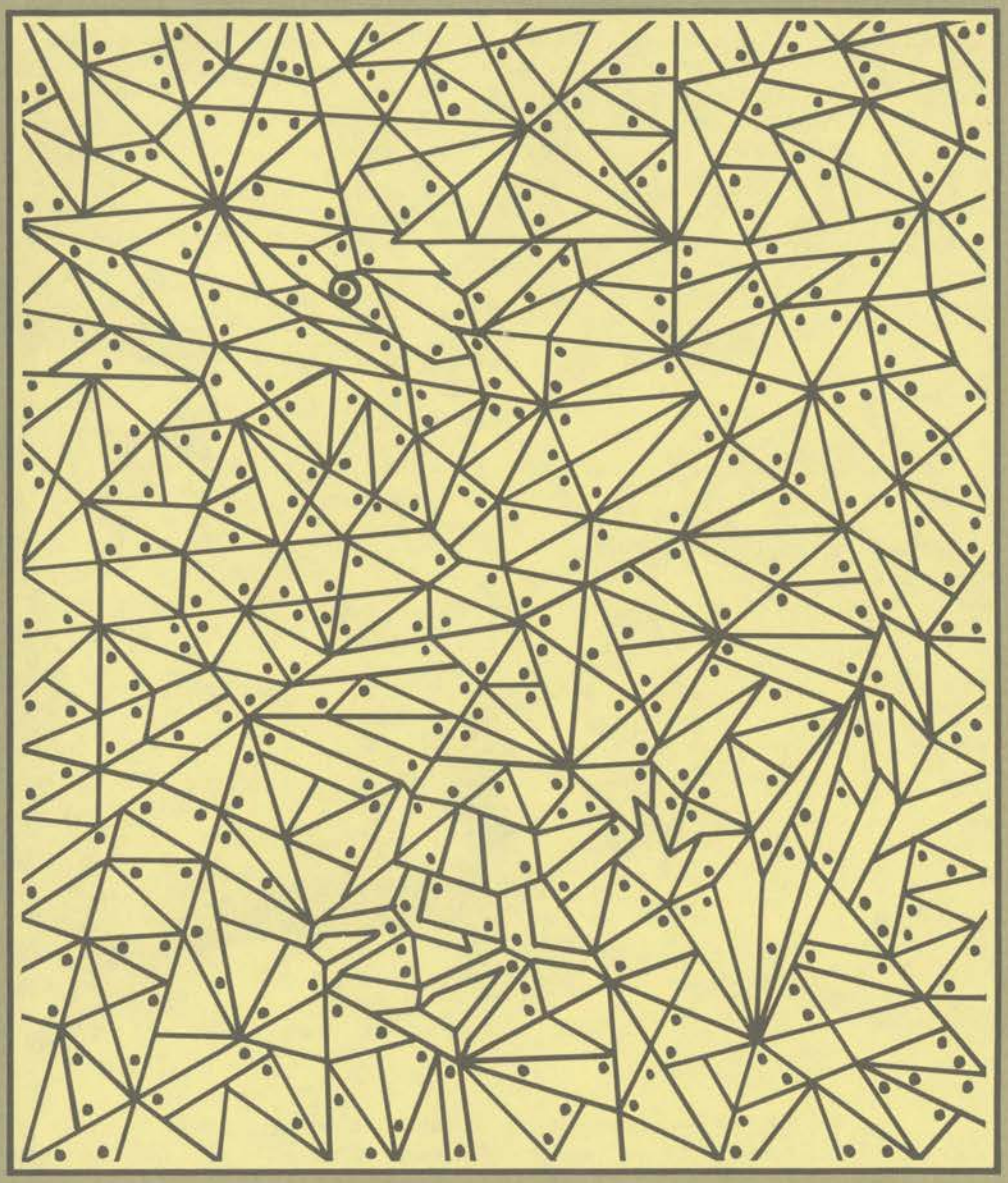
En ese preciso momento la voz de un ángel lo llamó diciéndole: "Abraham, Abraham . . . No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único".

Abraham sintió un gran alivio y una inmensa gratitud hacia el Señor, y entonces supo que el Señor había hecho eso para probar su fe. Como Abraham obedeció, pasó la prueba. Entonces le agradeció a Dios, y al levantar los ojos, vio a un carnero trabado por sus cuernos en un zarzal. Abraham lo tomó y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo.

Nuevamente el ángel del Señor llamó a Abraham desde los cielos diciendo: "Por mí mismo he jurado, dice Jehová, . . . que por cuanto . . . no me has rehusado tu hijo . . . de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar. En tu simiente serán benditas todas la naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz".

Profundamente agradecidos, Abraham e Isaac, junto con sus sirvientes, regresaron a su hogar.

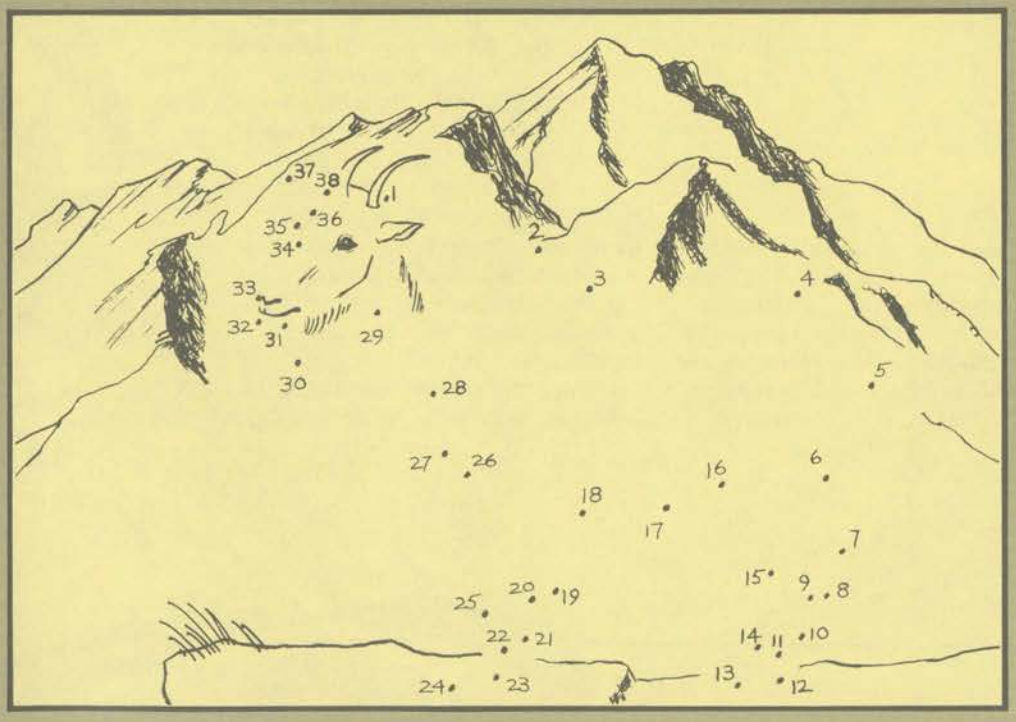
(Este relato se encuentra en Abraham 1–2; Génesis 22.) ■



¿Quién está escondido?

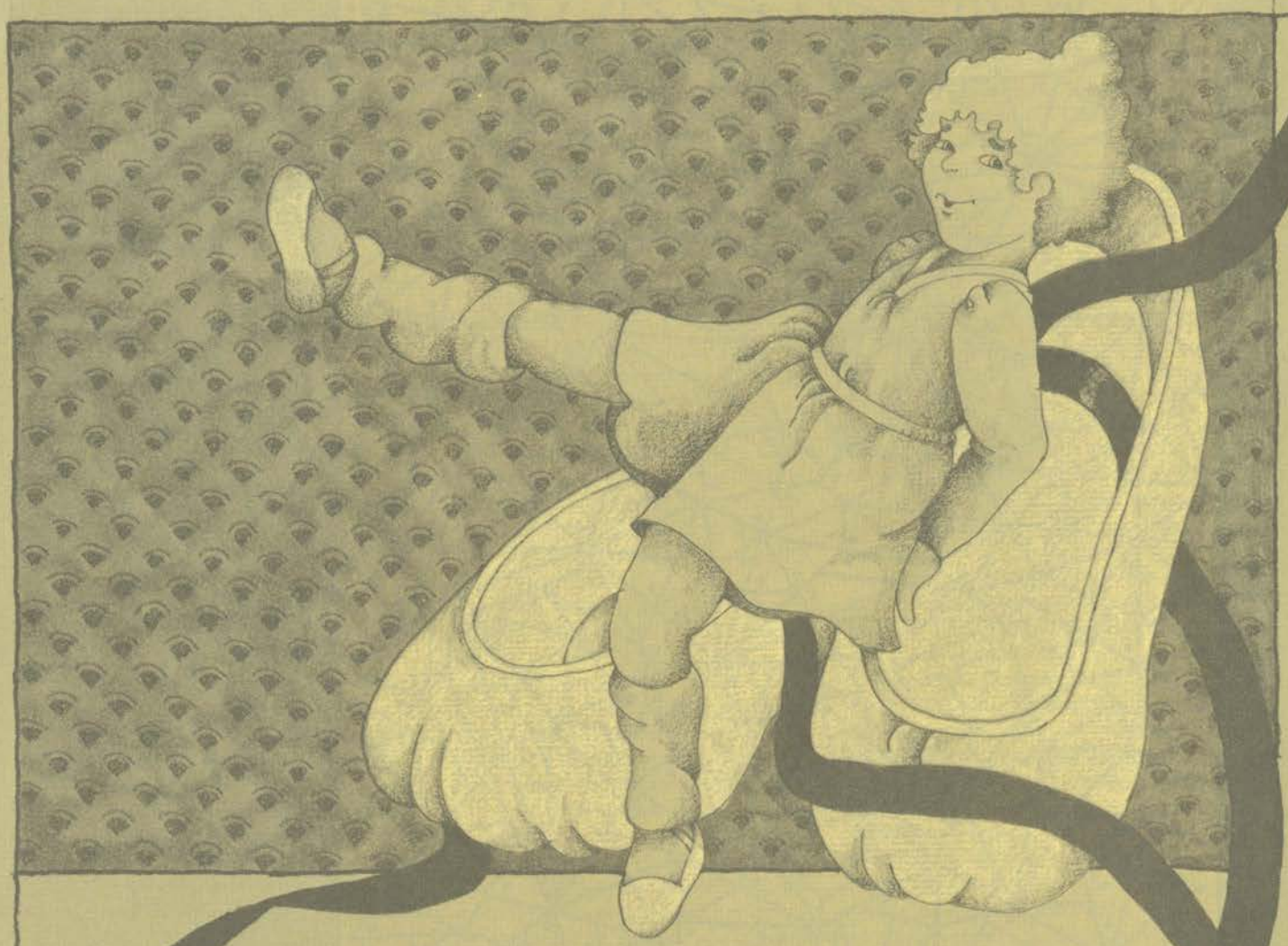
por Coleen Fahy

Colorea los espacios que contengan sólo un punto.



Une los puntos

por Carol Conner



Las zapatillas de ballet

por Paula De Paolo

A Lisa le encantaba bailar. Dos veces por semana iba a la escuela de ballet de Madame Joule, pero no importa cuánto se esforzaba, Lisa estaba convencida de que nunca sería tan buena bailarina como Susana o Julia, las mejores de la clase. La pared cubierta de espejos del enorme salón de baile comprobaba sus sospechas; *¡mis pobres rodillas!*, se decía al mirar su imagen en el espejo, *¿por qué sobresalen cuando las piernas de las demás son tan derechas?* Lisa se preocupaba porque sus pies no tenían la misma gracia de las demás o porque no podía levantar la pierna tan alto. Le parecía que era la única que se caía cuando hacía piruetas. Deseaba estar en primera fila con todas las mejores bailarinas y no en la segunda o tercera. Si lograba bailar mejor, Madame Joule la cambiaría de fila, pero ese sueño le parecía inalcanzable.

Un día, cuando Lisa buscó en su bolsa las zapatillas de ballet, no las

encontró; las había dejado en casa.

—Madame Joule, ¿podría tomar prestado un par de zapatillas?

—Claro que sí, —respondió la maestra, y le dijo que buscara un par en una caja que tenía con zapatillas de todos tamaños para casos de emergencia como éste. Cada par estaba cuidadosamente doblado y atado.

Después de buscar por unos momentos con Madame Joule, Lisa encontró un par de zapatillas rosadas casi nuevo que se sostenían con cintas de satín y no elásticos como las suyas. Eran justo de su medida, y Lisa preguntó:

—¿Le parecen bien éstas?

—Sí, póntelas —respondió Madame Joule, y luego agregó: —Me acuerdo que estas zapatillas eran de Elena Webster. Ella baila ahora en una compañía de ballet muy importante. ¡Y me siento orgullosa de que sea una de sus mejores bailarinas!

Lisa se puso las zapatillas y se ató las suaves cintas alrededor de los tobillos. ¡Qué cómodas eran! Más que cómodas, ¡las zapatillas de Elena Webster la hacían sentir sumamente especial! Su imaginación la llevó a soñar que era una gran bailarina, hasta que Susana le tocó el hombro para recordarle que era hora de comenzar la clase.

Esa tarde Lisa bailó mejor que de costumbre. Hacía cada paso lo mejor que podía porque quería ser como Elena Webster, y las zapatillas la estaban ayudando. Los espejos reflejaban una nueva Lisa. Hasta Madame Joule le pidió que demostrara un paso en particular. Esta vez, Susana y Julia tenían que seguirla a ella, y tuvo mucho cuidado de no equivocarse.

Después de la clase, Lisa le preguntó a Madame Joule:

—Si le doy mis zapatillas, ¿me podría quedar con éstas?

—Si quieres, por mí no hay inconveniente. ¿Te quedan bien? —le dijo Madame Joule.

—¡Perfectamente! —dijo Lisa.

La próxima vez que Lisa fue a la clase, cambió sus zapatillas por las de Elena Webster. Con el correr de las semanas, Lisa empezó a ir más temprano a la escuela para poder ensayar antes de la clase, y a veces se quedaba hasta tarde con Susana y Julia para practicar pasos y piruetas difíciles. Al poco tiempo la pasaron a la fila delantera. Fue la primera alumna en girar dos veces seguidas en lugar de una.

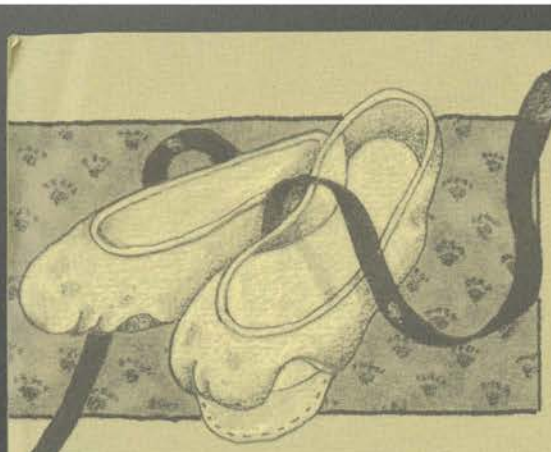
—Te salió muy bien, —le dijo Susana con toda sinceridad.

—Gracias —contestó Lisa, pero se quedó pensando que Susana no sabía que lo que la hacía bailar tan bien eran las zapatillas. No podía revelar el secreto. No había otro par como ése; la hacían saltar más alto, bajar con delicadeza, arquear el pie con más gracia y dar piruetas como un trompo.

Al acercarse el festival anual en el que todos los alumnos representarían lo aprendido durante el año ante los padres y amigos, la clase de Lisa empezó a reunirse más a menudo para ensayar las danzas que iban a bailar. Lisa se dio cuenta de que sus zapatillas se veían demasiado usadas: el cuero estaba arrugándose y perdiendo el lindo color rosado, las cintas se descosieron y hubo que coserlas una y otra vez. Sabiendo que esas zapatillas eran muy importantes para Lisa, Madame Joule no insistió en que se comprara unas nuevas para el festival.

—Límpialas lo mejor que puedas— le había dicho.

Antes de comenzar el programa de la primera noche, Lisa estaba ensayando su parte, cuando sintió lo frío del



piso contra la planta del pie. ¡La suela de una zapatilla se había roto! ¡Tenía que encontrar a Madame Joule!

—¡Qué lástima, querida! Por suerte traje la caja de zapatillas extra. No podrás usar éstas, lucen muy feas y la que está rota te puede hacer caer.

—¡Pero, Madame Joule! —exclamó Lisa llena de pánico. —¡Tengo que usarlas! Trate de arreglármelas, por favor. ¡No voy a poder bailar sin ellas!

A Lisa se le hizo un nudo en el estómago. *Sin esas zapatillas voy a bailar como antes; me voy a equivocar y a hacer pasar vergüenza a todos*. El sólo imaginárselo la hacía temblar.

—Bueno, Lisa —dijo Madame Joule—, veré lo que se puede hacer. Vé a vestirte que pronto te las traeré.

Lisa se dirigió al vestuario y se arregló el cabello. *¿Qué estaría haciendo Madame Joule?* Dio unas vueltas rápidas para ver si el cabello se mantendría peinado. Estaba bien. *¿Por qué no venía Madame Joule?* Sus compañeras conversaban y se ayudaban unas a otras con los vestidos y el maquillaje. Se puso el vestido de baile y fue a ver si encontraba a su maestra.

—No te preocupes Lisa, ya vendrá, —le dijo Susana.

Unos minutos antes de empezar la función, Madame Joule apareció muy apresurada por el pasillo.

—Aquí tienes las zapatillas, Lisa —dijo casi sin aliento—. Date prisa, que ustedes bailan primero.

Lisa se las puso inmediatamente. —Mil gracias —dijo, dándole un fuerte abrazo. —Ahora sí que todo va a salir bien.

Lisa se apresuró a tomar su lugar entre Susana y Julia, y entraron bailando al iluminado escenario ante el aplauso del público.

El programa salió muy bien. La clase de Lisa recibió muchos aplausos por los pasos difíciles que ejecutaron; Lisa bailó mejor que nunca y su familia se sentía muy orgullosa de ella.

Al final del programa, Lisa y sus padres fueron a despedirse de Madame Joule.

—Gracias, otra vez, por arreglar mis zapatillas —le dijo Lisa—. No hubiera podido bailar tan bien sin ellas.

—Pero lo hiciste —contestó Madame Joule mostrándole las zapatillas rotas de Elena Webster—. No quise decírtelo antes porque estabas tan segura de que eran las zapatillas las que te hacían bailar bien. Ahora sabes que el esfuerzo que pusiste en los ensayos fue lo que te hizo triunfar. Estoy muy orgullosa de tí.

Lisa miró detenidamente las zapatillas de Elena Webster.

Madame Joule continuó:

—Puedes quedarte con esas zapatillas, pero de ahora en adelante, pónte las tuyas. Les cosí las cintas para que pudieras usarlas esta noche.

Lisa sacó de su bolsa las zapatillas que había usado para bailar y vio sus iniciales en el interior de cada una. *¡Son las que cambié por las de la bailarina famosa*!, se dijo sin poder creerlo.

—¿Te das cuenta, mamá? —dijo—. No eran las zapatillas. La magia estaba en mí y yo no lo sabía. Ya verás, mañana bailaré mejor todavía. ¡Y así lo hizo! ■

Pongamos en orden nuestros propios hogares

por el presidente Marion G. Romney
Primer Consejero en la Primera Presidencia

Esta versión editada de un discurso previamente dado por el presidente Romney se ha reimpreso para el estudio individual y familiar.

"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él." (Prov. 22:6.)

Este consejo lo mueve la convicción de que enseñar correctamente a nuestros hijos es el mejor antídoto para el materialismo, la irreverencia hacia lo religioso, la moral decadente, la delincuencia adulta y juvenil, el crimen en constante crecimiento y la indiferencia general por las leyes de Dios y la dignidad del hombre que plagan nuestro mundo actual.

No es mi propósito perturbaros al insistir en los aspectos sórdidos de nuestros tiempos. Mi intención es recalcar que a menos que arrestemos estas influencias dañinas en nuestras familias y en nuestras propias vidas, presagian gran dolor y tristeza en las vidas de padres, hijos y todos aquellos que sucumben a las filosofías, actitudes y prácticas espiritualmente antagonistas de nuestra época.

La Iglesia auxiliará a los padres en la educación de sus hijos. Sin embargo, sólo puede auxiliar. La Iglesia no es ni puede ser el substituto de los padres en su responsabilidad paternal más urgente, la cual, y de acuerdo con el Señor, es la de enseñar a sus hijos "a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años". (D. y C. 68:25.)

Dieciocho meses después de dar esta instrucción al profeta José Smith, el Señor explicó que todos los niños, en su estado infantil, son inocentes ante El, pero después "aquel inicuo viene y [persuadiéndoles a desobedecer] despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad. . .

"Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad." (D. y C. 93:39–40.)

Enseñar correctamente a nuestros hijos es el mejor antídoto . . . para la indiferencia general por las leyes de Dios . . . que plaga nuestro mundo actual

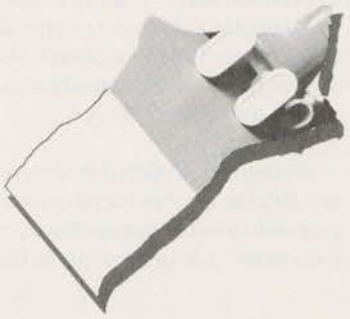
Posteriormente, el Señor se comunicó con algunos de los dirigentes de la Iglesia, primero con Frederick G. Williams: "No has enseñado a tus hijos e hijas la luz y la verdad, conforme a los mandamientos; y aquel inicuo todavía tiene poder sobre ti, y ésta es la causa de tu aflicción". Yo me pregunto si algunas de nuestras aflicciones, parte de nuestra propia delincuencia juvenil, no se debe a que algunos de nuestros hijos no han aprendido acerca de la luz y la verdad.

El Señor, al continuar con sus instrucciones, no le dejó al hermano Williams ninguna duda en cuanto a su responsabilidad: "Y ahora te doy un mandamiento: Si quieres verte libre, has de poner tu propia casa en orden, porque hay en tu casa muchas cosas que no son rectas." (D. y C. 93:42–43.)

En seguida, el Señor le indicó a Sidney Rigdon que "en ciertas cosas no ha guardado los mandamientos en cuanto a sus hijos" y le ordenó que lo hiciera.

También reprobó al obispo Newel K. Whitney por la falta de conducta de sus hijos, diciendo que tenía "necesidad . . . de poner en orden a los de su familia, y procurar que sean más diligentes y atentos en el hogar". (D. y C. 93:50.)

Aun al profeta José Smith se le dio una reprimenda por no haber educado a sus hijos correctamente: "Los de tu familia deben arrepentirse y abandonar algunas cosas." (D. y C. 93:48.)



Hoy en día, los padres están bajo la misma obligación que aquellos hermanos de guiar a sus hijos e instarlos a que abandonen aquellas cosas que ahuyentan la presencia del Espíritu en sus vidas. Las consecuencias por no educar a nuestros hijos en los principios del evangelio son tan serias ahora como lo fueron entonces. Aun cuando en la revelación el Señor habló a los padres, la responsabilidad descansa de igual manera sobre las madres.

Al cumplir con esta gran responsabilidad, no debemos estar tan ocupados en alimentar, vestir y proveer un hogar o cualquiera de las demás necesidades temporales a nuestros hijos, que pasemos por alto los valores importantes y todo aquello que tiene como objeto fortificarlos contra las tentaciones del mundo y prepararlos para la vida eterna. No debemos, como alguien dijera, concentrarnos tanto en escalar la montaña que en nuestro agotamiento dejemos de ver el panorama desde la cumbre. Algunos estamos tan ocupados en las cosas de este mundo que temo que hayamos pasado por alto el panorama del evangelio.

Los Santos de los Ultimos Días debemos recapacitar al entender que todos los errores juveniles de nuestro tiempo podrían eliminarse si todos practicáramos aquello que el Señor nos ha pedido específicamente que enseñemos a nuestros hijos.

La obediencia, por ejemplo. "Los de tu familia . . . deben atender con

mayor diligencia a tus palabras, o serán quitados de su lugar", dijo el Señor al profeta José Smith. (D. y C. 93:48.) Y ¿qué dijo el Profeta concerniente a las prácticas ilegales? "Creemos en obedecer, honrar y sostener la ley." (Duodécimo Artículo de Fe.)

La enseñanza adecuada tocante a este principio fundamental de obedecer real y voluntariamente las leyes de la tierra eliminaría en forma eficaz una gran parte del vandalismo y el crimen.

Otro principio que el Señor nos ha instruido que enseñemos a nuestros hijos es el del valor del trabajo. El que no hayamos enseñado este principio contribuye a muchos de los problemas actuales con nuestra juventud. "Una mente ociosa", dice el refrán, "es el taller del diablo". Sin duda alguna que es cierto, ya que las Escrituras asocian la ociosidad con las prácticas más despreciables. Al describir al resto de su pueblo después de la visión que tuvo, Nefi dijo: "Después que hubieron degenerado en la incredulidad, se convirtieron en una gente obscura, repugnante y sucia, *llena de ocio* y de todo género de abominaciones." (1 Ne. 12:23; cursiva agregada.)

Al condenar la ociosidad en *nuestra* dispensación, el Señor la asocia con la delincuencia y la maldad juvenil, específicamente con la avaricia: "Porque se tendrá presente al ocioso ante el Señor", dice el Señor, y agrega: "No estoy bien complacido con los habitantes de Sión, porque hay ociosos entre ellos; y sus hijos también están creciendo en la iniquidad; *tampoco buscan esmeradamente las riquezas de la eternidad, antes sus ojos están llenos de avaricia.*" (D. y C. 68:30-31 cursiva agregada.)

"Ora siempre", dijo el Señor al profeta José Smith, "para que salgas triunfante; sí, para que puedas vencer a Satanás y te libres de las manos de los siervos de Satanás que apoyan su obra". (D. y C. 10:5.)

La oración diaria, tanto individual como familiar, es particularmente necesaria en estos días cuando las culturas parecen estar tratando de eliminar a Dios y su justicia de las vidas y actividades del hombre.

Ningún padre sensato y miembro de la Iglesia, con el conocimiento del poder de la oración y la falta de religiosidad en nuestra sociedad, dejará de en-

señarles a sus hijos a orar. Ninguna persona cuenta con un arma más poderosa contra el poder del mal que aquel que constantemente se arrodilla por la mañana y por la noche ante nuestro Padre Celestial en humilde y secreta oración. Además, espero que los padres no subestimen el poder de sus propias oraciones a favor de sus hijos. Fueron las oraciones de Alma por su hijo descarriado y por sus compañeros que les ayudaron a regresar al arrepentimiento.

Por supuesto que hay muchas otras verdades que el Señor espera que enseñemos a nuestros hijos. Estas se encuentran en las Escrituras y en el consejo de nuestros profetas.

Pero después de saber *qué* es lo que debemos enseñar, es igualmente importante saber *cómo* enseñar las verdades del evangelio a nuestras familias. *Cómo* debemos enseñar es algo que debemos aprender por nosotros mismos por medio del estudio, la experiencia y la dirección del Espíritu Santo, la que se nos "dará por la oración de fe". (D. y C. 42:14.) Sea cual fuere el método, debe convencer a nuestros hijos de que vivir el evangelio es el camino a la felicidad. Si ellos sienten que la disciplina, las actitudes y las prácticas de las que son objeto son arbitrarias, y que sin ninguna razón coartan sus actividades y les impiden disfrutar de la vida, las obedecerán únicamente mientras estén bajo nuestra influencia inmediata.

¿Cómo, entonces, aplicamos todo lo que hacemos de tal manera que estimule a nuestros hijos a permanecer cerca del evangelio? El siguiente consejo que el Señor dio al profeta José Smith es una guía segura para todos los padres:

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

"por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia;

"Reprendiendo en la ocasión con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo;

"Para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte." (D. y C. 121:41–44.)

Al ejercer la paciencia, la longanimidad y el amor ganaremos la buena voluntad y la confianza de nuestros hijos. Si damos de nuestro tiempo y comprensión para enseñar y educar a nuestros hijos a que cumplan voluntariamente con las verdades reveladas del evangelio, poco a poco y gracias a nuestra guía, llegarán a entender y apreciar que "existen los hombres para que tengan gozo". (2 Ne. 2:25.) El profeta José Smith dijo: "La felicidad es el objeto y propósito de nuestra existencia; y será el resultado final si tomamos el sendero que nos lleva a ella". Nuestros hijos, como resultado de nuestra dirección y a través de su propia experiencia, deben llegar a creer y saber que es verdad lo que el Profeta dijo: "Este camino es la virtud, la rectitud, la fidelidad, la santidad y la obediencia a todos los mandamientos de Dios". (*History of the Church*, 5:134–135.)

Los padres, maestros y dirigentes Santos de los Ultimos Días necesitan renovar su diligencia al poner en orden sus hogares

Enseñémosles a nuestros hijos tal como Alma enseñó a su hijo Coriantón, que "la maldad nunca fue felicidad". (Alma 41:10.) Enseñémosles que cuando postergamos nuestro arrepentimiento, el resultado es nuestra propia destrucción: "Habéis demorado el día de vuestra salvación hasta que es eternamente demasiado tarde ya", Samuel el Lamanita les dijo a los nefitas descarriados, "y vuestra destrucción está asegurada; sí, porque todos los días de vuestra vida habéis procurado aquello que no podíais obtener, y habéis buscado la dicha cometiendo iniquidades, lo cual es contrario a la naturaleza de esa justicia que existe en nuestro gran y Eterno Caudillo". (Hel. 13:38.)

Mediante la inspiración del Espíritu Santo, debemos ayudar a nuestros hijos a comprender estas grandes verdades a medida que van creciendo. Podemos ayudarlos a entenderlas aprobando la conducta adecuada y haciéndoles saber que la conducta incorrecta acarrea dolor.

Tanto la nuestra como cualquier otra sociedad estará en orden sólo cuando, por medio del precepto y el ejemplo, los padres enseñen a sus hijos e inspiren en ellos el deseo voluntario de vivir los principios del evangelio de Jesucristo. Porque cuando uno recibe un testimonio de su divinidad y vislumbra el gozo de su promesa, uno ora fervientemente, trabaja diligentemente y obedece religiosamente los mandamientos de Dios, los cuales, por supuesto, incluyen las leyes de la tierra.

Quisiera que los padres sintieran el espíritu del Libro de Mormón con respecto a la educación de sus hijos. Dirigiéndose a su pueblo, quien había sido movido al arrepentimiento y había fortalecido su fe gracias a su discurso de despedida, el rey Benjamín les instruyó concerniente a la educación de su hijos:

"Y otra vez os digo, según dije antes, que así como habéis llegado al conocimento de la gloria de Dios . . . y habéis recibido la remisión de vuestros pecados, que ocasiona tan inmenso gozo en vuestras almas, así quisiera que . . . retuvieseis siempre en vuestra memoria la grandeza de Dios . . . y os humillaseis aun en las profundidades de la humildad, invocando el nombre

del Señor diariamente, y permaneciendo firmes en la fe . . .

"Y he aquí, os digo que si hacéis esto, siempre os regocijaréis, y seréis llenos del amor de Dios y siempre retendréis la remisión de vuestros pecados . . .

"Y no tendréis deseos de injuriaros el uno al otro, sino de vivir pacíficamente, y dar a cada uno según lo que le corresponda.

"Ni permitiréis que vuestros hijos anden hambrientos o desnudos, ni consentiréis que quebranten las leyes de Dios, ni que contiendan y riñan unos con otros y sirvan al diablo. . .

"Mas les enseñaréis a andar por las vías de verdad y cordura; les enseñaréis a amarse mutuamente y a servirse el uno al otro." (Mos. 4:11–15.)

Recuerdo haber leído dicho pasaje con uno de mis hijos cuando estaba en la Primaria. Leíamos el Libro de Mormón juntos, versículo tras versículo, él uno y yo otro. Al leer este pasaje, se sintió tan conmovido con la declaración "ni consentiréis que quebranten las leyes de Dios, ni que contiendan y riñan unos con otros y sirvan al diablo" (vers. 14) que cuando se acordó de algunas de sus propias travesuras sus ojos se llenaron de lágrimas. Desde ese momento hasta que maduró, cada vez que sentía el impulso de pelear y se le recordaba dicho pasaje, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Yo os aseguro, mis hermanos, que la educación de nuestros hijos se facilitará si logramos instilar en sus corazones y sentimientos la actitud y el espíritu de este gran sermón del rey Benjamín. Tratemos de infundir en nuestros hijos el espíritu del evangelio, y ellos a su vez descartarán el deseo de lastimarse mutuamente y a los demás, y vivirán pacíficamente dando a los demás lo que a cada quien le corresponde. Enseñadles, como dijo el rey Benjamín, "a andar por las vías de verdad y cordura; les enseñaréis a amarse mutuamente y a servirse el uno al otro". (Mos. 4:15.)

Si los padres, bajo la dirección del Espíritu Santo, adaptaran sus propias vidas a los mandamientos del Señor y en seguida siguieran su consejo y el de los profetas de instruir a sus hijos en su camino, los Santos de los Ultimos Días estarían muy cerca de ese glorioso estado que disfrutaron los nefitas cuando "no había contiendas ni disputas entre ellos, y obraban rectamente unos con otros" y cuando "no había contenciones en la tierra, a causa del amor de Dios que moraba en el corazón del pueblo. Y no había envidias, ni contiendas, ni tumultos, ni fornicaciones, ni mentiras, ni asesinatos, ni lascivias de ninguna especie". (4 Ne. 1:2, 15–16.) Tan bendecidos fueron esos santos que el profeta historiador dijo: "Y ciertamente no podía haber un pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios." (4 Ne. 1:16.)

Nuestra sociedad estará en orden sólo cuando los padres enseñen a sus hijos e inspiren en ellos el deseo voluntario de vivir los principios del evangelio

No olvidemos que el Señor nos ha asegurado que nuestra actual dispensación disfrutará de una sociedad similar. Sin embargo, todavía nos falta mucho por hacer para contrarrestar la influencia maligna de nuestros tiempos. Los padres, maestros y dirigentes Santos de los Ultimos Días necesitan renovar su diligencia al poner en orden sus hogares, y en ferviente oración tratar de enseñar a sus hijos tierna y eficazmente la manera en la que puedan obtener verdadera felicidad en sus vidas. ■

Ideas para los maestros orientadores

Quizás desee recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:

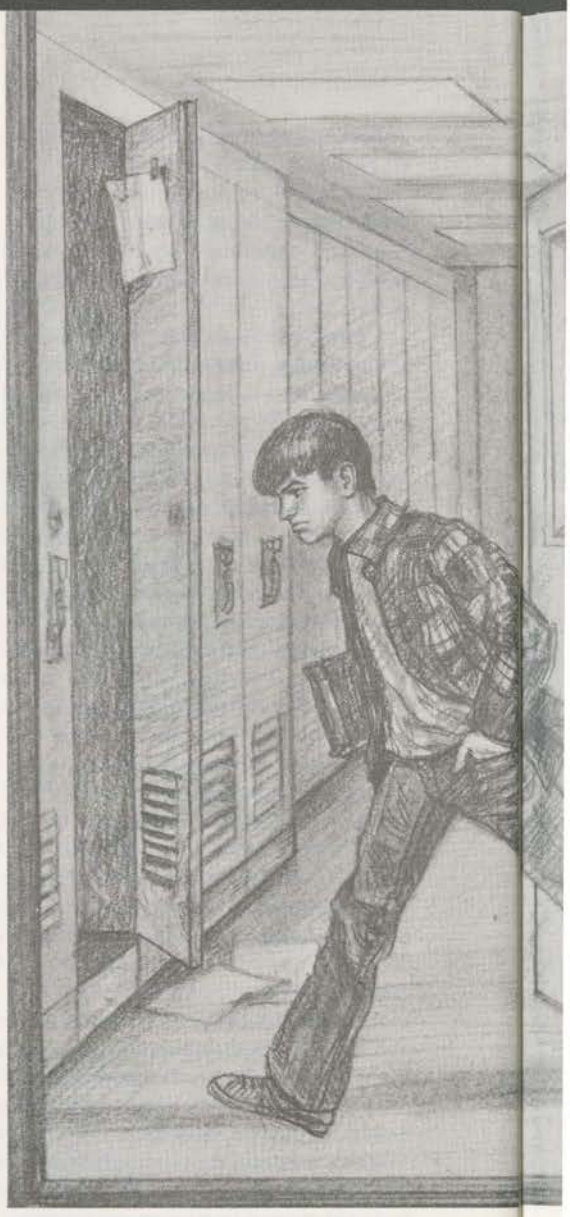
1. Instruir correctamente a nuestros hijos es el mejor antídoto a los problemas que plagan nuestro mundo actual.
2. La Iglesia auxiliará a los padres en la educación de sus hijos. Sin embargo, no es ni puede ser el substituto de los padres.
3. No debemos estar tan ocupados satisfaciendo las necesidades temporales de nuestros hijos que descuidemos los valores que tienen como objetivo fortalecerlos contra los peligros del mundo y prepararlos para la vida eterna.
4. Una vez sabiendo qué es lo que debemos enseñar, saber cómo enseñar las verdades del evangelio a nuestras familias adquiere la misma importancia. Debemos aprender cómo por medio del estudio, la experiencia y la dirección del Espíritu Santo, el cual "se os dará por la oración de fe".
5. A fin de que nuestra enseñanza sea eficaz, debe convencer a nuestros hijos que vivir el evangelio es el camino hacia la felicidad. Ejerciendo paciencia, longanimidad y amor, obtendremos la buena voluntad y confianza de nuestros hijos.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Relate sus sentimientos personales en cuanto a la importancia de "poner en orden nuestras casas". Pídales a los miembros de la familia que compartan sus sentimientos.
2. ¿Hay algunos versículos o citas en este artículo que posiblemente desee que la familia lea en voz alta y comente?
3. ¿Será conveniente y productivo hablar con el cabeza del hogar antes de efectuar la visita? ¿Hay algún mensaje del director del quórum u obispo concerniente a la responsabilidad paternal?

De acuerdo con sus deseos

por el élder Dean L. Larsen
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta



En varias oportunidades he escuchado algunas versiones de una historia que se supone se basa en hechos reales, y que va más o menos así: Un hombre de cierta edad se acercó a conversar con uno de los guías en uno de los centros para visitantes de la Iglesia. Le dijo que era miembro de la Iglesia pero que había estado fuera de ella desde su juventud. Le contó que una vez fue expulsado de su clase de la Escuela Dominical por mala conducta, y que desde entonces no había vuelto a entrar en un edificio de la Iglesia. Además, le contó que ni sus hijos, ni sus nietos, ni sus bisnietos eran miembros de la Iglesia, y entre todos sumaban más de cien personas.

Cada vez que he escuchado esta historia ha sido generalmente para ilustrar las consecuencias nefastas que resultaron debido a un momento violento que tuvo un oficial de la Escuela Dominical; sin embargo, nunca escuchamos el otro lado de la historia, el del oficial de la Escuela Dominical, ni tampoco tomamos en consideración la responsabilidad del joven por su *propia* conducta y por esos años de rencor y amargura inflexibles que han envenenado no sólo su propia vida sino también la de tantos de sus descendientes.

La historia está llena de tragedia, y ¿quién es el responsable de ella, y cómo se podía haber evitado?

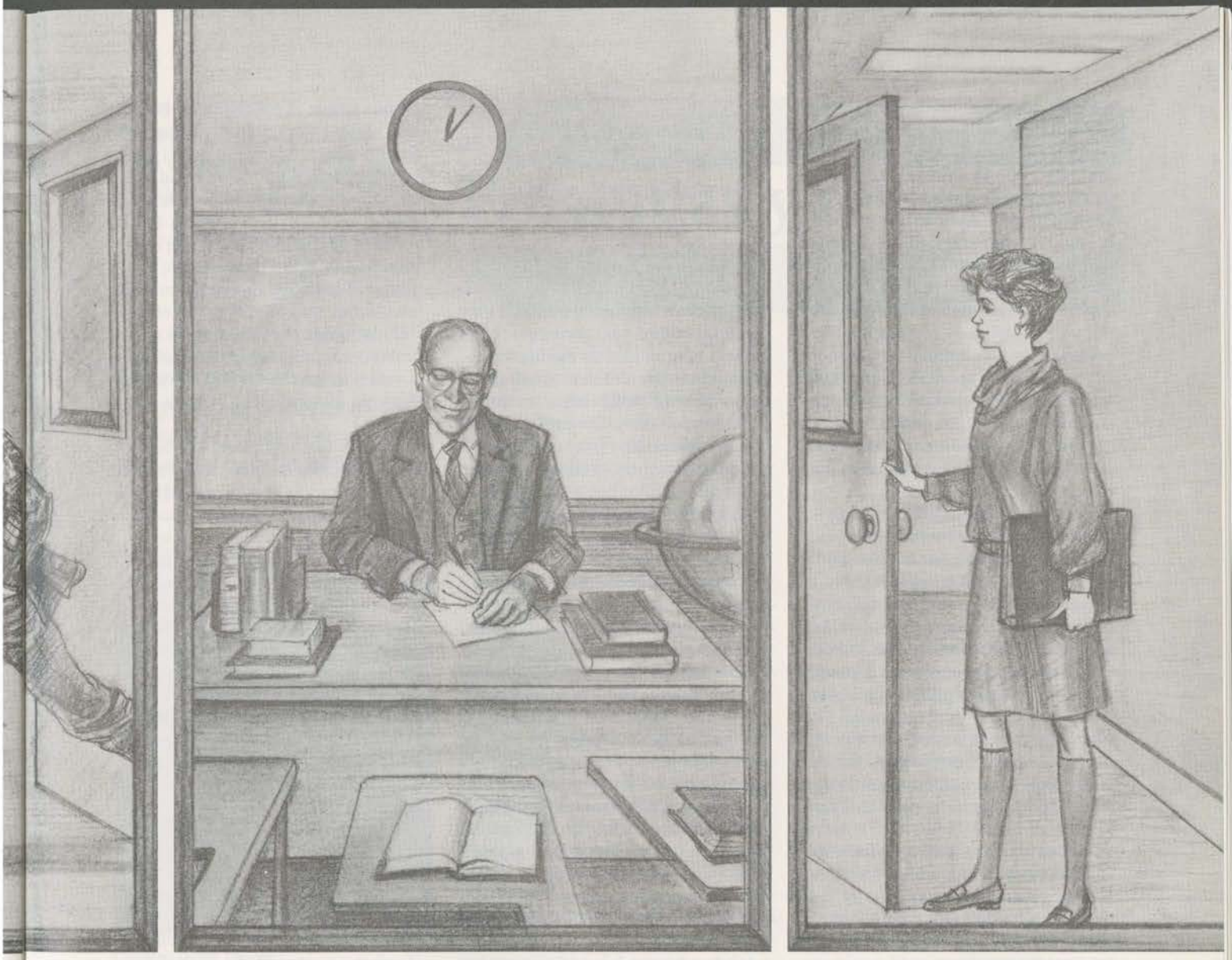
Cuando tengo oportunidades de visitar las estacas de la Iglesia, a menudo escucho informes de los problemas que afrontan los maestros de los jóvenes y señoritas en sus clases de la Escuela Dominical, de las Mujeres Jóvenes y de los quórumes del Sacerdocio Aarónico. He sabido de casos en que el llamamiento de maestros es una cosa tan regular, que para los líderes del sacerdocio es un verdadero problema encontrar quién los reemplace. Estas circunstancias generalmente se dan a conocer para demostrar cuánto necesita la Iglesia un programa eficaz para preparar adecuadamente a los maestros. Es obvio que esa necesidad existe, pero me opongo a la idea de que la responsabilidad completa de estas desagradables situaciones recaiga solamente en los maestros.

Durante muchos años he vivido con el recuerdo de una experiencia que sucedió en mi propia vida, mientras trabajaba en una comunidad donde la Iglesia tenía un programa completo de seminarios en un edificio adyacente al de enseñanza secundaria. A mediados del año escolar se produjo una vacante en el profesorado debido a los problemas de salud de uno de los maestros, y se me extendió la invitación para enseñar esas clases diariamente durante un tiempo hasta que pudieran encontrar un maestro permanente. En muchos respectos, fue una experiencia agradable que a menudo recuerdo con cariño. En una de las clases, sin embargo, había un joven que resultó ser una verdadera prueba para mí. Estaba en su último año de secundaria, era brillante y talentoso, y era obvio que contaba con gran popularidad entre los demás estudiantes, además de ejercer una influencia considerable entre ellos. Lamentablemente su conducta en las clases de seminario era por lo general irreverente. Buscaba la atención de sus compañeros y generalmente la obtenía como resultado de su mal comportamiento durante la clase.

En repetidas oportunidades me sentía frustrado cuando la atmósfera que trataba de establecer para analizar y aprender cosas espirituales era distorsionada por las payasadas de este joven que buscaba la atención de los demás alumnos. Tuvimos varias entrevistas personales que no ayudaron en lo absoluto, y aun cuando durante ellas mostraba estar de acuerdo conmigo, tan pronto llegaba a la siguiente clase se volvía a comportar como de costumbre.

Al hablar con el consejero de la institución, me enteré de que el joven provenía de un hogar donde vivía con sólo uno de los padres y que era un problema constante en las demás clases de secundaria, aun cuando los resultados en las pruebas de aptitud demostraban una habilidad y talento superiores al promedio.

Entonces llegó finalmente el momento en que sabía que debía hacer algo decisivo si esperaba mantener un



nivel de orden y atención en la clase. Después de una de sus típicas interrupciones invité al joven a que me acompañara a salir del salón de clases, y una vez allí le dije que no toleraría más sacrificar, por su mal comportamiento, las oportunidades que los demás alumnos tenían de aprender. Agregué que no sería más bienvenido a la clase hasta que aprendiera a controlar su conducta y a contribuir a mantener la atmósfera espiritual necesaria en las aulas de seminario. Se dio media vuelta y abandonó el edificio sin decir una palabra. Nunca más volví a verlo.

Su madre me llamó esa tarde para expresarme su descontento y aflicción por lo que yo había hecho. Me advirtió que mi actitud al expulsar a su hijo de la clase de seminario permanecería en mi mente por mucho tiempo.

Su predicción fue correcta; nunca he podido liberarme completamente de esa experiencia. Una semana o dos después del incidente, cambió mi trabajo y fui trasladado a otra parte del país. No tengo idea si el joven jamás volvió a la clase de seminario, ni siquiera recuerdo su nombre, ya que han pasado más de 20 años. A veces me pregunto si no habrá por allí algún padre con una familia numerosa que culpe a un maestro antipático de seminarios como la causa de su separación de la Iglesia hace muchos años.

Estoy seguro de que he aprendido algunas cosas en los años posteriores que me habrían ayudado a afrontar esa situación en forma más competente. Quizás hay algunas cosas que pude haber hecho para ayudar al joven a cambiar su actitud y conducta, y no las hice. Estoy seguro de que sí las hubo; sin embargo, al reflexionar en esas experiencias, recuerdo vívidamente la preocupación que me causaban otros estudiantes de la clase y el deseo ferviente que tenía de bendecir su vida de alguna forma. Cuando vuelven a mi mente los recuerdos de ese episodio en particular, inevitablemente me enfrento al mismo problema que tuve cuando le pedí a ese joven que abandonara el salón. Además de la responsabilidad que tenía por las oportunidades espirituales que él necesitaba, ¿cuál era mi responsabilidad hacia los demás alumnos cuyas oportunidades peligraban por la conducta del joven? ¿Y cuáles eran las responsabilidades de él?

Recientemente tuve otra experiencia que representa un cierto contraste con el episodio en el cual fue protagonista ese joven. Durante mi visita a una conferencia de estaca, después de la sesión del sábado por la tarde, me saludó una mujer que me dijo: "¿Se acuerda de mí?" Su cara me era vagamente familiar, de modo que necesité algo de

ayuda para recordarla. La hermana procedió a recordarme que había sido una de mis alumnas en las clases de gramática que yo enseñaba en la escuela secundaria, muchos años atrás. De inmediato la recordé, tal como había sido 32 años antes: una alumna líder, una buena estudiante. Conversamos un momento sobre las experiencias que habíamos compartido, y se mostró muy complacida al presentarme a su familia. Algunos de sus hijos se habían casado y uno estaba sirviendo en una misión. Ya tenía varios nietos. Se notaba que se trataba de una familia muy sólida que hacía una gran contribución a la comunidad y a la Iglesia.

Durante la conversación esta buena hermana de pronto me preguntó: "¿Recuerda aquella vez que me hizo salir de su clase de gramática?" Me sorprendió la pregunta, especialmente porque no podía recordar tal cosa. Le pregunté si no me estaría confundiendo, ya que no podía recordar nada más que experiencias positivas con ella como alumna. "No", me respondió, "fue un día en que estuve conversando más de lo que debía. Cuando usted trató de corregirme, le contesté descortésmente, entonces me pidió que abandonara el salón. Me cayó de sorpresa; ningún otro maestro jamás me había disciplinado de esa forma. Me rehusé a salir, y usted me sacó del salón y me llevó al pasillo diciéndome que podría regresar cuando hubiera aprendido a comportarme como una dama.

"Yo estaba furiosa y avergonzada a la vez y pensé en las muchas cosas que podría hacer para vengarme. Mi padre tenía influencia en la comunidad y no toleraría que me trataran así.

"Más tarde, ese mismo día, empecé a reflexionar en lo que había sucedido. Llegué a la conclusión de que usted tenía razón y que yo estaba equivocada. Reconocí que tanto los maestros como mis compañeros en muchas ocasiones habían tenido que soportar esa clase de comportamiento de mi parte, y de que eso no estaba bien. Entonces descubrí en mí una característica que jamás había notado, y decidí que cambiaría. Esa es la razón por la cual volví a clases y me disculpé ante usted por mi mala conducta. Fue un punto crucial e importante para el resto de mi vida, y siempre le estaré agradecida."

He aquí un caso en que una joven analizó su responsabilidad ante una situación desafortunada y tomó las medidas necesarias para corregirla. Me ha dado la oportunidad de meditar en algunas cosas interesantes. ¿Cuál fue la causa de la diferencia entre las reacciones de esta joven y de aquel muchacho que se alejó de las clases de seminario? ¿Y qué diferencias se han presentado en la vida de ellos con el transcurso de los años, como resultado de la manera en que respondieron a estas situaciones y a otras similares?

Durante muchos años he vivido con el recuerdo de una experiencia que sucedió en mi propia vida

Los padres, los maestros, los líderes, los amigos —todos tienen la responsabilidad de interesarse en sus semejantes, de ayudarles y de amarles. Pero existe un punto en el cual esa responsabilidad se une a la de la persona por la que se siente ese interés, a quien se ama o se ayuda. Aquel que frecuentemente se encuentre en dificultades o controversias con sus semejantes debe preguntarse honradamente hasta qué grado está contribuyendo al problema, y ser lo suficientemente responsable como para corregir su comportamiento cuando es perjudicial tanto para él como para los demás. Solamente encontramos desdicha para nosotros mismos y los demás cuando justificamos nuestras faltas y culpamos a los que nos rodean. Debemos ser responsables. Alma, el maestro y líder del Libro de Mormón, sintió lo que es la frustración al intentar ayudar y motivar a gente que no respondía. En un momento de tal frustración exclamó: "¡Oh, si fuera yo un ángel y se me concediera el deseo de mi corazón, para poder salir y hablar con la trompeta de Dios, con una voz que estremeciera la tierra" (Alma 29:1).

Supongo que Alma estaba recordando algo sobre su experiencia en la ciudad de Ammoníah donde había sido rechazado. Quizás si hubiera hecho temblar la tierra bajo los pies de esa gente, podría haberlos hecho temer hasta someterse, pero Alma sabía que esa no es la forma en que trabaja el Señor.

"No debería en mis deseos derribar los firmes decretos de un Dios justo, porque sé que él concede a los hombres según lo que deseen, ya sea para muerte o para vida; sí, sé que él reparte a los hombres según la voluntad de ellos, ya sea para salvación o destrucción.

"Sí, y sé que el bien y el mal han llegado ante todos los hombres; y quien no distingue el bien del mal, no es culpable; mas el que conoce el bien y el mal, a éste le es dado según sus deseos, sea que desee el bien o el mal, la vida o la muerte, el gozo o el remordimiento de conciencia." (Alma 29:4–5.)

Una vez que conozcamos el bien y el mal debemos hacernos responsables de nuestra propia conducta. Es vital tener buenos padres, pero es igualmente importante y necesario ser buenos hijos e hijas. Después de todo, tenemos edad de responsabilidad; es esencial tener buenos maestros y líderes, pero es igualmente esencial ser buenos alumnos y buenos seguidores. No podemos descargar nuestra responsabilidad sobre los hombros de otro. El Señor ha designado la naturaleza de la vida mortal de manera tal que no podemos escapar de las consecuencias elementales de nuestros propios hechos voluntarios.

Jóvenes, cuando os quejáis de que vuestros maestros, asesores y líderes son aburridos o incompetentes, ¿os preguntáis honradamente cuán buenos sois como alumnos, condiscípulos, hermanos en el quórum, hijos e hijas? ¿Estáis haciendo todo lo que está de vuestra parte para mejorar las posibilidades que existen entre vosotros y los demás? o ¿estáis tratando de encontrar excusas para contribuir a los problemas que a veces existen? Y cuando cometéis errores, ¿tenéis la valentía e integridad necesarias para reconocer vuestra parte en el problema y decidir ser mejores?

Sigo con la esperanza de que algún día, en alguna parte, en una reunión de la Iglesia se me acerque un joven que me diga "¿Se acuerda de mí? Yo soy aquel joven que se salió de su clase de seminario aquel día. Desde entonces he aprendido algunas lecciones importantes en mi vida. Deseo que sepa que todo marcha bien ahora."

Entonces tal vez desaparezcan algunas de las inquietudes que he sentido desde aquel día hace ya 20 años. Y quizás sus sueños sean también menos perturbadores. ■

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia

Preguntas y respuestas

¿Puede una persona arrepentirse a través de la comunicación personal con el Señor, o debe hablar con su obispo?

Obispo Jerry Taylor,
Barrio 32 de Provo, Estaca Provo Utah

En realidad esta pregunta contiene dos partes y la respuesta a ambas es afirmativa. En su libro *El Milagro del Perdón*, el presidente Spencer W. Kimball (en ese tiempo miembro del Quórum de los Doce) escribió: "Muchos ofensores en su vergüenza y orgullo han desahogado su conciencia, provisionalmente por lo menos, con unas pocas oraciones en silencio al Señor y se han convencido a sí mismos de que aquello fue suficiente confesión de sus pecados. 'Pero ya he confesado mi pecado a mi Padre Celestial — insistirán en decir— y es todo cuanto se necesita.' Esto no es verdad cuando se trata de un pecado mayor. En este caso se requieren dos clases de perdón para traer la paz al transgresor: la primera, de las autoridades correspondientes de la Iglesia del Señor, y la segunda, del Señor mismo. Esto se manifiesta en la aclaración del Señor a Alma sobre la administración de la Iglesia:

" 'Te digo, por tanto: Ve; y al que transgrediere contra mí, juzgarás de acuerdo con los pecados que haya cometido; y si confiesa sus pecados ante ti y mí, y se arrepiente con sinceridad de corazón, entonces lo has de perdonar, y yo lo perdonaré también.' " (Mos. 26:29.) (1976, pág. 179.)

A fin de entender la segunda mitad de la pregunta, sería útil conocer el propósito de la confesión. En Doctrina y Convenios leemos que el espíritu es muy similar al cuerpo, excepto que la materia de la que se compone el espíritu es "más refinada y pura" (D. y C. 131:7). Si nuestro cuerpo sufre una herida grave, visitamos al doctor, quien a su vez prescribirá el tratamiento que nos restablecerá. Lo mismo sucede cuando se lastima o injuria nuestro espíritu. A fin de que el espíritu sane adecuadamente, parte de la terapia es la confesión.

Recientemente a nuestro hijo Wade, de siete años, se le reventó el apéndice. La infección se propagó por todo el abdomen, pero a simple vista nada grave había sucedido. Sin el cuidado y la atención médica adecuada, nuestro hijo habría muerto sin lugar a dudas. Al igual que una persona que padece una grave enfermedad física, el espíritu, después de una transgresión grave, no puede restablecerse por sí mismo sin la confesión. La espiritualidad de dicha persona permanecerá débil, un tanto vacilante en el cumplimiento de su propósito inmortal, y hasta puede decaer y morir.

Posiblemente sea válido aclarar que así como no acudimos al doctor cada vez que nos rasguñamos, tampoco deberíamos confesar cada insensatez al obispo. El presidente Brigham Young aconsejó: "No habléis acerca de vuestra conducta insensata de la que nadie está enterado sino vosotros mismos." (Journal of Discourses, 8:362.) La clave es que debemos diferenciar honradamente entre transgresiones mayores y "conducta insensata".

En *El Milagro del Perdón*, el presidente Kimball nos ha dado instrucciones muy claras para ayudarnos en esta decisión: "El transgresor debe tener un 'corazón quebrantado y un espíritu contrito', y estar dispuesto a humillarse y hacer todo lo que sea requerido. La confesión de sus pecados mayores a la autoridad pertinente de la Iglesia es uno de los requisitos estipulados por el Señor. Estos pecados incluyen el adulterio, la fornicación, otras transgresiones sexuales y otros pecados de gravedad comparable." (1976, pág. 179.)

Si se siente incapaz de determinar si cierta transgresión personal encaja en esta definición, debe comentarla con su obispo. El le aconsejará sabiamente y la mantendrá en estricta confianza.

El momento ideal para hablar con su obispo acerca de una transgresión es ahora. Llámelo y haga una cita con él en su oficina. El siempre está disponible para ayudar y aconsejar a los miembros de su barrio.

También es el privilegio de todos los jóvenes y señoritas en la Iglesia tener una entrevista regular con su obispo. En estas ocasiones hará preguntas en cuanto a su dignidad. Es importante que estas preguntas sean contestadas sinceramente. Es posible que se sienta muy tentado a mentir con respecto a ciertas faltas a fin de evitar la vergüenza que éstas representan; no obstante, la advertencia del presidente Kimball contra esta actitud es inequívoca.

"Los que mienten a las autoridades de la Iglesia olvidan o pasan por alto una importante regla y verdad que el

Preguntas y respuestas

Señor ha establecido: que cuando El llama a los hombres a cargos importantes en su reino, y ha colocado sobre ellos el manto de autoridad, el mentirles es equivalente a mentir al Señor; una media verdad a sus oficiales es como una media verdad al Señor; una rebelión contra sus siervos es comparable a una rebelión contra el Señor; y cualquier infracción contra las Autoridades Generales que poseen las llaves del evangelio constituye un pensamiento o un acto contra El. Como lo expresó: 'Porque el que recibe a mis siervos, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe a mi Padre' (D. y C. 84:36, 37)." (*El Milagro del Perdón,* 1976, pág. 183.)

Las Escrituras repetidamente subrayan la importancia de la confesión a la autoridad adecuada en casos de transgresiones graves.

"He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y, yo, el Señor, no los recuerdo más.

"Por esto podréis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará." (D. y C. 58:42–43.)

"Y a quienes se arrepintieron de sus pecados, y los confesaron, [Alma] los contó entre el pueblo de la Iglesia;

"y los que no quisieron confesar sus pecados, ni arrepentirse de su iniquidad, tales no fueron contados entre el pueblo de la Iglesia; y sus nombres fueron borrados." (Mos. 26:35–36.)

"Pero recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo, confesando tus pecados a tus hermanos, y ante el Señor." (D. y C. 59:12.)

En el capítulo 13 de *El Milagro del Perdón* el presidente Kimball exploró este tema con mayor profundidad.

"La confesión trae la paz. ¡Con cuanta frecuencia han salido las personas de mi oficina, aliviadas y con el corazón menos pesado de lo que habían sentido por mucho tiempo! Sus cargas eran menos pesadas, por haberlas compartido; se sentían libres. La verdad los había hecho libres." (1976, pág. 187.) ■

¿Qué limitaciones tiene Satanás? ¿Puede él penetrar nuestra mente? ¿Puede conocer nuestros pensamientos?

Lawrence R. Peterson, hijo
ex obispo del Barrio 31 de Butler,
Estaca Brighton en Salt Lake

Una de las enseñanzas más impresionantes que se encuentra en el Libro de Mormón es que el poder de Satanás sobre una persona aumenta al volverse ésta más inicua, hasta que lentamente es llevada cautiva por el diablo y atada con las "cadenas del infierno". (Al. 12:11.) El método de Satanás es influir en los pensamientos de los hombres, tentarlos e inducirlos, trabajando siempre "en los corazones de los hijos de los hombres". (2 Ne. 28:20.) En forma escalofriante Nefi describe el método que Satanás emplea: El "les susurra al oído hasta que los prende con sus terribles cadenas de las cuales no hay escape." (2 Ne. 28:22.)

Pero Satanás no tiene un poder incontrolable sobre nosotros. José Smith explicó que Satanás no tiene poder sobre nosotros sino hasta donde se lo permitamos. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith,* Sección 4, pág.217.) Y Nefi enseñó que la rectitud de un pueblo priva a Satanás de que ejerza su poder, "pues no tiene poder sobre el corazón del pueblo, porque el pueblo mora en justicia." (1 Ne. 22:26.)

Entre el poder que Satanás tiene para cautivar y la impotencia absoluta de poder hacerlo, se encuentra el espectro de su capacidad para seducir o tentar. Como un ser de espíritu, él trabaja en su reino de espíritu, contrabalanceado por el Espíritu de Dios. De esta manera se preserva el libre albedrío, dándonos la alternativa de elegir entre el bien y el mal. Como Lehi enseñó: "De modo que el hombre no podía actuar por sí, a menos que lo atrajera lo uno o lo otro" (2 Ne. 2:16). Si Satanás nos induce a hacer el mal, de la misma manera el Espíritu Santo nos "somete" a lo bueno. (Véase Mos. 3:19.) El libre albedrío reclama que ni el Espíritu Santo ni el espíritu del mal tienen poder para controlar a la persona en contra de su voluntad.

Cada una de estas fuerzas espirituales trabaja directamente en la mente del hombre —o el corazón, tal como lo llaman las Escrituras— hasta que ésta voluntariamente elige obedecer al uno e ignorar al otro. Es entonces que el equilibrio del poder cambia y la persona empieza a ascender a la vida eterna o descender a la destrucción y a la miseria. Una persona que ha elegido bautizarse y recibir el don del Espíritu Santo ha cambiado en gran manera el equilibrio en favor de la influencia de Dios, mientras que una persona cuya iniquidad ha hecho que su conciencia sea "cauterizada", como dice Pablo en 1 Timoteo 4:2, puede entregarse completamente al reino y a la influencia de Satanás; entonces el Espíritu del Señor cesará de contender con tal persona. (Véase 1 Ne. 7:14.)

Satanás tiene un gran poder cuando se esfuerza por seducir. Como el élder Joseph Fielding Smith enseñó: "Debemos estar siempre alerta para re-

Preguntas y respuestas

sistir las insinuaciones de Satanás. . . El tiene el poder para poner pensamientos en nuestra mente y susurrarnos, no con palabras sino con impresiones, para tentarnos a satisfacer nuestros apetitos o deseos, y en varias maneras juega con nuestras debilidades." (*Answers to Gospel Questions*, comp. Joseph Fielding Smith, Jr., Salt Lake City: Deseret Book Co., 1957–66, lección 39, tomo 3, página 81.) Las tentaciones, a las cuales todos nos vemos expuestos, con frecuencia nos llegan en forma sutil.

No es fácil dar respuesta a la pregunta en cuanto a si Satanás puede percibir nuestros pensamientos. En una declaración que se halla en Doctrina y Convenios, el Señor le dice a Oliverio Cowdery, "no hay quien conozca tus pensamientos y las intenciones de tu corazón sino Dios." (D. y C. 6:16.)

Algunas personas lo han interpretado como que Dios es el único ser que puede conocer los pensamientos de los demás. Para respaldar ese criterio señalan el pasaje en Moisés 4:6 en la Perla de Gran Precio, que dice que Satanás no conoce la mente de Dios. Otros sugieren que en D. y C. 6:16 (y 24), el Señor se está refiriendo a la incapacidad del hombre de conocer los pensamientos de otras personas, y que Moisés 4:6 no dice nada con respecto a que Satanás conozca los pensamientos del hombre. Lo importante de la pregunta no es si Satanás puede o no conocer los pensamientos e intenciones de nuestro corazón, sino si es posible que él pueda conocer nuestras debilidades o tentaciones en particular, por medio de nuestras palabras o acciones, lo cual puede revelarle nuestros pensamientos. Como lo enseñó el Salvador, un árbol se conoce primero por su fruto y "de la abundancia del corazón habla la boca." (Lucas 6:45–46.) Satanás puede ver nuestros frutos tan bien como cualquier otra persona y podemos estar seguros de que él rápidamente tomará ventaja de las debilidades que exhibamos.

La pregunta en cuanto a la habilidad de Satanás de conocer nuestros pensamientos es muy interesante; de todas maneras parecería que no hay mucha diferencia con las aparentes oportunidades que tiene Satanás. Se nos ha prometido que no seremos tentados más allá de lo que podamos resistir (véase 1 Corintios 10:13); que podemos firmemente elegir resistir todo tipo de tentación, si ese es nuestro deseo.

El presidente Kimball dijo: "Las tentaciones llegan a toda persona. La diferencia entre la persona depravada y la persona digna es generalmente que una cede y la otra resiste". (*El milagro del perdón*, pág. 84.)

Al tener el deseo de servir a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, estamos eliminando el poder que Satanás pueda tener sobre nosotros —el cual es el poder de hacernos sentir miserables. La batalla por las almas de los hombres se lleva a cabo dentro de nosotros mismos, y cada uno de nosotros tiene el poder para salir triunfante. Al desear seguir al Salvador, nos esforzaremos por tener pensamientos tan puros, que no importará quién se entere de ellos. ■

Los artículos de fe en la noche de hogar

por Elizabeth Martinsen

Desde hacía tiempo teníamos problemas para planear noches de hogar espirituales y edificantes para nuestros hijos pequeños de dos, tres y cinco años de edad. Entonces mi esposo sugirió que basáramos nuestras clases semanales en los Artículos de Fe. Hizo un cuadro del primer artículo, utilizando dibujos en vez de palabras, y ayudó a los niños a "leerlo", repasándolo todas las noches antes de nuestra oración familiar. En menos de una semana ya lo habían aprendido de memoria, incluyendo nuestro pequeño de dos años de edad. Durante todo ese mes la noche de hogar enfocaba los conceptos de ese artículo de fe, y cada mes aprendíamos uno nuevo. Este método nos ha permitido planear fácilmente nuestras noches de hogar con un mes de anticipación, y a los niños les encanta memorizar los Artículos de Fe y aprender los principios del evangelio.

Todo miembro un misionero

por Lindsay R. Curtis

"En dos ocasiones diferentes he tratado de hablar con amigos sobre las charlas misionales sin éxito alguno" dijo Alicia, una jovencita de 16 años de edad. "Me dio mucha vergüenza cuando me dijeron que no tenían interés en saber nada de la Iglesia."

Alicia es una inteligente y atractiva estudiante de secundaria; asiste a las clases de seminario y proviene de una familia devota que se preocupa por la obra misional. Por eso comprendo su frustración al desear hacer lo que el profeta nos ha pedido que hagamos, y sin embargo lo único que ha conseguido es alejar a sus amigos en su intento de lograrlo.

No hay ninguna duda del buen sentimiento que se recibe a causa de una experiencia misional de éxito, pero ¿cómo podemos evitar las desagradables? Quizás no podamos tener éxito en un cien por ciento, pero podemos tratar algunas otras formas de llevar a cabo la obra misional.

A los diecinueve años de edad Silvia consiguió un trabajo de vendedora en una tienda. En su sección sólo había otra empleada aparte de ella, y muy pronto se hicieron amigas. Su compañera era miembro de la Iglesia, y rápidamente se ganó el cariño de Silvia.

"Admiraba la manera de vivir de mi compañera, sus elevados ideales y sus normas; ella representaba todo lo que yo quería ser, por lo tanto deseaba estar siempre en su compañía y en la de sus amistades, las cuales vivían las mismas normas que ella. No sólo deseaba, sino que ansiaba que me invitara a unirme a su grupo, a salir con ellos y participar de sus actividades, pero nunca lo hizo."

A los pocos meses Silvia fue trasladada a otra sucursal, y aunque parezca mentira la nueva compañera era también miembro de la Iglesia. Durante el primer día, mientras hablaban a la hora del almuerzo, se enteró de que el grupo de la Iglesia al que la joven pertenecía tenía muchas actividades, al igual que el anterior. La única diferencia consistió en que su nueva amiga sí la invitó a participar en todas las actividades.

A las pocas semanas, Silvia comenzó a recibir las charlas misionales y fue bautizada. Se convirtió en la mejor misionera del lugar, y constantemente llevaba compañeros de trabajo a las actividades de la Iglesia, con el fin de que la investigaran, y al cabo de un tiempo recibió su llamamiento como misionera regular.

Otra experiencia digna de mención concierne a un élder que trabajaba en nuestra misión, y que hace este relato de su conversión:

"Durante mi primer año en secundaria, noté que había un pequeño grupo de estudiantes que parecía llevarse muy bien, como si algo muy especial y fuerte los uniera. Se comportaban diferente, no hablaban en forma grosera, tenían normas elevadas, y aun su aspecto era diferente. No se drogaban, no fumaban, ni tomaban alcohol. Yo les admiraba y traté de hacerme su amigo.

"Parecía que se divertían tanto juntos; tenían reuniones, bailes y fiestas. Alguien me dijo que pertenecían a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, pero eso no tenía importancia para mí; aún tenía el deseo de pertenecer a su grupo.

"Les insinué lo más que me atrevía que deseaba participar en sus actividades, pero no se dieron por aludidos. Finalmente, en mi último año de estudios, antes de entrar a la universidad, me armé de valor y abiertamente les pregunté si podía asistir a algunas de sus actividades, a pesar de no ser miembro de su Iglesia.

"A las pocas semanas fui bautizado, y aquí me tienen, sirviendo en una misión regular, al año y medio de haberme convertido a *nuestra* Iglesia. Cuando pienso en lo difícil que es conseguir nuevos conversos en el campo misional, me pregunto por qué a mis compañeros les costó tanto invitarme a participar con ellos en las actividades de la Iglesia."

Siendo obispo, cuando entrevistaba a los jóvenes de nuestro barrio siempre les hacía la misma pregunta: "¿Estás saliendo con alguien que no es miembro de la Iglesia?"

Susana contestó:

—Salgo con Eduardo, nos conocemos muy bien y somos muy buenos amigos.

—¿Tienes suficiente confianza con él como para invitarlo a la fiesta de los jóvenes del barrio? —le pregunté.

Susana asistió a la fiesta del barrio con Eduardo, y los misioneros hicieron el resto. El es ahora miembro de un obispado, después de haber servido una misión. La historia de Susana y Eduardo se repite constantemente en todas partes de la Iglesia.

¿Os han dado estas experiencias algunas ideas? ¿Habéis pensado que quizás algunos de vuestros amigos o amigas desearían participar de las fiestas, los bailes y demás diversiones que vosotros tenéis dentro de la Iglesia? ¿No os parece que es una manera fácil e inofensiva de hacerlos llegar a conocer el evangelio de Jesucristo? En muchos de los casos podéis dejar que los misioneros los inviten a escuchar las charlas y les enseñen el evangelio.

Recuerdo cuando mi esposa y yo les pedimos a nuestros hijos adolescentes, tanto a los varones como a las mujeres, que llevaran a cabo un cometido. Debían orar fervientemente para que el

(Continua en la página 41)

Todo miembro un misionero

por Lindsay R. Curtis

"En dos ocasiones diferentes he tratado de hablar con amigos sobre las charlas misionales sin éxito alguno" dijo Alicia, una jovencita de 16 años de edad. "Me dio mucha vergüenza cuando me dijeron que no tenían interés en saber nada de la Iglesia."

Alicia es una inteligente y atractiva estudiante de secundaria; asiste a las clases de seminario y proviene de una familia devota que se preocupa por la obra misional. Por eso comprendo su frustración al desear hacer lo que el profeta nos ha pedido que hagamos, y sin embargo lo único que ha conseguido es alejar a sus amigos en su intento de lograrlo.

No hay ninguna duda del buen sentimiento que se recibe a causa de una experiencia misional de éxito, pero ¿cómo podemos evitar las desagradables? Quizás no podamos tener éxito en un cien por ciento, pero podemos tratar algunas otras formas de llevar a cabo la obra misional.

A los diecinueve años de edad Silvia consiguió un trabajo de vendedora en una tienda. En su sección sólo había otra empleada aparte de ella, y muy pronto se hicieron amigas. Su compañera era miembro de la Iglesia, y rápidamente se ganó el cariño de Silvia.

"Admiraba la manera de vivir de mi compañera, sus elevados ideales y sus normas; ella representaba todo lo que yo quería ser, por lo tanto deseaba estar siempre en su compañía y en la de sus amistades, las cuales vivían las mismas normas que ella. No sólo deseaba, sino que ansiaba que me invitara a unirme a su grupo, a salir con ellos y participar de sus actividades, pero nunca lo hizo."

A los pocos meses Silvia fue trasladada a otra sucursal, y aunque parezca mentira la nueva compañera era también miembro de la Iglesia. Durante el primer día, mientras hablaban a la hora del almuerzo, se enteró de que el grupo de la Iglesia al que la joven pertenecía tenía muchas actividades, al igual que el anterior. La única diferencia consistió en que su nueva amiga sí la invitó a participar en todas las actividades.

A las pocas semanas, Silvia comenzó a recibir las charlas misionales y fue bautizada. Se convirtió en la mejor misionera del lugar, y constantemente llevaba compañeros de trabajo a las actividades de la Iglesia, con el fin de que la investigaran, y al cabo de un tiempo recibió su llamamiento como misionera regular.

Otra experiencia digna de mención concierne a un élder que trabajaba en nuestra misión, y que hace este relato de su conversión:

"Durante mi primer año en secundaria, noté que había un pequeño grupo de estudiantes que parecía llevarse muy bien, como si algo muy especial y fuerte los uniera. Se comportaban diferente, no hablaban en forma grosera, tenían normas elevadas, y aun su aspecto era diferente. No se drogaban, no fumaban, ni tomaban alcohol. Yo les admiraba y traté de hacerme su amigo.

"Parecía que se divertían tanto juntos; tenían reuniones, bailes y fiestas. Alguien me dijo que pertenecían a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, pero eso no tenía importancia para mí; aún tenía el deseo de pertenecer a su grupo.

"Les insinué lo más que me atrevía que deseaba participar en sus actividades, pero no se dieron por aludidos. Finalmente, en mi último año de estudios, antes de entrar a la universidad, me armé de valor y abiertamente les pregunté si podía asistir a algunas de sus actividades, a pesar de no ser miembro de su Iglesia.

"A las pocas semanas fui bautizado, y aquí me tienen, sirviendo en una misión regular, al año y medio de haberme convertido a *nuestra* Iglesia. Cuando pienso en lo difícil que es conseguir nuevos conversos en el campo misional, me pregunto por qué a mis compañeros les costó tanto invitarme a participar con ellos en las actividades de la Iglesia."

Siendo obispo, cuando entrevistaba a los jóvenes de nuestro barrio siempre les hacía la misma pregunta: "¿Estás saliendo con alguien que no es miembro de la Iglesia?"

Susana contestó:

—Salgo con Eduardo, nos conocemos muy bien y somos muy buenos amigos.

—¿Tienes suficiente confianza con él como para invitarlo a la fiesta de los jóvenes del barrio? —le pregunté.

Susana asistió a la fiesta del barrio con Eduardo, y los misioneros hicieron el resto. El es ahora miembro de un obispado, después de haber servido una misión. La historia de Susana y Eduardo se repite constantemente en todas partes de la Iglesia.

¿Os han dado estas experiencias algunas ideas? ¿Habéis pensado que quizás algunos de vuestros amigos o amigas desearían participar de las fiestas, los bailes y demás diversiones que vosotros tenéis dentro de la Iglesia? ¿No os parece que es una manera fácil e inofensiva de hacerlos llegar a conocer el evangelio de Jesucristo? En muchos de los casos podéis dejar que los misioneros los inviten a escuchar las charlas y les enseñen el evangelio.

Recuerdo cuando mi esposa y yo les pedimos a nuestros hijos adolescentes, tanto a los varones como a las mujeres, que llevaran a cabo un cometido. Debían orar fervientemente para que el

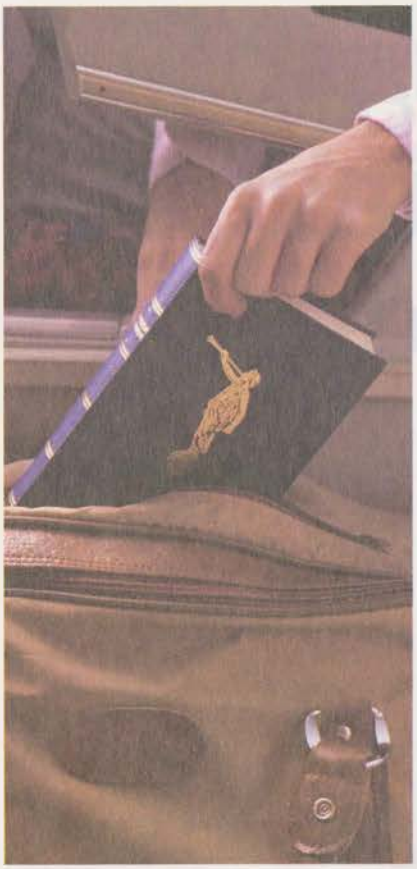
(Continua en la página 41)

Kirsten Christensen

En el lugar y el momento apropiados

Casi no podía controlar el entusiasmo y la espectativa mientras abordaba con otros setenta y siete estudiantes estadounidenses el avión con destino a Francfort. Ibamos a pasar un mes en Nuremberg, Alemania Occidental, donde asistiríamos a un instituto de enseñanza secundaria alemán, y viajaríamos por todo el país. Pero lo más emocionante de todo era saber que setenta y ocho familias alemanas, tan nerviosas y entusiastas como nosotros, esperaban ansiosamente nuestra llegada. ¡Oh, cuanto deseé que el vuelo de Nueva York a Francfort durara menos de ocho horas!

Sosteniendo mi bolso de mano en alto para evitar cualquier tropezón, me dirigí hacia el fondo del avión buscando mi asiento, el cual estaba en la penúltima hilera. Rápidamente acomodé



la valija en el compartimiento superior y con un suspiro me dejé caer en el asiento. A mi lado se sentó una encantadora señora que vivía en Pittsburgo, Pensilvania; había emigrado de Alemania dieciocho años atrás y viajaba a Munich a visitar a su familia. Hasta que nos sirvieron la cena hablamos un poco en alemán y un poco en inglés.

Mientras cenábamos, le pregunté qué es lo que los alemanes bebían durante las comidas.

—Cerveza o vino —contestó inmediatamente.

—¡Oh! —le dije— yo no bebo alcohol.

—Una vez que estés allí te acostumbrarás —dijo sonriendo.

—Pero eso va en contra de mi religión —contesté.

—¿Eres mormona?

—Sí; ¿conoce a algún mormón? —le pregunté con la esperanza de sacar el tema de la Iglesia.

—Bueno, una vez unos jóvenes llamaron a mi puerta.

—¿Eran misioneros? —le pregunté.

—Pues estaban vestidos de traje obscuro y camisa blanca.

—Sí, eran misioneros —le confirmé.

—Eran muy amables —agregó.

—¿Qué sabe acerca de ellos?

—Que pagan sus gastos, y no pueden tener novias. ¿No es verdad?

—Sí, así es —respondí.

Y así continuó haciéndome preguntas y de pronto me encontré totalmente absorta en darles respuesta. Una vez que retiraron los platos de la cena, bajaron las luces y comenzó la proyección de una película. Ninguna de las dos demostramos interés en ella, de modo que continuamos nuestra conversación.

Cuando me di cuenta, estábamos hablando acerca del diezmo, del matrimonio por la eternidad, de las ordenanzas por los muertos, de la Palabra de Sabiduría y otros principios del evangelio. No refutaba nada de lo que le decía, simplemente asentía con la cabeza. Una vez que terminaba de explicarle un principio, me preguntaba acerca de otro.

Sus preguntas, inevitablemente, nos llevaron al tema del Libro de Mormón. Le empecé a hablar acerca de los nefitas y los lamanitas, y le expliqué con orgullo sobre el importante papel que Moroni jugó con respecto al Libro de Mormón. Todo esto nos condujo a la historia de José Smith. Sentí una gran calidez interior al compartir todas estas verdades con ella.

Después de contestar sus preguntas por más de una hora, me pareció haber saciado su curiosidad. Entonces me recliné hacia atrás, sintiendo una gran satisfacción por lo que acababa de ocurrir. En silencio le di las gracias a mi Padre Celestial por permitirme ocupar aquel asiento en particular, en ese momento y, especialmente, por haberme ayudado a saber qué decir.

No deseando que las cosas se quedaran simplemente así, le ofrecí un ejemplar del Libro de Mormón, con la seguridad de que lo aceptaría. Pero no fue así. Simplemente me dijo: "No, gracias". Su respuesta me cayó como un balde de agua fría. Sin embargo, continuó: "Me cuesta mucho leer en inglés y no voy a entender la mayor parte."

Emocionada busqué mi bolso de mano, saqué un libro azúl y se lo entregué. Se intitulaba: "Das Buch Mormon".

—Aquí lo tiene en alemán —le dije, tratando de disimular mi entusiasmo. Obviamente sorprendida, me agradeció y lo hojeó rápidamente. —¡Ah, y aquí hay una promesa especial para los lectores! —le dije, señalando Moroni 10:3–5.

Después de unos minutos de silencio me dijo:

—Voy a leer un poco y te lo devolveré cuando lleguemos.

—Oh no, es para usted —le dije rápidamente—. Yo tengo el mío.

Los ojos le brillaron de satisfacción; me dio las gracias y comenzó a leer. Al poco rato me dio su dirección para que le enviara a los misioneros.

Con una oración de gratitud abrí mi diario y comencé a escribir la experiencia, la cual apenas podía creer que fuera verdad. Para cuando me quise acordar ya habíamos llegado. Al despedirme de mi compañera de viaje volvió a darme las gracias.

Cuando regresé de Alemania envié su dirección a la Misión Pittsburgo, Pensilvania. No sé si se habrá bautizado en la Iglesia, pero estoy segura de que algún día lo hará.

No mucho después del viaje, mientras preparaba un discurso, encontré el pasaje en D. y C. 100:4–8 el cual, si bien fue originalmente dirigido a José Smith y Sidney Rigdon, sentí que también fue escrito para mí. Me ha ayudado a darme cuenta de la importancia de estar donde debemos estar, de hacer lo que debemos hacer y escuchar a nuestro Padre Celestial por medio del Espíritu Santo.

Dice:

"Por consiguiente, yo, el Señor, os he permitido venir a este lugar; pues así me pareció prudente para la salvación de almas.

"Por tanto, de cierto os digo, alzad vuestra voz a este pueblo; expresad los pensamientos que pondré en vuestro corazón, y no seréis confundidos delante de los hombres;

"Porque os será manifestado en la hora, sí, en el momento preciso, lo que habéis de decir.

"Mas os doy el mandamiento de que cualquier cosa que declaréis en mi nombre se declare con solemnidad de corazón, con el espíritu de mansedumbre, en todas las cosas.

"Y os prometo que si hacéis esto, se derramará el Espíritu Santo para testificar de todas las cosas que habléis."

Estoy ansiosa por volver a estar en el próximo lugar apropiado, en el próximo momento apropiado, dondequiera y cuando mi Padre Celestial me necesite. ■

Como aparecen en la actualidad

Una gira fotográfica de los sitios históricos de la Iglesia en Misuri e Illinois

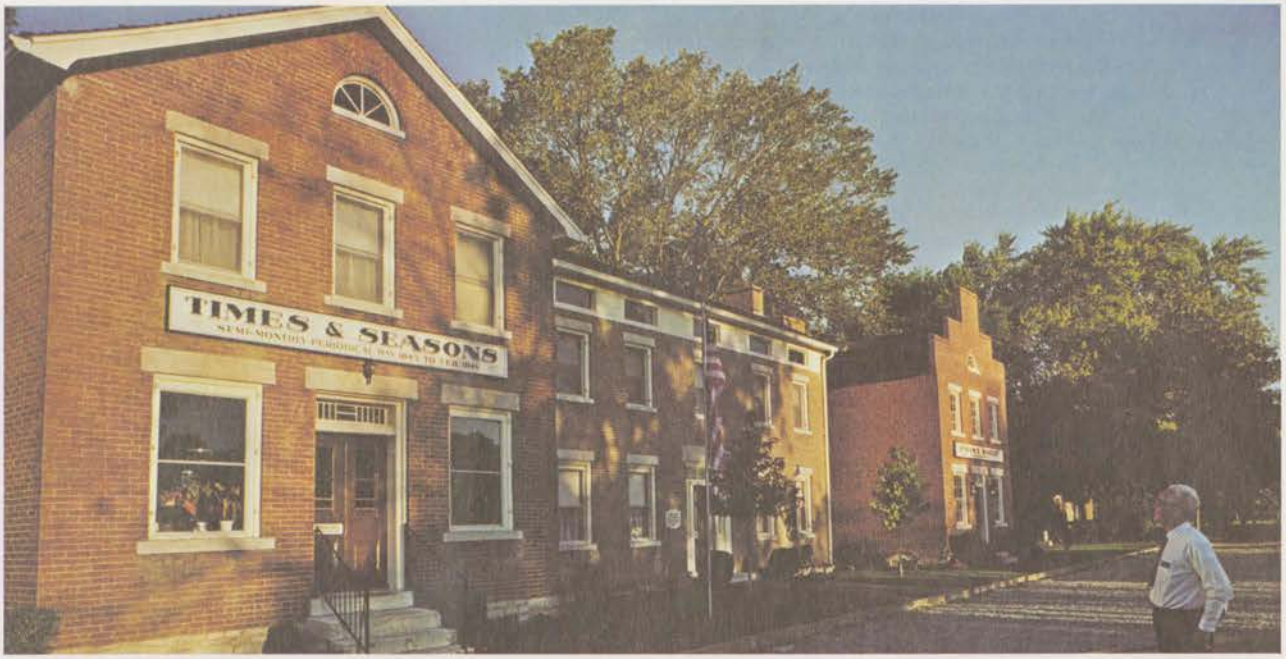
En esta segunda parte de nuestra gira fotográfica de los sitios históricos de la Iglesia, dedicamos este mes a lugares en Misuri e Illinois. Las fotografías fueron tomadas por Eldon K. Linschoten.

Vista aérea de Independence, Misuri. El 3 de agosto de 1831 José Smith dedicó una hectárea y media para el terreno del templo. El 19 de diciembre el obispo Edward Partridge compró 25.2 hectáreas del terreno del templo por $130.00 dólares. Tal como se puede apreciar en la fotografía, el terreno del templo se encuentra ubicado a la izquierda del edificio en forma de bóveda, auditorio de la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Más arriba de dicho auditorio se encuentra el centro de visitantes de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, luego el estacionamiento y el centro de estaca. La casa de la misión y la antigua capilla donde se encuentran las oficinas de la misión, se ven inmediatamente más arriba. En el mismo terreno del templo se encuentra el centro de reuniones de la Iglesia de Cristo.

Vista aérea de Nauvoo. En la esquina derecha inferior puede verse el terreno del templo. El Salón de los Setenta se encuentra en la esquina superior izquierda.

En el Centro de Visitantes de Nauvoo se encuentra esta gran reproducción de una pintura de Cristo llamando a sus apóstoles.

Vista aérea del terreno del Templo en Nauvoo mirando hacia el este. Los cimientos del templo ya han sido excavados.



Este edificio es la imprenta donde el periódico Times and Seasons, el Libro de Mormón, Doctrinas y Convenios, un himnario y varios otros libros fueron publicados por la Iglesia entre los años 1839 y 1846.

La primera casa que se ve a la derecha es la Casa de Nauvoo, que pertenece a la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. La casa de color claro que aparece en el centro, hacia la izquierda, es en la que vivió el profeta José Smith durante los últimos diez meses de su vida.

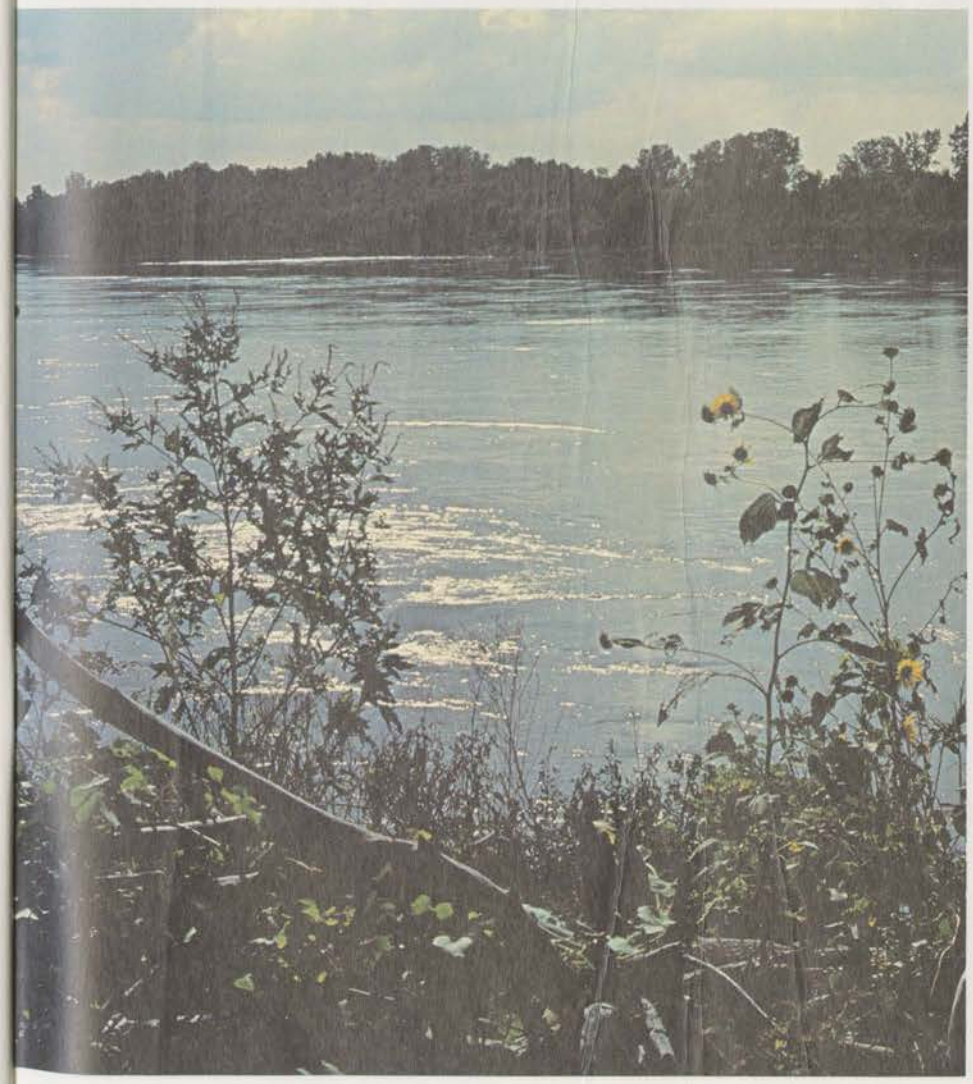
En 1929, en una excavación que se realizó en el sitio del templo en Independence, se encontró esta roca de forma cuadrada, cerca de la que sería la esquina noroeste del templo, con la fecha 1831 grabada en la misma. Es propiedad de la Iglesia de Cristo.

Centro de visitantes de Independence, dedicado en el año 1971 como parte del terreno del templo.

También en una excavación realizada en el sitio del templo se encontró esta áspera roca con la inscripción "SECT 1831" que significa "Esquina sureste del templo".

En 1838, los santos se reunieron en Far West, Misuri, condado de Caldwell. El profeta José Smith dedicó este campo cubierto de pasto como el sitio para la construcción del templo. En la sección 118 de Doctrina y Convenios aparecen las instrucciones que se dieron a los Doce de partir, desde allí, a sus respectivas misiones en Inglaterra. Aun cuando los santos fueron expulsados del estado, los fieles apóstoles regresaron a este lugar antes de cruzar el océano. En la foto aparece la piedra angular sureste del templo.

Monumento erigido en 1862 en conmemoración a la primera escuela de la ciudad de Kansas. El 2 de agosto de 1831 los Santos de los Ultimos Días colocaron el primer tronco para formar las paredes de dicha escuela.



Al ser expulsados del condado de Jackson, los santos salieron de Misuri atravesando el río del mismo nombre en balsas de transporte. Partieron desde ese lugar, en Independence Landing, o de otros embarcaderos cercanos. Con cientos de personas que emprendían su marcha en pleno invierno. Parley P. Pratt escribió que la escena era "indescriptible".

Vista de Montrose, Iowa, mirando a través del río Misisipí desde el lugar de donde partían las balsas de Nauvoo. Aquí es donde los pioneros atravesaron las congeladas aguas del río en el invierno de 1846.

En esta arboleda al oeste del Templo de Nauvoo, se llevaban a cabo dos reuniones cada domingo. Mientras José Smith se escondía en la casa blanca de Edward Hunter, podía "participar" de dichas reuniones, manteniendo las ventanas abiertas.

Todo miembro un misionero (viene de la página 32)

señor les ayudara a identificar a la persona que ellos habrían de ayudar a integrarse a la Iglesia. No se establecería un límite de tiempo, sino que debían orar, buscar y esperar hasta que el Espíritu les hiciera saber, hasta que encontraran esa persona especial que aceptara una invitación para participar en alguna actividad de la Iglesia o se encontrara dispuesta a escuchar el mensaje de los misioneros.

Les aseguramos que llegarían a saberlo sin ninguna duda, porque sería como si Dios mismo se la señalara con el dedo. También les instamos a orar para que el Señor les ayudara a decir las palabras apropiadas cuando llegara el momento.

Dos semanas después uno de nuestros hijos nos informó que después de haber sentido un fuerte impulso de hablarle de la Iglesia a un joven que se sentaba junto a él en una de las clases de la universidad, lo había hecho con un resultado negativo. Naturalmente se sintió desalentado y por supuesto dudó de la validez del proyecto.

—¿Le demostraste amor genuino cuando te acercaste a él? —le pregunté—. ¿O solamente estabas tratando de recopilar una estadística? ¿Había interés sincero en tu mirada y en tu corazón cuando le hablaste? ¿Estabas escuchando los susurros del espíritu?

—Voy a probar de nuevo —me dijo—. Voy a orar y ayunar al respecto, y luego trataré nuevamente.

Después de haber ayunado y orado, siguió sintiendo la misma impresión de que esa era la persona a la cual debía hablarle de la Iglesia. Por lo tanto, le habló nuevamente, pero esta vez con sincero amor e interés en sus ojos y en su corazón; el joven accedió a reunirse con mi hijo y los misioneros para aprender acerca de la Iglesia.

Este joven no sólo se bautizó, sino que su esposa, que estaba inactiva, se activó y como consecuencia sus tres hijos ahora tendrán la bendición de crecer en un hogar Santo de los Ultimos Días.

Aun el novio de una de mis hijas (el que luego se convertiría en su esposo) aceptó el cometido de orar y buscar a alguien que escuchara el mensaje misional. Fue dirigido a un amigo que conocía de toda la vida, pero al que nunca le había hablado de la Iglesia. En menos de un mes este joven fue bautizado en la Iglesia.

No a todas las personas se les puede hablar de la misma manera, sino que se tiene que tener en cuenta la personalidad de cada individuo. A pesar de que la persona a la cual nos acerquemos no acepte el mensaje inmediatamente, puede hacerlo con el tiempo. Estamos convencidos de que algunas de estas personas aceptan el evangelio más adelante, en el transcurso de su vida.

Queramos aceptarlo o no, somos diferentes al resto del mundo si vivimos de acuerdo con nuestras creencias. Permitidme relataros algo acerca de dos de nuestros misioneros.

Era la hora de la cena, y había estado lloviendo incesantemente y sin señas de que pararía. A pesar de la lluvia, estos dos misioneros continuaron repartiendo folletos. Según la narración del jefe de familia de una de las casas a la cual llegaron estos dos jóvenes, pasó lo siguiente:

"Acababa de llegar del trabajo, cansado y con hambre, y lo único que deseaba era que me dejaran tranquilo. También debo agregar que detesto a los vendedores ambulantes y otras personas que van de puerta en puerta.

"Me acababa de sentar a la mesa cuando llamaron a la puerta. No sabía quién podría ser, pero no tenía intenciones de ser demasiado amable con aquel que anduviera molestando a esas horas de la noche.

"Quizás al principio me quedé demasiado sorprendido para enojarme, pero por alguna razón no les cerré la puerta en las narices. Allí en el umbral estaban dos jóvenes, con una sonrisa de oreja a oreja, y radiantes me dijeron que tenían un mensaje muy especial para mí y mi familia. Todavía no me explico qué me indujo a invitarlos a entrar, excepto que había algo sumamente especial en ellos; había una cierta cualidad que no había visto antes.

"Quiero decirles que al invitarlos a entrar en mi casa, también invité a las más grandes bendiciones que jamás hemos recibido en toda nuestra vida. Sí, todos fuimos bautizados en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días."

En Doctrina y Convenios 88:67 se nos dice: "Y si vuestra mira de glorificarme es sincera, vuestro cuerpo entero será lleno de luz." Somos diferentes cuando vivimos de la forma que el Señor nos ha enseñado que lo hagamos. Nuestros cuerpos se llenarán de luz y la gente se dará cuenta de ello.

Un día un hombre llegó a la casa de la misión y dijo que deseaba saber más sobre nuestra Iglesia.

—En un viaje en avión, me senté al lado de un miembro de su Iglesia —nos dijo—, y pienso que mi vida ha cambiado por completo. Me habló sobre su familia y del amor que reinaba entre ellos. Su cara resplandecía mientras lo hacía.

Ese hombre era mucho más mundano que la persona común.

—Sé que debo cambiar muchas cosas en mi vida, pero quiero tener lo que ese hombre tiene. Mi familia significa todo para mí.

Si vivimos de acuerdo con nuestras creencias, nuestro ejemplo puede ser un misionero muy eficaz, especialmente para aquellos que están buscando "un camino más excelente" (Eter 12:11). Hay muchas personas que admiran nuestra forma de vida y nuestras normas de conducta y desean ese mismo modo de vida para sí mismos y para sus familias.

En Doctrina y Convenios 123:12 dice que "todavía hay muchos en la tierra, entre todas las sectas, . . . que . . . no llegan a la verdad sólo porque no saben dónde hallarla". ¿De qué manera entonces podemos ayudarles a encontrarla? ¿Cómo podemos ser eficaces como misioneros?

Lo que sacamos en conclusión es que vuestro mejor método es ser lo mejor que podáis. Sed amigables y estad dispuestos a compartir. Invitad a vuestros conocidos, que no son miembros de la Iglesia, a compartir con vosotros el gozo y la alegría que secretamente desearían también tener.

En vez de perder amigos, es posible que ganéis amistades que perdurarán no sólo a través de esta vida, sino de la vida venidera. ■

"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá."

(Juan 11:25)